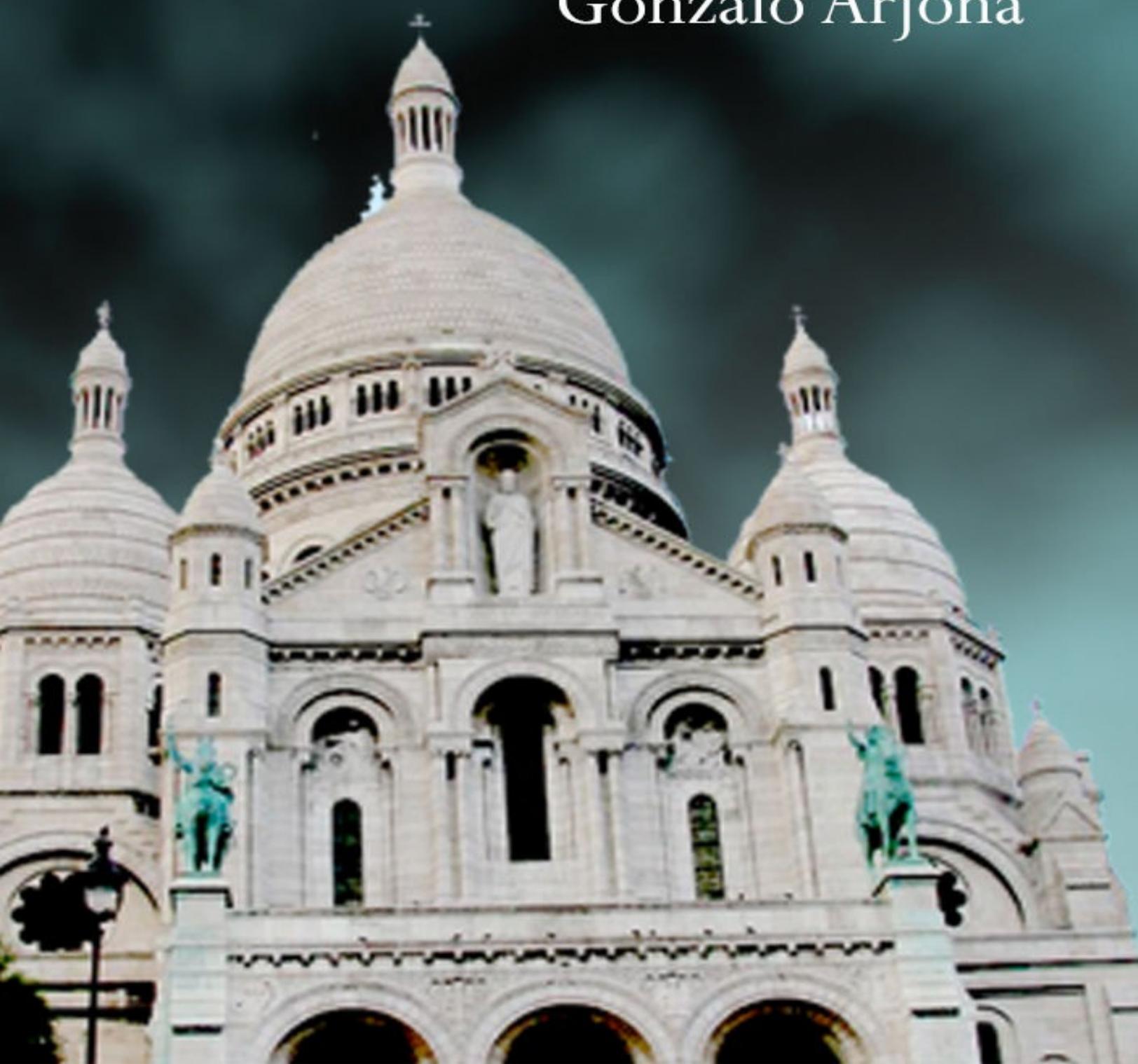


LOS CIELOS DE CARBÓN

Gonzalo Arjona



Los cielos de carbón

Gonzalo Arjona

Para Pablo y Leire, mis nietos

Los cielos de carbón
© *Gonzalo Arjona*
Primera edición : Mayo 2017
Depósito legal: M-002830/2017

“En un cajón del escritorio, entre borradores y cartas,
interminablemente sueña el puñal su sencillo sueño de tigre, y la
mano se anima cuando lo rige porque el metal se anima, el metal que
presiente en cada contacto al homicida para quien lo crearon los
hombres”

Jorge Luís Borges, “El puñal”

Capítulo I

El andén de la estación de Abbesses estaba muy concurrido, a las siete de la mañana el subterráneo de París late al compás de los miles de hombres y mujeres que se dirigen hacia sus trabajos, de jóvenes camino de las universidades y los colegios, de personas de todas las razas y condiciones que se desplazan, utilizando el metro, por el subsuelo de París, la ciudad más bella del mundo.

Entre la gente que esperaba la llegada del tren, un hombre joven vestido con traje azul marino miraba absorto un plano del metro que había pedido en taquilla, en el suelo, entre sus piernas, reposaba una cartera en piel de color marrón que su mujer le había regalado en su último cumpleaños.

Cuando el metro hizo su entrada en la estación, el joven aún tenía el plano desplegado en la mano derecha, tomó la cartera con la mano izquierda y se dispuso a entrar en el vagón.

Una avalancha de gente apresurada por entrar le empujó, haciendo que golpease con la cartera a una señora en el trasero, la mujer volvió la cabeza como un resorte mirándole con gesto de reprobación, él intentó suavizar la situación pidiéndole perdón con un levantamiento simultaneo de hombros y cejas.

—Desolé madame —murmuró, mientras intentaba cerrar el plano.

Cuando el tren se puso en movimiento, el joven, que no había tenido tiempo de sujetarse a ningún sitio se desequilibró, ya se veía inevitablemente en el suelo cuando un hombre con rasgos orientales le sujetó del brazo, evitando que fuese a dar con sus huesos en el piso del vagón.

—Merçi... desolé —exclamó. Busco apoyo en una de las puertas del vagón, se colocó de nuevo la cartera entre las piernas y terminó de doblar el plano. Miró a su alrededor y se sintió el objetivo de las miradas de las personas que tenía a su alrededor; al cabo de unos segundos cada uno volvió a sus pensamientos y las miradas regresaron hacia ese infinito personal que cada uno porta consigo y que le aísla del resto de los mortales.

Carlos Solorzano acababa de integrarse en la masa de gente que el metro

transporta a primera hora de la mañana por los subterráneos de París.

Se había levantado muy temprano, con tiempo de sobra para no llegar tarde a su primer día de trabajo en el banco. La tarde anterior había llegado a París y apenas había tenido tiempo de dirigirse al hotel, deshacer las maletas, y bajar a cenar a un restaurante chino situado en la misma calle donde se alojaba, era tarde, quería cenar rápido para descansar del viaje y encontrarse despejado por la mañana.

El metro entró en una estación y Carlos bajó la cabeza intentando leer el nombre tras los cristales del vagón; el desconocimiento del metro de una ciudad que no era la suya le producía inseguridad, y temía dejarse atrás la estación de Concorde, donde tenía que realizar un transbordo.

Sintió que le tocaban el hombro y pensó que de nuevo había molestado a alguien, temiendo que fuese la misma señora se volvió lentamente.

Se sorprendió al ver que no era la señora de mirada fulminante la que había llamado su atención, sino una mujer joven y bella que le miraba a la vez que le sonreía. Carlos le devolvió la sonrisa.

—Bonjour —dijo la chica, sin dejar de mirarle.

—Bonjour —le respondió Carlos extrañado.

—¿No me conoces? —le interrogó ella en un perfecto castellano.

—Lo siento pero no...

—¿Seguro que no me reconoces? —insistió la joven, arrugando los labios en un gesto de pena.

Carlos la miró detenidamente, tenía los labios pintados de un rojo fuerte, el pelo muy negro y liso, cortado a lo garçon, percibía algo familiar en esas facciones pero no acertaba a saber que era, hasta que se detuvo en sus ojos y sintió un pellizco en el estómago.

Eran unos ojos grandes y muy negros que hicieron trabajar a su cerebro, a marchas forzadas, para intentar descubrir en que momento de su vida se había cruzado con esa mujer tan bella, estaba seguro de que no podía haber olvidado un rostro así, unos ojos como aquellos que no dejaban de mirarle interrogantes. Sintió un repentino vértigo cuando creyó reconocer esa mirada; cerró los ojos y pudo verla con toda claridad. El pelo mojado por el sudor se le pegaba a la cara, esos ojos intensamente negros mirándole y una voz que le decía: “Esto se llama placer y es lo que quiero sentir el resto de mi vida”.

—¿Ruth? —exclamó, abriendo los ojos en el momento que ella se abalanzaba sobre él abrazándose a su cuello, besándole y pronunciando su nombre.

—Carlos, Carlos, ¿como es posible que te encuentre aquí?

Estaba sorprendido, era la última persona que pensara encontrarse, no ya en París, sino en cualquier parte del mundo. Hizo un cálculo intentando averiguar cuantos años hacía que no veía a Ruth, ¿quince años?

—¿Que haces en París? —preguntó ella.

—He venido a trabajar, hoy es mi primer día.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer por la tarde.

En ese momentos el tren hacía su entrada en la estación de Concorde, Ruth le dijo que tenía que bajarse allí, Carlos también tenía que hacer transbordo en aquella estación por lo que salieron juntos al andén.

—Tengo que verte, me tienes que contar tantas cosas.

—Pero ¿tu vives en París, o estas aquí de vacaciones? — preguntó Carlos.

—Vivo en París desde hace años. Nos tenemos que ver, ¿donde te alojas?

—En Montmartre — respondió Carlos.

Ella hurgó en su bolso, sacó una libreta y escribió algo en un papel que depositó en la mano de Carlos.

—Nos vemos esta tarde, a las ocho en este café, está en Montmartre, cualquiera te indicará como llegar, vente preparado porque me tienes que poner al corriente de todo.

Se acercó de nuevo a él, le dio dos besos en las mejillas y se marchó.

Carlos se quedó de pié en el andén, con el papel en la mano viendo como se alejaba y esperando a que se volviese para poder verla de nuevo, para convencerse que era Ruth, su Ruth la que se alejaba. Cuando aquella sorpresa hecha mujer llegó al final del andén se dio media vuelta, le dijo adiós con la mano y desapareció.

Durante el corto trayecto hasta la estación de Tuileries no paró de darle vueltas al encuentro. Se preguntaba como era posible llegar a París y encontrarse con Ruth después de tantos años; no creía en el destino, pero lo que estaba claro es que es el destino es el que reserva sorpresas en cualquier parte, quien le iba a decir a él que se iba a tropezar en París con la mujer que más había significado en su vida hasta que llegó Susana. Con la chica con la que hizo el amor por primera vez y de la que estuvo enamorado en su adolescencia.

El banco donde iba a trabajar tenía sus oficinas en la Place Vendôme, cuando Carlos salió a la calle en la estación de Tuileries, la imagen del París más

espléndido se abrió ante sus ojos, a su derecha tenía los elegantes edificios de la rue de Rivoli y a la izquierda los Jardines de las Tuileries que abrían el espacio como una gigantesca alfombra de caprichosos adornos, hacia el Palacio del Louvre.

Cruzó la calle y caminó bajo los arcos hasta la rue Castiglione, allí giró a la derecha para adentrarse en la Place Vendôme.

Al llegar no pudo menos que pararse y admirar aquel lugar; la plaza de planta cuadrada construida a petición del mismísimo rey Sol y rodeada de arcos, está considerada como una de los rincones más bellos de la capital francesa, presidiéndola desde en el centro, una columna de bronce, a imagen y semejanza de la Columna Trajana, mandada a construir por Napoleón, con el bronce de los cañones que le dieron la victoria en la batalla de Austerlitz. Carlos pensó que sería un privilegio acudir cada día a aquel lugar durante los próximos meses.

En el banco recibió la cálida bienvenida del director de la oficina, un francés de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado, con el pelo entrecano y vestido con un impecable traje de Armani que se presentó como Armand Molineux, en un perfecto castellano con fuerte acento francés.

Le recibió en su despacho, tras hablar del objetivo de su formación, tras aclararle que estimaba en tres meses máximo la duración de la misma y de asegurarse de que estaba perfectamente instalado, le acompañó a una visita por la oficina para presentarle al resto de sus los compañeros. Los hombres le recibieron con una sonrisa y un apretón de manos, mientras que las mujeres lo hicieron con tres besos, a la manera francesa.

—Carlos, he dejado para el final a Louise Ambler, una de nuestras más eficientes colaboradoras, con ella quiero que trabaje estrechamente, ella le enseñará todo lo que tiene que saber de comercio exterior, es una experta — comentó el director, dirigiéndose a una mesa que estaba un poco apartada del resto, en la que estaba sentada una chica rubia que les saludó desde lejos con una bonita sonrisa.

Cuando llegaron a su altura la mujer levantó de la silla un cuerpo que hizo que Carlos sintiera que le ahogaba el cuello de la camisa.

—Louise, le presento a Carlos Solorzano, del que ya le he hablado.

—Bienvenido —dijo la chica, acercándose y obsequiándole con tres besos.

Pasó el resto de la mañana adaptándose a su nuevo puesto de trabajo, ocupó una mesa frente Louise y fue esta quien le entregó unos cuantos expedientes para que los fuese revisando. Se tuvo que esforzar por concentrarse en las carpetas

que tenía delante y evitar mirar demasiado descaradamente a Louise, quien de vez en cuando le miraba y le sonreía.

A la hora de comer el director se acercó para invitarle a que le acompañara. Disfrutaron de una comida selecta y de una conversación agradable en un restaurante cercano al banco; mientras comían y conversaban Carlos pudo apreciar que Armand era un hombre amable y accesible.

La tarde la dedicó a los expedientes que le había entregado Louise, deseando que llegaran las cinco para volver al hotel a prepararse para el encuentro con Ruth, tenía ganas de verla, poder hablar con ella y admirar de nuevo la mujer en la que se había transformado.

Al fin dieron las cinco y tras despedirse de sus compañeros salió del banco para sumergirse de nuevo en el metro.

El metro de París es uno de los más antiguos del mundo, los habitantes de la capital le dicen “Tromé”, con esa curiosa broma lingüística a la que llaman “Verlan” (“L'en ver”, “Al revés”), que tienen los parisinos y que consiste en invertir las sílabas de las palabras para crear palabras nuevas.

Le Tromé de París es un laberinto de galerías, túneles, escaleras y pasillos que ha ido creciendo desde que decidieron su construcción a finales del siglo XIX.

Si hay algo que sorprende al viajero que entra en el metro de París por primera vez, es la total ausencia de homogeneidad en las múltiples líneas que forman su entramado. Algunas son antiquísimas, con estaciones oscuras, sucias y malolientes; otras sin embargo son modernas, acristaladas y con los trenes automáticos.

Pasar de una línea a otra es recorrer la historia de París por sus túneles, toda una aventura debido a la nefasta señalización y a lo intrincado de su trazado; el viajero foráneo se puede encontrar carteles indicando el mismo destino en direcciones opuestas, otros colocados en sitios que no se ven o señalando un pasillo que termina en una pared, además de ratones, ratas y gente con perros y gatos. Pero tiene su encanto aunque el viajero novato se pierda a veces, siempre es fascinante salir a la calle bajo las estructuras de hierro forjado que diseñó Hector Guimard y que constituyen uno de los símbolos del Art Decó Parisino.

Carlos viajaba sentado, sumido en sus pensamientos pensaba en Ruth, el recuerdo de aquellos ojos negros le trajo el olor de las tardes de verano en su barrio, el sonido de las voces de sus amigos, el sabor a polo de fresa de los labios de aquella niña que fue su primer amor; cerró los ojos y volvió a ver las perlas de

sudor que rodeaban la comisura de sus labios y el rubor de sus mejillas mientras la noche iba azulando el día y la luna aparecía reflejada en la negrura de sus ojos, ungidos sus cuerpos por el olor dulzón del que se despojaban las magnolias en el anochecer de aquel parque, en aquel barrio que los vio crecer.

Ruth se volvió y lo vio parado en el andén, en el mismo sitio donde lo había dejado, le vio sonreír y saludarla levantando la mano donde aún tenía el papel que le había entregado, le lanzó una sonrisa y comenzó a subir las escaleras.

Ver a Carlos había sido retroceder quince años en su vida, volver a un tiempo de coletas y calcetines largos, de falda escocesa y zapatos de colegiala; no dudó al pensar que fue la única época feliz que había conocido.

Si se paraba a hacer balance de los hombres de su vida, Carlos era el único del que se podría decir que estuvo enamorada, si es que a los quince años alguien se puede enamorar de verdad, y sin embargo lo perdió, como había perdido tantas cosas buenas.

Salió a la calle en Concorde y callejeó buscando el número 25 de la rue Duphot, cuando llegó al portal miró hacia derecha e izquierda antes de entrar, subió hasta la cuarta planta y pulsó el timbre de la única puerta que había en el descansillo, treinta segundos después oyó una voz quebrada detrás de la puerta que le pedía que esperase un momento, vio como se abría la portezuela de la mirilla y a través de la rejilla pudo ver un ojo que la miraba, segundos después oyó abrir el cerrojo de la puerta y la misma voz quebrada que la invitaba a pasar.

El señor Charlet arrastraba los pies al andar, Ruth pensó que debía tener ochenta años; le siguió hasta una de las habitaciones que había en el pasillo, el entarimado del suelo se quejaba, al pisar sobre él, con un chirrido desagradable; la habitación era un pequeño despacho con estanterías llenas de paquetes, cajas y utensilios de todo tipo, junto a la ventana había un pupitre alto e inclinado, que sería, pensó Ruth, el que el señor Charlet utilizaba para hacer los trabajos.

—Así que tú eres la española de la que me habló Sandra —preguntó el anciano.

—Si señor, yo soy... —El viejo levantó la mano evitando que pronunciara su nombre.

—No me digas tu nombre, no quiero saberlo —dijo —Llevo años retirado, ya no veo bien pero sigo siendo el mejor; no te hubiese atendido si no vinieras de parte de Sandra, la quiero mucho, mientras vivió en el edificio cuidaba bien de mi, cuando se fue la eché mucho de menos. Dime ¿en qué te puedo ayudar?

—Necesito una documentación completa, Carte de Identité, pasaporte y carnet de conducir.

—¿Sabes que eso te va a costar mucho dinero niña?

—Supongo que no será barato, el dinero no importa si son buenos —respondió Ruth.

—¿Y porqué necesitas una nueva documentación, no tienes la documentación española?

—No, me la robaron hace mucho tiempo.

El anciano se acercó hasta ella y la miró de arriba a abajo deteniéndose en las tetas, Ruth sonrió pensando que todos los hombres, fuesen jóvenes o viejos, eran iguales.

—Claro, perdéis las cosas y aquí está el Señor Charlet para solucionar el problema —dijo el viejo, que no dejaba de mirarle el escote.

—¿Cuánto me va a costar? —preguntó ella.

—Te va a costar mil euros, la mitad ahora y el resto cuando recojas los documentos, ¿has traído las fotos?

Ruth sacó del bolso un sobre con dinero, contó quinientos euros en billetes de cincuenta y los puso encima del pupitre junto con tres fotos.

—De esto ni una palabra a nadie, si tienes problemas con los documentos yo no se nada ni me has conocido nunca, si tuviese la más mínimo complicación por tu culpa, ten presente que aunque estoy retirado aún tengo muchos conocidos que me deben grandes favores y no tendrían ningún problema en localizarte para retirarte de la circulación —amenazó el viejo.

—No se preocupe, por mi parte no va a tener problemas —respondió ella para tranquilizarle.

—Y no me vengas con cuentos chinos de que has perdido la documentación porque en la Embajada de España te pueden hacer un carnet de identidad o un pasaporte, si vienes a mí es porque estás metida en algo turbio, pero lo mismo me da, yo, ni necesito ni quiero saber en que andas metida, cuanto menos sepa mejor. Pásate por aquí en una semana, te tendré hecho el trabajo y ahora márchate que me distraes, estás demasiado buena y aunque soy viejo todavía soy un hombre.

Ruth se rió, se acercó al señor Charlet, le dio un beso en la mejilla y se marchó, aún andaba por el pasillo cuando oyó que el viejo le decía:

—Dile a Sandra que venga a verme algún día, que la echo de menos.

Cuando salió a la calle y mientras caminaba hacia el metro pensó que había dado el primer paso, el más difícil.

Se había propuesto terminar con todo, marcharse de París a otra ciudad, a otro país, quizá de Sudamérica, para comenzar una nueva vida. Se había decidido por fin a quitarse de encima los cielos de carbón que habían ensombrecido su vida.

Recordó que por la tarde había quedado con Carlos, fue tan grande la alegría que sintió cuando lo reconoció en el metro, lo vio tan inseguro como aquél muchacho que se avergonzaba cuando ella le miraba, se había convertido en un hombre alto, fuerte y muy atractivo; seguramente sería un hombre feliz, tendría mujer e hijos que le querrían, una casa suya y todas esas cosas que tiene la gente normal y que ella echaba de menos; después le preguntaría.

También pensó que él desearía saber porqué se marchó, querría saber cosas de su vida, se lo tendría que contar, tendría que revivir de nuevo aquellos momentos que tanto trabajo le había costado enterrar en el olvido, le tendría que contar todo.

Todo no, solo lo que no le hiciera daño; Ruth sabía, porque lo había leído en sus ojos cuando se despidieron en el metro, que Carlos aún la veía como aquella chica feliz que le hizo el amor por primera vez, esa imagen dulce tenía que conservarla, nunca debía conocer el terror y el sufrimiento que había provocado con sus acciones.

Habían pasado tantos años, tantas cosas vividas, que le hicieron olvidar aquella época feliz, tan oculta estaba en su memoria que a veces ni siquiera podría asegurar que la hubiera vivido; el encuentro con Carlos le había revuelto en los cajones de la memoria, esos recuerdos que ahora eran tan claros también le exigían saber más, necesitaba completar el pasado, conocer que había sido de aquellas personas que formaron una parte tan importante de su vida y que tenía relegados en el olvido.

Capítulo II

Carlos había vivido su juventud en Carabanchel, uno de los pueblos del sur de Madrid engullidos por la gran ciudad y convertidos en distritos.

Sus habitantes, obreros en la mayor parte, sobrevivían día a día a base de mucho esfuerzo. Familias procedentes de pueblos faltos de recursos, que se habían visto obligados a emigrar a la gran ciudad en busca de un futuro, intentando asegurarse una vida más estable que la que les habría esperado en su lugar de origen.

El padre de Carlos se llamaba Joaquín, había llegado con dieciocho años a Madrid desde Barbate, un pequeño pueblo de pescadores de la provincia de Cádiz, donde lo que la vida le tenía reservado era trabajar en un barco pesquero.

Joaquín no quería ser toda la vida un pescador de sueños, como su padre, al que la mar se había tragado una noche de tormenta cerca del cabo de Trafalgar y no lo había devuelto nunca a tierra. Joaquín le había contado muchas veces a Carlos como fue el entierro de su padre, una lluviosa mañana de enero, cuando introdujeron en un nicho, un ataúd de madera de pino en el que solo había un par de zapatos y el traje con el que se casó su padre.

En Madrid encontró trabajo en una fábrica metalúrgica, vivía en una habitación que tenía alquilada en un piso del barrio de Ventas donde conoció a Dolores, la hija de los porteros, y se enamoraron.

Se casaron cuatro años después y año y medio más tarde nació Carlos; fue entonces cuando se mudaron del pequeño piso que habían alquilado en Usera cuando se casaron, a un piso de Carabanchel que era nuevo; dos años después nació su hermana Lucía.

Si bien en el hogar no había para caprichos, el sueldo de su padre cubría las necesidades de la casa y de la educación de sus hijos. Solo eso necesitaban eso y el amor que se respiraba entre aquellas paredes.

La vida en el barrio era lenta, las prisas de la capital se diluían al cruzar el río,

parecía que el reloj marchara más lento al otro lado del Manzanares haciendo que la vida de los habitantes de aquel barrio obrero fuese más tranquila, menos agobiante.

Carlos estudiaba en un Instituto que había en la Plaza Elíptica, le quedaba algo retirado de su casa, podía ir en autobús pero le gustaba ir andando con sus amigos, quedaban todas las mañanas cerca del metro de Oporto y bajaban por la avenida caminando entre bromas y risas.

Con la llegada del verano llegaba el fin del curso y las vacaciones que cada año pasaban en Barbate, en la casa de su abuela, le gustaba ir a la playa con sus primos y pasear por las tardes con los chicos y chicas que conocía de años coincidiendo en vacaciones; pero tenía que esperar hasta agosto que era cuando su padre tenía el mes de descanso.

Mientras tanto pasaba los días entre su casa y la calle; pasaba las mañanas leyendo, sentado en la terraza, le gustaba mucho leer, dejarse llevar hacia lugares desconocidos, sentirse dentro de las historias y visitar los países lejanos que se le mostraban en los libros.

Después de comer tenían la costumbre de salir a la calle, eran tardes de calor y siesta bajo un sol implacable, pero cuando se tienen dieciséis años el calor no importa; se veían todas las tardes en un pequeño parque que había entre unos edificios, a unas cuantas manzanas de su casa; se sentaban en lo que consideraban su banco a la sombra de dos magnolios, detrás del banco unos grandes arbustos de adelfas plantados en círculo hacían que aquel rincón fuese un lugar bastante aislado y solitario.

Eran cuatro amigos que se conocían desde que comenzaron el colegio, Carlos, José Luis, Cillero y Ramón, al que llamaban “El Camello” porque era un poco cargado de espaldas.

Pasaban las tardes hablando de cualquier cosa y cuando el sol comenzaba a suavizar su abrazo se les unían tres chicas, ellas llegaban más tarde porque en casa no las dejaban salir tan pronto, eran María Luisa, Aurora y Ruth.

Carlos estaba enamorado de Ruth, ella lo sabía, no porque Carlos se lo hubiera dicho, sino porque las mujeres saben mucho más del amor que los hombres; a ella también le gustaba él, pero Carlos, como casi todos los chicos, era torpe para los asuntos del corazón; sus amigas estaban al corriente, pero no decía nada, fieles al pacto de silencio entre amigas que nunca rompían.

Ruth era preciosa, morena, con el pelo liso y negro como la noche que le caía sobre los hombros como una cascada y unos ojos, también negros, donde a

Carlos le daba vértigo asomarse. Desde que llegó al instituto dos años atrás Carlos no había conocido el sosiego, se prendó de ella el primer día que la vio.

Al principio, cuando la veía se sentía azorado, se apartaba, evitaba que sus miradas se cruzasen, se ponía rojo de vergüenza cuando tenía que hablar sabiendo que ella le estaba presente. Hasta que aprovechando la amistad con las otras chicas empezaron a verse en grupo, aún así y a pesar de verse todos los días no se había atrevido a decirle nunca sus sentimientos, con esa vergüenza que se tiene a los dieciséis años y que no deja expresar las emociones, ahoga las palabras y encoge el corazón.

Aquella tarde era especialmente calurosa, al día siguiente se iban de vacaciones, su madre estaba atareada preparando las cosas para el viaje y Carlos salió a la calle cuando más calor hacía.

Caminó hasta el parque, cuando llegó hacía rato que Cillero y El Camello le estaban esperando en su banco a la sombra de los magnolios, José Luís ya se había marchado de vacaciones. Pasaron la tarde entre bromas y risas hasta que llegaron María Luisa y Aurora; Ruth no venía con ellas, a Carlos le extrañó porque eran inseparables, pero no dijo nada, no quería ser el objetivo de las bromas de sus amigos que le hicieran sentirse incómodo.

Hablaron de las vacaciones, de la playa y de donde iba a ir cada uno; mientras charlaban la conversación fue derivando por otros caminos, los estudios y el futuro, a esa edad en la que pocos jóvenes saben lo que quieren estudiar Carlos lo tenía claro, quería hacer Económicas; María Luisa quería estudiar Derecho y tanto Cillero como el Camello no sabían aún lo que querían hacer; antes de que Aurora hablase apareció Ruth, Carlos la vio mientras avanzaba por el parque en dirección hacia donde ellos se encontraban, en seguida las molestas mariposas comenzaron a revolotear en su estómago, la contempló mientras se acercaba, llevaba un vestido azul de una tela fina que al trasluz dejaba adivinar las formas de su cuerpo, sujeto con unos tirantes muy finos que dejaban al descubierto la piel morena de los hombros, tan corto y vaporoso que era un homenaje para sus piernas largas y bien formadas, llevaba el pelo recogido en una coleta alta mostrando el rostro descubierto, un lienzo perfecto para la comunión de sus rasgos, los ojos grandes de mirada profunda, la nariz pequeña y una boca de labios carnosos que venían saboreando un polo de fresa, al que Carlos envidió sin remedio.

Cuando llegó donde ellos estaban les saludó, le dio dos besos a cada una de sus amigas, se sentó al lado de Carlos y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa y bajó

inmediatamente la cabeza fijando la mirada en los zapatos.

—Pues yo quiero estudiar Enfermería —dijo Aurora — es corto y tiene salida, no quiero estar cinco años estudiando en la universidad, en casa no pueden pagarme una carrera larga y necesito trabajar cuanto antes.

Cillero le dio la razón, él también estaba pensando estudiar una carrera de tres años, no le gustaba demasiado estudiar y quería salir de su casa lo antes posible.

—Yo seguro que cuando termine me pongo a trabajar de lo que sea, paso de seguir estudiando —dijo el Camello.

—¿Y tu que planes tienes Ruth? —preguntó María Luisa.

El rostro de Ruth se turbó, sus facciones se endurecieron en una mueca de contrariedad, respiró profundamente y dijo:

—Yo quiero ser puta, si, puta, eso quiero ser y que me paguen por follar.

El silencio cayó como una losa en aquel rincón del parque, parecía que hasta los pájaros hubiesen acabado de hacer la cama entre las ramas, todos se quedaron mirando a Ruth, no podían dar crédito a lo que habían oído.

—¿Tú estas loca, cómo se te ocurre decir eso, acaso sabes lo que es ser una puta? —dijo Cillero rompiendo el silencio.

—Claro que lo sé... ser puta es acostarte con los hombres y que te paguen por ello; lo mismo que vamos a hacer todas sin cobrar, pero yo quiero que me paguen por hacerlo, por usar mi cuerpo.

Aurora y María Luisa se levantaron como un resorte y se marcharon avergonzadas que lo que estaba diciendo su amiga, y allí se quedó Ruth, sentada en el banco, mirándolos.

Carlos no sabía donde mirar, si mirarla a ella o a sus amigos, no sabía si lo que estaba sucediendo era fruto de un mal sueño o era la cruda realidad.

En un momento en que su mirada se cruzó con la de Ruth se quedó petrificado, no podía explicarse por qué no podía dejar de mirar aquellos ojos negros como pozos que cada vez se le acercaban más, hasta tenerlos delante de los suyos, cerró los ojos en el momento en que los labios de Ruth rozaron los suyos, notó como su boca se abría y una lengua atrevida le apartaba los labios buscando la suya, dejó que su lengua se encontrara con la de Ruth y saboreó la fresa de su boca; todo dejó de existir a su alrededor; no supo el tiempo que estuvieron besándose, pero cuando sus bocas se despegaron estaban solos y las sombras se habían alargado en el parque, la noche le estaba ganando el pulso al día y el sol muy pronto iba a ser un recuerdo.

Ruth se levantó del banco y le tomó la mano para que se levantara con ella, el pequeño parque estaba vacío, se sentía mareado, sentía una especie de vértigo en el estómago que le, se avergonzó al notar que tenía una erección.

Ruth se abrió paso entre las adelfas, él la siguió, en el centro del matorral había un hueco lo suficientemente grande para dar cabida a dos personas, la chica se sentó en el suelo y le atrajo a su lado, las frondosas ramas se extendían por encima de sus cabezas formando una bóveda, de hojas y flores, con un espacio abierto en el centro, como una claraboya, desde donde se veían la luna y las primeras estrellas.

Se volvieron a besar mientras sus manos se tocaban por todas partes, Carlos acariciaba los pechos de Ruth que se abrieron como flores al contacto de sus dedos ,mientras que Ruth introducía sus manos debajo de la camiseta de él para acariciarle la espalda; en un momento que se separaron ella con un rápido movimiento se deshizo de las bragas y tumbándose abrió las piernas mostrándole su sexo, Carlos se bajó los pantalones mientras Ruth le acariciaba el miembro, un instante después estaba tumbado encima de ella; mientras hacían el amor no podía dejar de mirar el rostro de Ruth, el sudor perlaba su cara, el pelo, ahora despeinado se le pegaba a las mejillas y sus ojos, esos ojos negros y profundos le suplicaban más.

Indiferente al tiempo, solo era consciente de sentir un placer como nunca antes había sentido, fundidos sus cuerpos en un fuerte abrazo estuvieron entretejiendo gemidos hasta que una fuerte sacudida le hizo derramarse dentro de ella.

Estuvieron tumbados el uno al lado del otro sin hablar, mirándose a los ojos hasta que ella dijo:

—Esto es el placer, y es lo que quiero sentir el resto de mi vida.

Carlos supo que nunca iba a olvidar aquella frase, como nunca iba a dejar de amar a Ruth. Aún no sabía que el destino jugaría con ellos como el aire juega con las bolsas de plástico vacías, moviéndolas a su capricho, arrebatándoles la voluntad.

La acompañó hasta su casa y se despidieron con un beso que ninguno quería acabar; él le dijo que después de las vacaciones vendría a buscarla, ella le selló los labios con un dedo, le miró a los ojos y le dijo:

—Solo prométeme una cosa, nunca dejes que los cielos de carbón arruinen tu vida, mantente limpio, como eres ahora.

Le dio un último beso en los labios, y desapareció escaleras arriba.

Al día siguiente Carlos se marchó de vacaciones, cuando volvió había pasado

un mes y Ruth había desaparecido.

Desesperado preguntó por ella a Cillero que vivía en un edificio, al lado del piso donde vivía Ruth y este le dijo que unos días después de aquella tarde se habían marchado de noche, toda la familia en el coche de su padre, una hora antes había salido un camión de mudanzas, interrogó a María Luisa y a Aurora por si sabían donde se había ido, por si tenían alguna dirección, pero le respondieron que desde el día aquel del parque no la habían vuelto a ver.

Con un sentimiento entre la pena y la rabia se refugió en su casa y en sus libros; después comenzó el nuevo curso; al año siguiente el COU y la Universidad.

Un día se dio cuenta que le costaba trabajo recordar las facciones de Ruth, solo recordaba sus ojo negros, y comprendió lo que significaba aquellas palabras que le dijo la noche que se despidieron en el portal de su casa, cuando le habló de los cielos de carbón, una metáfora para referirse a lo malo que ennegrece la vida y decidió quitarse de encima el cielo de carbón que le había producido la desaparición de Ruth.

Conoció a otras chicas, tuvo otros enamoramientos y al final, esa pena que le había tenido atrapado se fue convirtiendo en un recuerdo cada vez más lejano, cada vez más borroso, hasta esa mañana que en una estación del metro de París, una chica le había tocado la espalda. Mientras pensaba en ello sonreía, le costaba creer que fuese real lo que le había sucedido por la mañana, deseaba volver a ver a Ruth, volver a perderse en aquellos ojos.

Aún no sabía las consecuencias que le iba a deparar aquel encuentro, todo llegaría a su debido tiempo, pero él aún no lo sabía.

Capítulo III

El hotel donde se alojaba Carlos lo eligió él, no quiso que el banco le proporcionase alojamiento en un hotel grande e impersonal, buscaba un hotel decente, ni muy caro ni muy barato; la dieta que pagaba el banco para los desplazamientos al extranjero era alta, pero París era una ciudad muy cara y no estaba dispuesto a tener que recurrir a su dinero para pagarse la manutención. Tampoco le importaba ir a un hotel modesto, cualquier cosa estaba bien para dormir, solo necesitaba que estuviese limpio y que recogieran la habitación todos los días.

Carlos no era el típico ejecutivo pijo que tiene que alojarse en hoteles de cinco estrellas, ni comer en restaurantes de cuatro tenedores; aunque le gustaba vivir bien, como a todos los mortales, conocía perfectamente el trabajo que costaba ganar el dinero; de eso se habían encargado sus padres cuando le educaron.

Antes de decidirse consultó varios hoteles por internet, al final se decidió por un pequeño hotel en Montmartre, le ayudaron las fotos que aparecían en la página web, la decoración de principios del siglo veinte, las sillas y mesas de hierro forjado pintadas de blanco y los cristales esmerilados con las iniciales del hotel, le daban un aire más familiar que cualquier otro establecimiento moderno de líneas rectas y espacios fríos. Además estaba en Montmartre, en la colina de los artistas y eso le gustaba, el ambiente bohemio siempre le había atraído y estaba seguro que su estancia en París sería más agradable en la colina.

A cincuenta metros tenía el metro de Blanche, el Moulin Rouge y a veinte metros el café Les Deux Moulins, donde se rodó la película “Amelie”, se podía desplazarse fácilmente en metro hasta su trabajo, no pedía más.

Cuando Carlos llegó al hotel pasaban las seis de la tarde, estaba cansado y emocionado de su primer día, se deshizo del traje, la camisa y la corbata, esa piel legal en la que se embutía cada mañana para no destacar entre los de su tribu, para quedarse con su auténtica piel, con la que podía mirarse al espejo sin

sentirse un impostor.

Se tumbó encima de la cama esperando que llegase la hora de volver a ver a Ruth y se quedó dormido; cuando se despertó eran las siete y media, se levantó de un salto.

Preguntó a la recepcionista del hotel, una chica árabe de rasgos delicados, por la dirección del lugar donde estaba citado con Ruth. Amablemente y con una sonrisa de luna le indicó en un plano que el café estaba a una seis manzanas de allí.

Se movía deprisa entre la gente que a esas horas llenaban las calles, gente parada en los escaparates de las pequeñas tiendas del barrio o sentadas en las mesas, que los bares y cafés sacan a la calle, convirtiendo las terrazas en el mejor escaparate desde el que se puede sentir el latido de Montmartre.

Cuando Carlos llegó al café Le Progrés, desde la acera la vio tras los cristales; estaba sentada en una mesa cerca de la ventana, con el codo apoyado en el mármol y la cabeza reposando sobre la mano.

Se quedó mirándola, comparando cada rasgo de su cara con el retrato que su cerebro guardaba de ella; la misma nariz delicada y un poco respingona, la misma boca de labios deleitosos, y cerrando el conjunto los mismos ojos, arrebatadoramente negros.

El tiempo había mejorado el conjunto de su cara y de su cuerpo, el tiempo había convertido a la muñeca en una diosa, y en ese momento, sin ser aún consciente de ello, comenzó a desearla.

Atravesó la puerta del café y Ruth al verlo le saludó con la mano, mientras se acercaba a la mesa ella se levantó y extendió los brazos para recibirle. Cuando la tomó por la cintura para besarla acomodó sus manos en las curvas valorando que eran curvas que antes no tenía, la atrajo hacia sí y pudo notar la firmeza de ese cuerpo pegado al suyo.

Pidieron dos cafés a un camarero, que mientras tomaba nota no le quitaba los ojos de encima a Ruth. Aquél pobre diablo le envidiaba y Carlos se dio cuenta; miró a su alrededor y observó la atracción que Ruth ejercía sobre la gran mayoría de los hombres que en esos momentos estaban en el café. No pudo evitar sentirse algo celoso y a la vez orgulloso de estar acompañado por una mujer como ella.

—Cuéntamelo todo, lo quiero saber todo —Le reclamó Ruth.

—Bueno, si, pero dime, ¿que haces tú en París?

—Eso es otra historia, ahora necesito saber de ti, de nuestros amigos. Vamos,

cuéntame —insistió ella.

Estaba impaciente por oírle, su ojos negros le interrogaban y Carlos no podía renunciar a mirarlos.

—A partir de que te marchaste todo fue distinto, crecimos muy deprisa, se acabó el instituto y nos lanzamos al mundo real.

Le contó como fue la caída en la droga del “Camello” y como se lo encontraron tirado en un descampado a las afueras de Madrid, con una jeringa de caballo adulterado clavada en el brazo y a Ruth se le entristeció el rostro.

—¿Y Aurora, sabes algo de ella?

—Aurora y José Luís se casaron, ya se veía venir, tienen una linda parejita, les va muy bien.

—¿Ya no se escandaliza cuando alguien dice un taco?

—No, a la semana de estar en la universidad, apareció por el barrio soltando tacos como un camionero.

Una risa franca salió de la boca de Ruth que le recordó a Carlos las tardes de verano en el parque cuando se reían por cualquier cosa.

—Cuantas veces he pensado en todos vosotros en estos años. Sobre todo en ti, ¿Que has hecho con tu vida? —le interrogó.

—Me casé con una preciosa chica que conocí en la universidad, se llama Susana y tenemos un niño de cuatro años, Sergio.

A Ruth se le entristeció la mirada por un instante, pensaba en como podría haber sido su vida con Carlos, y sin saber porqué dijo:

—No me esperaste.

—No sabía que tenía que esperarte —respondió Carlos— Desapareciste, me dejaste con la miel en los labios; te busqué, pregunté por ti a todos pero nadie sabía de nada, ni donde te habías ido, ni tu teléfono, nada. Lo pasé mal, me costó mucho olvidarte, aunque en realidad nunca te he olvidado por completo, lo que hice fue apartarte del camino para poder seguir hacia delante, pero siempre has estado ahí, ahora estás aquí —le dijo, mientras se señalaba la cabeza.

—Hiciste bien, yo no soy de las que se casan.

A Carlos le pareció que todo en Ruth emanaba seguridad, sus movimientos tan naturales le revelaban que se sentía segura en aquella situación. Él sin embargo se sentía un poco violento, habían pasado muchos años y se sentía incómodo ante aquella mujer que fue suya una tarde de verano y a la que no había vuelto a ver en quince años. ¿O quizá nunca fue suya y todo había sido el producto de la retorcida mente de un adolescente lascivo?

Ruth miró el reloj y le dijo que tenía que marcharse a trabajar.

—No es justo —exclamó Carlos— Solo he hablado yo, no se nada de ti —

Ruth le puso un dedo en los labios, sellando la protesta.

—Mañana a la misma hora, aquí.

Se puso de puntillas, le entregó un ligero beso en los labios y se marchó.

Carlos se quedó sentado mirando como se alejaba subida en unos tacones que hacían de sus piernas, bajo la transparencia de unas medias negras, un camino de lujuria que deseó recorrer con las manos.

La realidad en forma de camarero retirando el servicio de la mesa, le devolvió al sitio donde estaba.

Cuando salió a la calle había comenzado a llover, levantó la mirada al cielo y al ver las nubes negras recordó los cielos de carbón de Ruth.

La noche se había acomodado en las calles de Montmartre, la lluvia mojaba los adoquines multiplicando las luces con sus reflejos, regalando a la mirada un paisaje distinto. Caminó despacio de vuelta al hotel a esa hora en la que los comercios han cerrado sus puertas y las calles están más tranquilas, las terrazas de los cafés comenzaban a llenarse de gente que charlaba animadamente mientras miraban a la gente pasar. Una mujer de mediana edad sentada en una mesa le sonrió y Carlos le devolvió la sonrisa.

Estaba abstraído en sus pensamientos, el encuentro con Ruth le había agotado. La excitación de verse de nuevo al lado de ella había resultado demoledora, hacía tiempo que no se sentía tan atraído por una mujer.

Él se limitaba a su trabajo y a su casa, Susana le atraía mucho sexualmente, su relación era perfecta, pero el hecho de estar tan cerca de Ruth le había generado tal tensión que sentía los músculos cansados. La casualidad le había puesto al lado de una mujer especial, había despertado la atracción que sentía por ella y que había estado dormida durante años; al mismo tiempo la conciencia le estaba avisando, le advertía de que estaba muy cerca de entrar dentro de un juego al que no sabía si quería jugar, aún peor, no sabía si debería jugar.

La recepcionista del hotel le sonrió al verle, pero esa sonrisa de luna le pareció que ahora tenía otro significado, la mirada, los ojos un poco entornados, el tono de voz con el que le saludó. Pudo oler el delicado perfume con fondo de especias que la muchacha llevaba puesto y del que horas antes no se había percatado. Se sentía transportado a otra dimensión sensitiva, que le gustaba.

Entró en la habitación y se sorprendió al ver en la oscuridad una luz azulada parpadeando encima de la cama. Con las prisas se había dejado olvidado el

teléfono móvil y no lo había echado de menos en toda la tarde. Susana le había estado llamando y el teléfono le avisaba con una señal luminosa de que tenía llamadas perdidas. Encendió la luz y miró el móvil, efectivamente había cuatro llamadas de Susana.

—¿Susana? —Al otro lado del teléfono el silencio le puso en guardia.

—¿Por qué no has contestado el teléfono? —le preguntó ella.

—Me lo he dejado olvidado en el hotel, lo siento.

—El niño quería hablar contigo, te ha estado esperando toda la tarde hasta que el sueño le ha rendido.

—Lo siento de veras pero he tenido una reunión con los compañeros de trabajo que se ha alargado demasiado —Estaba mintiendo, ¿por qué?, no tenía necesidad, no había hecho nada malo, pero mintió.

—Podías haber hecho un hueco y llamar a tu hijo, sabes lo importante que es para él.

—Ya te he dicho que me he olvidado el teléfono en el hotel. Si quieres me sigo disculpando.

—No hace falta.

—¿Que tal estás tú?

—Aburrida, mirando la televisión.

—¿Me hechas de menos?

—Si, te he hecho mucho de menos.

—Será poco tiempo, ya sabes lo importante que es esto para nosotros.

—No nos metas al niño y a mi en esto. Es importante para ti —puntualizó Susana.

—Y para nosotros Susana, esto supone que en el trabajo—Su mujer no le dejó terminar la frase.

—No me vengas de nuevo con el ascenso y el nuevo nivel de vida, sabes que a mi no me hace falta subir de nivel, no pagando el precio que vamos a tener que pagar.

—Pero es importante.

—Yo tengo lo que necesito, y entre eso que necesito estas tu, te necesito a mi lado, necesito saber que soy tan importante para ti como para que no me faltes nunca y ahora no estas.

—Joder Susana, vamos a empezar de nuevo.

—No vamos a empezar nada, ya lo tenemos todo dicho.

El silencio se hizo al otro lado y un clic le avisó que la comunicación se había

cortado.

La distancia elimina de un plumazo la simplicidad de las cosas, las vuelve complicadas.

Sabía que una pequeña discusión como aquella que había tenido con Susana, teniéndola frente a él, seguramente no habría durado más de cinco minutos. Habrían terminado en la cama, haciendo el amor y riéndose al final por haber discutido. Pero la distancia es un prismático puesto del revés, aleja las cosas, las hace inalcanzables; es una lente que aumenta por dos, por tres, por diez, los problemas.

La complicación que se había generado a causa de su decisión de salir de Madrid para ir a París a trabajar, se estaba enquistando cada día que pasaba, y lo peor era que desde la distancia veía la solución muy difícil.

Se sintió de pronto muy solo en aquella habitación de hotel que el día anterior le había parecido acogedora, ahora le parecía inhóspita.

Se tumbó en la cama y encendió el televisor para sentirse acompañado, en su cabeza se mezclaban sin orden los pensamientos, pasaba de Susana a Ruth en cuestión de segundos. Poco a poco la imagen de Ruth le fue ganando terreno a la de Susana, que se le hacía cada vez más borrosa mientras se alejaba. Con la imagen de los ojos de Ruth en su cabeza se quedó dormido.

Al salir del café Ruth sabía que Carlos la seguía con la mirada, le gustaba que la miraran, sonrió porque sabía el efecto que producía en los hombres cuando pasaba junto a ellos, por eso le gustaba fomentar la imaginación del sexo opuesto y para ello se arreglaba antes de salir, por eso vestía con esas faldas cortas que dejaban al descubierto unas piernas largas y bien formadas, los tobillos finos y los zapatos de tacón que realzaban la esbeltez de su figura.

Recordando la conversación con Carlos en el café se alegró de que Aurora se hubiese casado con José Luis, ella era una buena chica, con un corazón grande y mucho amor para entregar, siempre estuvieron enamorados, parecían una pareja predestinada a unir sus caminos, eso le alegraba; María Luisa era más alocada, más coqueta, pero al final parece que había sentido la cabeza, ella era muy inteligente y había conseguido ser abogada en uno de los bufetes más famosos de Madrid.

Sintió mucho lo de Ramón, la verdad es que era difícil que no cayese moviéndose en los ambientes que se movía, la mitad de la familia en la cárcel y la otra mitad haciendo oposiciones para entrar entre rejas; era un buen chaval, uno

de tantos que tuvieron que dejarse llevar por el torbellino, porque salir de él era más difícil.

Cuando llegó al boulevard buscó una cabina de teléfono, descolgó el auricular, introdujo unas monedas en la ranura y esperó una respuesta al otro lado de la línea.

—¿Aló? —respondió una voz de mujer.

—¿Sandra? —preguntó Ruth, al otro lado de la línea se hizo el silencio durante unos segundos.

—Eres tú otra vez, no esperaba que me llamaras tan pronto.

—Te llamo para decirte que esta mañana estuve con el señor Charlet, y aceptó el trabajo, en unos días lo tendré en mi poder.

—Ya me imaginaba que lo aceptaría, ese hombre me tiene mucho cariño y por el tono que usó cuando hablé con él me dio a entender que aceptaría tu encargo —le dijo Sandra.

—Pero tengo que pedirte algún favor más Sandra —El silencio volvió de nuevo a posarse en la línea.

—¿Sigues ahí Sandra?

—Si sigo aquí.

—Lo siento mucho, no debería haberte llamado, entiendo que estés molesta después de lo que te hice, pero no tengo a nadie a quien recurrir —De nuevo el silencio.

—Está bien, dime lo que necesitas.

—No puedo decírtelo por teléfono, es mejor que nos veamos, pero no puede ser en tu casa, ya sabes por qué, te llamaré y te diré un sitio donde podamos vernos sin peligro.

—De acuerdo Ruth, sabes que no te puedo negar nada —Y colgó la llamada.

Cuando Ruth colgó el teléfono se sintió mal, había intentado por todos los medios no implicar a nadie en sus planes, lo había pensado mil veces antes de decidirse a llamar de nuevo a Sandra, ya le hizo mucho daño una vez y no quería volver a hacérselo, eso sería lo último que desearía, pero a esas alturas sus pasos solo tenían un camino y si quería seguirlo necesitaba ayuda y no podía recurrir a nadie, no tenía a nadie en quien poder confiar.

Siguió caminando por la calle pensando en lo bien que se había sentido sentada en aquél café con Carlos, mientras estaba con él oyéndole hablar del pasado, del barrio, de la vida, se había sentido otra persona, la persona en la que quería convertirse de nuevo, se hizo la ilusión de lo bueno que sería poder ver a

Carlos cada día para sentirse así de bien pero a la vez se decía que no se lo podía permitir, Carlos pertenecía al pasado, a un pasado que ya no iba a volver, al igual que las palabras que se dicen o los actos que hacen nunca vuelven; lo mismo que cuando se dispara un arma, la bala que sale por el cañón nunca vuelve por mucho que se arrepienta el que aprieta el gatillo.

Era consciente del peligro que suponía llevar a cabo el plan que tenía en mente, no solo para ella, sino para cualquiera que le ayudara, se tenía que mover con pies de plomo si no quería que alguien saliese perjudicado, le preocupaba Sandra, pero era un riesgo que tenía que correr, sabía que en cualquier momento una casualidad, una coincidencia podría hacer que alguien la viera y diera la voz de alarma, ya era peligroso haber hablado con Sandra, peor sería si las vieran juntas.

Ahora el cuidado tendría que ser doble después de la aparición de Carlos, no debería haber quedado en Le Progrés, debería haberle pedido su número de teléfono y no haberle llamado nunca, de esa forma no tendría una preocupación más en la cabeza, uno más a quien proteger; pero ver a Carlos le había devuelto un sitio donde agarrarse, una rama solitaria en el precipicio en el que había convertido su vida, le había devuelto el recuerdo de una época tranquila, serena, una época a la que ya nunca podría volver porque ya era pasado, pero si podía servirse de su recuerdo como un estímulo para seguir adelante con sus planes de futuro.

Tenía que verle de nuevo, desafiar el peligro y volverle a ver para darle una explicación del porqué salió de Madrid por la noche junto a su padre y a su madre como unos ladrones, escondiéndose de las miradas, evitando las preguntas, impidiendo que la vergüenza pudiera destrozar aún más lo que ya sus padres se habían encargado de hacer añicos, su felicidad y su inocencia.

Tomó un taxi para que la llevara a las galerías Lafayette, sentada en el asiento no pudo evitar recordarlo todo, su mente viajó quince años atrás cuando su tío Miguel el hermano de su padre apareció en sus vidas.

Fue en navidad cuando su tío apareció en su casa, días antes habían recibido un telegrama diciéndoles que llegaba a Madrid y quería verlos.

Llegó con la intención de conseguir una plaza de profesor en la Facultad de Ingeniería de Montes de la Universidad Politécnica, tenía ganas de echar raíces después de haber estado viajando por medio mundo desde que terminó la carrera; su especialidad era la Patología Forestal y era un personaje muy conocido

en muchas universidades internacionales, había trabajado en los bosques de Canadá, Estados Unidos, las selvas del Amazonas, Sumatra y Madagascar y se había convertido en una autoridad en la materia.

El tío Miguel era el hermano pequeño de su padre, cuando llegó a Madrid tenía treinta y ocho años, era un hombre alto, con el pelo castaño y un cuerpo musculoso, de aspecto un poco bohemio y descuidado que traía como único equipaje una mochila, donde guardaba sus pocas pertenencias, el andar errante le había enseñado a llevar encima lo estrictamente necesario y a despreciar todo lo accesorio que la gente normal y sedentaria acumula.

La familia lo acogió en casa temporalmente hasta que consiguiera el trabajo y se pudiese instalar definitivamente; mientras, animaba las veladas de aquella casa con las más increíbles historias de sus viajes.

Quizás fuera el exceso de aburrimiento de una mujer aún con ganas de vivir, pero dedicada únicamente a las labores de su casa, o quizás el atrayente halo que envuelve a una persona aventurera y muy culta mientras relata anécdotas de sus viajes por el mundo, de aventuras en sitios lejanos, entre gente distinta y paraísos exóticos, o simplemente una flecha despistada de Cupido; el caso es que Juana, la madre de Ruth, perdió el control y se lanzó en brazos de aquel personaje, que sin ningún escrúpulo no perdió la ocasión de aprovechar un cuerpo, al que el tiempo no había castigado excesivamente, para ponerle los cuernos a su propio hermano.

Juana era una mujer muy atractiva, morena, delgada y con muchas ganas de vivir; las mismas que Álvaro, el padre de Ruth, no tenía; él era un hombre aburrido, un oficinista condenado a un trabajo tedioso que hacía de su casa una extensión de la monotonía de su trabajo.

La llegada del tío Miguel había supuesto una revolución en aquella casa aburrida, Álvaro se marchaba a las siete de la mañana a trabajar y no volvía hasta las siete de la tarde, Ruth salía de su casa a las ocho camino del instituto y volvía a las tres de la tarde, después de comer tenía que estudiar y hacer los trabajos que le ponían sus profesores, el tío se ofreció a ayudarla.

La primera vez que Ruth se dio cuenta de las intenciones de su tío fue una tarde que le había pedido que le ayudase con un trabajo de biología, él se sentó a su lado y mientras le daba explicaciones sobre el temario que debía preparar le puso la mano en la pierna, Ruth se sobresaltó, pero no se atrevió a hacer nada, la mano de su tío comenzó a deslizarse hacia arriba del muslo, Ruth cada vez estaba más azorada, temblaba por dentro hasta que no pudo más, se levantó de un salto y se marchó al cuarto de baño.

A partir de aquél día se desató un pequeño infierno para Ruth, cuando se cruzaba con su tío en cualquier parte de la casa, éste le sonreía o se acercaba a ella y le ponía las manos en la cintura, o al pasar junto a ella le daba una palmadita en el culo, Ruth no sabía como evitar aquellos ataques, no podía concentrarse en los estudios, cerraba la puerta de su habitación con cerrojo, temiendo que pudieses entrar mientras dormía. Llegó a pensar si serían ilusiones suyas, que lo único que pasaba era que su tío era muy cariñoso y lo que para él era algo normal ella lo estaba magnificando porque tenía la mente sucia.

Hasta que un día su madre entró en su cuarto para hablar con ella; estaban solas en casa, su padre aún no había vuelto del trabajo y su tío había salido para ir la universidad.

—Ruth, quiero hablar contigo porque últimamente te veo muy rara —le dijo su madre.

—No me pasa nada mamá.

—Es que Miguel me ha dicho que desde hace semanas no puede acercarse a ti, que ya no quieres que te ayude en los estudios y que le rehúyes.

A Ruth se le iba a salir el corazón del pecho, no entendía nada.

—Miguel es tu tío y te quiere mucho, debes mostrarte amable con él, es una gran persona que solo desea el bien para todos nosotros, además es tan alto, tan guapo, ¿verdad?, no me digas que no te gusta, como hombre digo, porque ya pronto vas a cumplir los dieciséis y a esta edad ya andarás tonteando con chicos y seguro que algo más, seguro que has besado a alguno, y también os habréis tocado, ya sabes que no hay nada malo en eso.

Ruth estaba alucinada, ¿que pretendía decirle su madre?, entonces armándose de valor se lo dijo.

—El tío Miguel me mete mano en cuanto puede, no quiero que me ayude a estudiar porque intentó tocarme por debajo de la falda y cada vez que me encuentro con él me acosa, si estoy de espaldas, viene por detrás y se restriega contra mí —le dijo con lágrimas en los ojos

—Pero Ruth, ¿y que importancia tiene eso?, si te dejas tocar por otros chicos porqué no por alguien de tu familia?

A Ruth le resbalaban las lágrimas por las mejillas, se preguntaba como era posible que su madre le estuviese diciendo eso, no sabía que estaba pasando pero sentía una tremenda pena por las cosas que estaba oyendo.

—Mira cariño, al final todo llega, y llegará el momento en que te acuestes con un chico, por experiencia se que la primera vez es muy duro, si no lo haces con

un hombre sensible te puede marcar para toda la vida, es muy importante que la primera vez que regales la flor sea a alguien que la sepa apreciar.

Se sintió desamparada, su madre no le hacía caso, no le parecía mal que su tío la acosara, es más le estaba intentando convencer de que se acostara con su tío, no sabía como cortar aquello, pero no quería seguir oyendo a aquella mujer que ya no conocía, que le daba asco.

—Ruth, sabes que te quiero, soy tu madre y no voy a querer el mal para ti, creo que debes dejarte llevar, Miguel es un hombre sensible y muy cariñoso, él podría descubrirte sensaciones y placeres que ningún niño podría igualar, eres una privilegiada si él se ha fijado en ti.

Se levantó de la silla con el corazón encogido por el llanto, caminaba hacia atrás sin poder retirar la mirada de su madre hasta que llegó a la puerta, la abrió y salió corriendo de su habitación, en el pasillo se cruzó con su tío Miguel quién intentó retenerla pero se deshizo de sus brazos de un tirón y se marchó corriendo escaleras abajo hasta la calle

Esperó la llegada de su padre en el portal, cuando le vio aparecer sintió una gran pena, se le veía abatido, cansado, lo que hizo que se derrumbaran los planes que tenía de contárselo todo, le dio una terrible lástima al ver a su padre tan derrotado, parecía que le hubieran echado diez años encima.

—¿Que te pasa Ruth, que haces aquí? —Le preguntó su padre.

—Nada, que estaba llegando a casa, he visto que estabas aparcando el coche y te he esperado.

—Tienes mala cara, ¿te ha pasado algo?

—Nada Papá, cosas de chicas, ya sabes, lo del amigo que nos viene a visitar todos los meses.

Subió las escaleras con él y entraron en casa, en el salón estaban su madre y su tío, ella les dijo que se iba a la cama porque se encontraba mal.

El taxi se detuvo delante de la puerta principal de las Galerías Lafayette y Ruth se zambulló entre la gente, que en gran número, circulaban dentro del gran comercio; a menudo iba allí para evadirse, le gustaba recorrer las plantas de aquel edificio donde se daban cita las grandes marcas de moda, cosméticos y complementos, le servía de evasión y era para ella el mayor antidepresivo, cuando se encontraba mal se iba de compras: hoy era uno de esos días, después de la conversación con Carlos sus pensamientos y sus ilusiones se habían puesto a volar, estaba distraída y eso no se lo podía permitir y menos ahora, tenía que ser

fuerte para afrontar lo que se le venía encima, aún no tenía un plan definitivo de como iba a hacerlo, pero una de las cosas era prepararse un equipaje en secreto que pudiese recoger fácilmente el día de su marcha para lo cual necesitaba ir comprando ropa poco a poco, también tenía que tener un sitio para guardarla, en su casa no podía ser, era por lo que iba a pedirle a Sandra, si quería hacerse cargo de guardarle sus cosas hasta que llegara el momento de marcharse.

Hoy no iba a ir a trabajar, cogió el teléfono y marcó un número, salió a la calle, bajó por el Boulevard Haussmann, entró al Café le Manoir pidió un café y se sentó a esperar.

No habían pasado veinte minutos cuando un automóvil BMW negro con los cristales tintados se detuvo delante del café, Ruth salió de la cafetería y se introdujo en el asiento de atrás del coche.

Sentada en el cómodo asiento no pudo evitar que su pensamiento retornara de nuevo para torturarla con los recuerdos de lo que sucedió en aquella casa y que la cambió para siempre, era demasiado joven, demasiado delicada para enfrentarse a una situación como aquella.

Había dejado de hablarle a su madre, evitaba cruzarse con su tío, el tiempo que estaba en su casa se encerraba en su habitación, salía por las mañanas para ir al instituto y si podía no volvía a su casa hasta asegurarse que su padre estaba presente, comía mal, y las largas ausencias impedían que se pudiese concentrar en los estudios, empezó a tener malas notas que evitaba que sus padres vieran, por otra parte se sentía en su casa un cero a la izquierda, le habían hecho el vacío más absoluto, ya no le hacían caso; su madre no se atrevía a interponerse en sus decisiones, si la veía salir a cualquier hora no le decía nada, ella pensaba que por miedo a que por un enfrentamiento con ella le contara a su padre que su madre había intentado arrojarla a los brazos de su tío.

Una mañana estaba en clase y se sintió mal, le había venido la regla, tenía fuertes dolores abdominales; decidió marcharse a casa, tomarse un analgésico y meterse en la cama.

Cuando abrió la puerta oyó unos gemidos que provenían de la cocina, cerró la puerta con cuidado y se acercó sin hacer ruido, al entrar en la cocina lo que vio la dejó paralizada; su tío Miguel estaba sentado en una silla de la cocina, desnudo, encima de él sentada a horcajadas estaba su madre también desnuda, con los brazos rodeaba el cuello de su cuñado, lo cabalgaba mientras gemía repitiendo:

—Fóllame, así..., fóllame más.

De su garganta salió un grito desgarrador que hizo que los amantes volvieran la cabeza, salió de la cocina corriendo por el pasillo, tiró los libros al suelo y se marchó de la casa.

Ruth miraba la ventanilla del coche, estaba lloviendo y las gotas emborronaban la vista del paisaje, viajaban por la autopista A1 que en ese momento discurría frente al aeropuerto Charles De Gaulle, la vía de escape para un futuro incierto, pero seguramente mejor.

El recuerdo del pasado la entristecía hasta hacer que las lágrimas lucharan por salir de sus ojos, pero ese no era el momento para llorar, no se podía permitir el lujo de que el chofer la viese llorar. Sin poderlo evitar las imágenes de aquel día terrible volvieron a golpearla.

Cuando salió del portal de su casa anduvo sin rumbo fijo, no sabía donde ir, solo sabía que quería alejarse de aquella casa que ahora le parecía un basurero de sentimientos, sentía asco, vergüenza, lástima por su padre y odio hacia su madre; no solamente había intentado echarla en brazos de su tío sino que ella misma estaba liada con él. Se preguntó que nivel de vicio y dependencia podría tener su madre de ese hombre, que había consentido empujar a su hija a sus brazos.

Hacia rato que había empezado a llover, estaba empapada y sentía frío; al filo de la medianoche volvió a casa, estaba decidida a contarle todo a su padre, no sabía que iba a ser de ella pero su padre sabría que hacer, siempre había confiado en él.

Cuando entró por la puerta de la casa su padre estaba esperándola en el salón, se acercó y se abrazó a él llorando.

—Cálmate mi niña, tranquila, mamá me lo ha contado todo, me ha dicho que los vistes en la cocina.

—Si, ha sido horrible —Le dijo ella entre sollozos.

—Siento mucho que hayas tenido que ver eso, es injusto que lo hayas descubierto de ese modo tan cruel.

—Papá, era mamá, ¿que vamos a hacer ahora?

—Lo solucionaremos, ya he hablado con mi hermano y se ha marchado de casa, tu madre está en la habitación, perdóname, la culpa ha sido mía, no he debido permitir que lo que estaban haciendo haya durado tanto tiempo, no pensé en ti cuando consentí esa relación.

—¿Pero tú lo sabías? —Exclamó Ruth indignada.

—Si hija, lo sabía desde la semana siguiente a la llegada de Miguel, me sentí engañado, despreciado, discutimos tu madre y yo, le dije que hablaría con Miguel

para que se marchara y fue cuando ella me amenazó con irse con él y dejarnos; sentí horror cuando oí aquella amenaza, yo quiero a tu madre y no quiero que se vaya, además estas tú, yo no podría cuidarte solo —Una tormenta se desató dentro de Ruth mientras oía a su padre, una rabia contenida se liberó y se apoderó de ella; se retiró de su padre con cara de asco, ya no lloraba, estaba roja de ira y de desprecio.

— No solamente eres un cornudo, sino que estás ciego, vas a seguir viviendo con una mujer que es una viciosa y una perversa, una mujer que no solo se ha follado a tu hermano, que es un hombre sin escrúpulos que ha intentado decenas de veces abusar de mí, que me metía mano por los pasillos, sino que el otro día entró en mi cuarto, mi propia madre, para convencerme de que me fuera a la cama con su amante, tu hermano papá, tu hermano. ¿Esa es la mujer que quieres que cuide de mí?

Álvaro se levantó del sofá y se dirigió a la habitación, tuvieron una pelea en la que se dijeron de todo, ambos gritaban, ambos lloraban, ambos se destrozaban mutuamente.

Al día siguiente su padre le dijo que había pedido el traslado a Barcelona y que se marcharían en cuanto se lo autorizaran, posiblemente un par de semanas.

Si odiaba algo en la vida eran los cielos de carbón que cuando aparecían le oscurecían la felicidad y ahora estaban cubriendo de negrura todo lo que le importaba y que había perdido, el respeto por sus padres, sus amigos y sobre todo a Carlos. Fue cuando decidió perder la virginidad para saber que era aquello que había vuelto loca a su madre.

Capítulo IV

Carlos se despertó con el amanecer, se levantó con pereza cansado de dar vueltas en la cama, se había despertado varias veces durante la noche agitado y empapado en sudor.

Se dirigió al baño, mientras se afeitaba sonó el teléfono móvil. Salió desnudo del cuarto de baño, era Susana, cuando se disponía a disculparse, ella se le adelantó y le pidió perdón por lo que le había dicho la noche anterior.

Llegó al trabajo muy temprano, antes que Louise, se puso a revisar los expedientes que le quedaban del día anterior, cuando llegó su compañera y se acercó a su mesa para saludarle dejó a su alrededor el ambiente perfumado con un suave aroma de flores frescas. Carlos estaba encantado de que le hubiesen puesto bajo la supervisión de una mujer tan atractiva, tenían que estar todo el día juntos, tenía que consultarle cada documento que trataba y cada operación que se disponía a realizar para que ella lo supervisara.

Al llegar la hora de comer Louise le ofreció que lo hicieran juntos, Carlos aún no se había acostumbrado al horario de comidas de los franceses, le parecía una barbaridad eso de comer a las doce y media del mediodía cuando él estaba acostumbrado a hacerlo pasadas las tres de la tarde en Madrid, aún así aceptó agradecido la invitación de su compañera.

Salieron del banco y se dirigieron a un bistró que estaba cerca, cuando Carlos se disponía a atravesar la puerta del mismo, Louise le sujetó del brazo y le llevó hasta una fila de gente que estaba esperando a ser atendidos, en una especie de kiosco situado en el exterior del restaurante. Carlos pensó que iban a comer como mandan los cánones, sentados en una mesa en el interior del restaurante, pero al parecer no iba a ser así.

—Aquí tenemos la costumbre de tomar algo ligero al mediodía y comer bien al llegar a casa —le dijo Louise.

—Para mi es extraño, en España nadie come así, todos lo hacemos en casa o en un restaurante, sentados en una mesa —respondió Carlos.

—Comer en París es muy caro y lo mejor para la economía es hacer esto, pero

si tú lo prefieres...

—No Louise, no hay problema, vamos a hacer lo que hacéis aquí, así podré experimentar la vida de París desde dentro.

Compraron unos bocadillos y unos botes de refresco que Louise no consintió que Carlos pagara y se dirigieron hacia los jardines de las Tuileries, sentados en unas sillas metálicas pero bastante cómodas y alrededor de una de las fuentes del paseo central comieron, mientras, Louise interrogaba a Carlos sobre la vida en España, las costumbres y sobre el trabajo de Carlos en Madrid, él le iba respondiendo hasta que tuvo que hablarle de su vida privada. Le dijo que estaba casado pero que su matrimonio no iba bien y que probablemente cuando volviese a Madrid rompería con su mujer; una vez que dijo aquello, ni el mismo supo el motivo por el que lo había dicho, quizá por esa manía que tienen los hombres de dejar siempre una puerta abierta a la seducción ante una mujer que les puede parecer apetecible y accesible a la vez.

Louise no le había dado ningún motivo para que pensase que tal cosa fuese posible, pero aún así le mintió. Y una vez que se miente se cae en las redes de la mentira, una telaraña pegajosa que obliga a caminar con mucho cuidado, evitando hacer o decir algo que pueda descubrir el engaño. Pero en aquel momento mintió, quizás inconscientemente pero mintió.

Mas tarde, mientras trabajaba sentado frente a Louise pensó en ello admirando la longitud de las piernas de su compañera.

Al final de la jornada no se dirigió al hotel, se fue caminando por las calles en dirección a Montmartre, admirando la belleza de la ciudad, de sus edificios, de sus plazas hasta que llegó al café donde se había citado de nuevo con Ruth, deseaba verla de nuevo y que le contase cosas de su vida, eran muchas las cosas que quería saber de ella, donde se fue cuando se marcharon de Madrid, que hizo con su vida, a que se dedicaba, porqué vivía en París.

Se sentó en la misma mesa que el día anterior, hacía mucho tiempo que no frecuentaba cafeterías, entre la vida agitada de Madrid y que residía a las afueras hacía años que no se sentaba en una cafetería con alguien para hablar, probablemente desde los años de universidad cuando las cafeterías de Madrid eran un sitio habitual de encuentro entre amigos para pasar la tarde.

Distraído en sus pensamientos no la vio llegar, hasta que a su espalda la oyó decir hola. Levantó la vista y allí estaba, a su lado, con la serena belleza de una diosa y se dio cuenta de cuanto la deseaba.

Se levantó y se acercó a ella para besarla, en un juego de movimientos equívocos sus labios se encontraron y ninguno de los dos hizo nada por separarlos, sus lenguas se buscaron para decirse frases de deseo pronunciadas en el silencio de dos bocas encadenadas.

Se sentaron y pidieron unos cafés, mientras se miraban a los ojos Ruth comenzó a hablar:

—Lo que te voy a contar no se lo he contado nunca a nadie, sé que aquella tarde entre las adelfas significó mucho para ti, para mi significó hacer el amor por primera vez con la persona que yo quería, pero también sabía que era la última vez que te iba a ver porque días después nos íbamos a marchar de Madrid.

—Nunca entendí porqué desapareciste tan repentinamente —le dijo Carlos.

—Espero que después de oír lo que estoy a punto de contarte lo entiendas — Con la mirada fija en el velador Ruth continuó hablando.

—El destino de mi padre a la sede de la empresa en Barcelona no fue forzado, mi padre lo pidió de urgencia para sacarnos de Madrid, alegó para ello que mi madre necesitaba urgentemente por prescripción médica cambiar de aires, y así era, necesitaba cambiar de aires pero no por motivos de salud, fue mi padre el que quiso alejarla cuanto antes de Madrid porque llevaba meses acostándose con su hermano, mi tío Miguel.

Carlos estaba sorprendido de lo que estaba oyendo, no se podía imaginar que el motivo de la marcha de Ruth hubiera sido ese, se sintió un poco avergonzado de haber forzado de alguna manera el que Ruth le estuviese contando algo tan delicado.

—Ruth, te ruego que no sigas contándome nada más, eso son cosas tuyas y de tu familia que yo no se si debo saber —le dijo Carlos.

De nuevo le puso el dedo en los labios evitando que siguiera hablando.

—Ya no importa ni la vergüenza, ni el que dirán, contarte esto me ayuda, es algo que he tenido dentro durante demasiado tiempo y es algo tan sucio que me ha hecho mucho daño, estoy pasando unos momentos en mi vida bastante delicados y para recorrer el camino que me toca recorrer en este momento me tengo que liberar de muchas cosas que me están lastrando y esta es una de ellas, te lo he contado porque creo que te mereces saber porqué me perdiste, para que puedas entender el porqué de mi marcha de Madrid.

—Nunca pude imaginar que fuese ese el motivo Ruth, lo siento tanto, lo siento por ti, pero también lo siento por mi, porque perdí la ocasión de tenerte junto a mí.

—No lo sientas, eres un hombre felizmente casado y tienes un hijo maravilloso, cuando pasó lo nuestro yo ya estaba envenenada, no creo que la oportunidad de la que hablas hubiese funcionado —Miró el reloj y le dijo:

—Me tengo que marchar Carlos, siento haber estropeado una tarde como esta al contarte algo tan desagradable pero sentía necesidad de hacerlo, quizá he sido egoísta pero no tengo a nadie con quien hablar y al encontrarte ayer en el metro y vernos más tarde en esta misma mesa, los recuerdos acudieron a mi con una crueldad difícil de soportar, encontrarte ha sido para mi como recuperar una parte de lo único bueno que he tenido en muchos años, como recuperar un poco la inocencia que perdí con tanta violencia.

—No te vayas aún, siento que me necesitas y aquí estoy para lo que quieras, sigue hablando si te hace bien, yo te escucharé y sabes que jamás te voy a juzgar.

—Dame tu número de teléfono y te llamaré para vernos otro día, ahora no estoy en circunstancias de poder verte cuando quiera, es muy complicado y además no es bueno para ti, pero te llamaré.

—No te entiendo cuando dices que no es bueno para mi, ¿qué pasa Ruth, tienes algún problema?, cuéntamelo para que pueda ayudarte.

—No es nada Carlos, nada en lo que tu puedas intervenir, estoy acostumbrada a solucionar mi vida yo sola, déjame, confía en mi. Me pondré en contacto contigo cuando pueda verte de nuevo.

—Dame tu número de teléfono —Le pidió Carlos.

—No puedo, no me puedes llamar, espera a que yo me ponga en contacto contigo.

Se levantó de la mesa y le abrazó, le besó y salió por la puerta de la cafetería acariciada por la mirada de Carlos, cuando la perdió de vista se levantó, pagó la cuenta y se marchó; se sentía triste por Ruth, por lo que le había contado, en la calle sacó el teléfono y llamó a Susana.

—Te quiero y te echo de menos mi amor.

—Yo también te quiero y este bicho que tengo sentado a mi lado. intentado quitarme el teléfono para hablar con su padre, también te quiere.

—Pásamelo... hola bichito, ¿como estas? —Un torbellino de palabras a media lengua le asaltó, pudo sentir la risa de su hijo como si lo tuviese delante, antes de que pudiese decir nada ya le había devuelto el teléfono a Susana y se había ido corriendo a jugar a su habitación.

—Tengo muchas ganas de veros y tengo muchas ganas de estar a tu lado —Le

dijo a ella.

—¿Cuándo vas a venir?

—Si puedo, el fin de semana que viene voy a Madrid a veros, pero el domingo tendría que volver.

—Menos es nada, te esperamos, te quiero.

—Dale muchos besos al bichito, y para ti uno muy fuerte, te quiero.

Guardó el teléfono en el bolsillo y siguió caminando, no tenía ganas de encerrarse en el hotel, se dedicó a recorrer calles sin rumbo fijo hasta que se tropezó con un local donde se oía música y decidió entrar a tomarse una copa.

Era una especie de disco bar de paredes negras e iluminación de neón donde había algunas personas en la barra bebiendo y charlando mientras sonaba una música un poco estridente para su gusto, una especie de rock alternativo, no era nada del otro mundo pero era un buen sitio para tomarse una copa sin pensar mucho en nada. Se tomó tres whiskies mientras charlaba con una chica un poco borracha que se acercó a la barra y se sentó a su lado, al rato estaba hastiado de ella, pagó y salió de nuevo a la calle, se encontraba un poco mareado, no había comido nada y el alcohol había surtido efecto, pensó que lo mejor era irse al hotel y acostarse, se encontraba en la plaza de Blanche; casi en la esquina con la calle Lepic, donde estaba el hotel, había una pequeña tienda regentada por un árabe donde vendían bebidas, entró, compró una botella de whisky y se la subió a la habitación.

Cuando doblo la esquina Ruth buscó un taxi y le indicó al taxista que la llevara a la Défense, el distrito financiero de París, tenía el tiempo justo para llegar antes de que Hichem fuese a buscarla con el coche.

Estaba nerviosa, la historia que le había contado a Carlos le había hecho recordar de nuevo, no le gustaba recordar porque los recuerdos que tenía eran tan viles que no merecía la pena evocarlos, le vino a la mente Barcelona y el Barrio Chino.

Ruth había vivido en Barcelona con sus padres hasta que cumplió los dieciocho años, durante ese tiempo se comportó como una chica normal con la única diferencia que no le dirigía la palabra a sus padres. Se limitaba a levantarse por las mañanas, ir a clase, volver de nuevo a casa y encerrarse en su habitación.

Convirtió aquél cuarto en una fortaleza, en una burbuja que la aislaba del exterior, de los agentes patógenos que habían envenenado el aire que se respiraba en aquella casa.

Apenas fue capaz de hacer amigos entre los compañeros de clase, ni entre los chicos y chicas de aquel barrio obrero donde vivían. Entraba y salía de la casa cuando quería y nadie le decía nada, cuando su padre o su madre intentaban decirle algo, con solo una mirada los hacía callar; paseaba sola, pasaba horas recorriendo las calles de esa ciudad que pronto conoció muy bien.

A raíz de lo que había pasado con su madre el sexo había pasado a ocupar un lugar prioritario en su vida, se excitaba con facilidad recordando a Carlos y como hicieron el amor aquella tarde, quería más, conocer más de ese mundo que la hipocresía mantenía oculto pero que condicionaba hasta los más ínfimos detalles de la vida de las personas: evitó la relación con los chicos que querían ligar con ella en el instituto y mientras sus compañeros y compañeras de clase salían en pandilla a divertirse, ella se iba a pasear por las calles del Barrio Chino donde el mercado del sexo estaba más a la vista, donde se mostraba con menos pudor.

Ese barrio se convirtió en su zona preferida de la ciudad, andaba por sus calles cruzándose con los hombres que volvían la cabeza a su paso, atraídos por aquel cuerpo que desprendía deseo y pasión por los cuatro costados. Se estaba haciendo una mujer bonita y deseable; pronto se hizo familiar entre las gentes que habitaban allí, entre las meretrices que hacían guardia en las puertas de las pensiones, entre los porteros de los clubs nocturnos y de los espectáculos eróticos que existían por el barrio.

En aquel ambiente sórdido se encontraba como pez en el agua, pronto se hizo amiga de las putas que se apostaban por las esquinas, la llamaban “la niña” y aprovechaban la curiosidad de los clientes que se acercaban a ellas cuando estaba allí la niña, atraídos por aquella belleza con ropa de colegiala, para llevárselos a la cama.

Ningún hombre se le insinuó, nadie la asaltó ni nadie se le arrimó oliendo a tabaco y a sudor para decirle guarradas al oído mientras caminaba por aquellas calles. Parecía que estuviese aislada dentro de un campo de fuerza que la protegía, que ponía sobre aviso a los hombres que la miraban con deseo desde lejos, sin acercarse a ella. Solo ella sabía cuando y con quien volvería a follar.

Para Ruth, todo el tiempo pasado entre estas gentes solo tenían un objetivo, conocer bien ese submundo para poder hacer uso de él cuando llegase el momento. Quería marcharse de su casa y vivir su vida, y tenía que estar preparada, quería ganar dinero rápidamente y para eso encima llevaba toda la artillería necesaria, era muy joven, era muy bonita, tenía un cuerpo magnífico y no tenía ningún pudor en usarlo para hacer dinero; el pudor que tenía cosido a

su inocencia lo había dejado entre las cosas que se quedaron en su casa de Madrid y que no viajaron con ella a Barcelona.

En su casa, sus padres vivían un infierno de mentiras, apariencias y odio contenido. El padre había pasado de la dependencia enfermiza de una mujer sin escrúpulos que se había acostado con su hermano, a depender de los turbios amaneceres entre botellas de alcohol vacías. Su madre se marchitaba entre aquellas cuatro paredes entre la vergüenza y los reproches que su marido le escupía a la cara cada día.

El mismo día que cumplió los dieciocho años, metió un poco de ropa en un bolso y mientras sus padres estaban en el salón discutiendo, como cada día, se plantó delante de la televisión y les anunció:

—Me voy, no quiero ver como os destruíis el uno al otro en este antro.

Salió por la puerta mientras sus padres se culpaban mutuamente de la actitud de su hija. Ese fue el último día que los vio.

Cargada con la bolsa se dirigió al Barrio Chino, más allá del mercado de La Boquería subió al primer piso de una vieja casa donde sabía que había un burdel regentado por una tal doña Mercé.

Doña Mercé era una prostituta muy mayor y muy lista que una vez llegada la edad de la decadencia, se había retirado y con los ahorros que había conseguido guardar, haciendo la carrera durante toda su vida, se había comprado un piso donde había montado una casa de putas.

Como ella había sido puta y además de lista era buena gente, trataba a las muchachas como si fuesen sus sobrinas, no consentía en su casa ni chulos ni borrachos y luchaba para que sus chicas mantuvieran la independencia y la salud necesaria para que se fueran preparando un futuro, como el que ella se había preparado.

Ruth había decidido ejercer la prostitución, ganar dinero e irse fuera de España, quería alejarse cuanto antes de su familia y de un país de moral hipócrita que amamantaba a gentes que preferían hundirse la vida antes que mostrarle a todo el mundo su fracaso.

Cuando doña Mercé la vio entrar por la puerta intentó convencerla de que no se metiera en aquella vida, pero la vio tan decidida, tan segura de si misma y tan mujer, que desistió en el empeño de hacerle cambiar de parecer y la acogió en su casa.

Durante cinco años estuvo trabajando en casa de doña Mercé. Era la estrella del burdel, por su juventud, por su belleza y por el trato que le daba a los

clientes. Solo lo hacía con quien ella quería, jamás la obligaron a hacer algo que ella no estuviera dispuesta a hacer; durante ese tiempo ahorró bastante dinero, llegado el momento habló con doña Mercé y le dijo que lo quería dejar, que se quería marchar a ver mundo. La señora intentó disuadirla de nuevo y de nuevo tuvo que desistir, Ruth tenía tal personalidad y convicción que cuando deseaba algo nadie podía convencerla de lo contrario.

Bajó del taxi y entró en uno de los edificios de fachada de aluminio y cristal, la sede de una gran compañía de seguros, cuando creyó que era el momento salió de nuevo a la calle, el BMW negro la estaba esperando en la puerta.

Era de madrugada cuando llegó a aquella casa tan grande y sintió más que nunca la soledad, Kamal estaba de viaje, mejor, pensó, así no tendría que ver ni hablar con nadie, tomó una ducha y se tumbó en la cama buscando la paz, buscando que el sueño la liberara por unas horas de sus recuerdos pero no lo consiguió, como todas las noches desde hacía un año en cuanto Morfeo la abrazaba en su regazo le asaltaban los fantasmas del pasado, los fantasmas de todos a los que había hecho daño, los veía venir ensangrentados, mostrándole sus heridas, como cada noche tuvo que recurrir al Diazepam que se había convertido en su mejor amigo, era lo único que hacía desaparecer los cielos de carbón.

Capítulo V

Había llegado al trabajo bastante mal, tenía resaca de la noche anterior, pero mantuvo el tipo; le gustaba el trabajo en el banco, se consideraba afortunado aunque su trabajo le había costado llegar hasta donde estaba en ese momento, a punto de ser el responsable del departamento de exterior.

Su vida había estado ligada a ese trabajo desde muy joven y le había posibilitado poder forjarse un futuro para él y para los suyos. Mientras trabajaba recordaba cuando entró por primera vez en la sucursal, era tan joven, todo se le hacía tan grande.

Carlos había entrado a trabajar en el banco por un convenio Universidad – Empresa un año antes de finalizar la carrera, con un contrato en prácticas y un salario mísero que apenas le permitía pagarse el bocadillo que se comía durante el trayecto a la Universidad para asistir a las clases.

Cuando acabó la carrera, finalizó también el contrato, se marchó unos días de vacaciones a una casa en la playa que tenían los padres de Ramón, un compañero de clase al que conoció en el primer curso de carrera y se hicieron inseparables, Ramón era un tipo muy abierto y también fue quien le presentó a Susana.

Durante los años de universidad la diversión eran las fiestas que se organizaban en las distintas universidades del Campus y en los Colegios Mayores, eran tantas que no había fin de semana que no hubiera fiesta en la que pasar un buen rato, entre cubatas baratos y nenas con ganas de pasárselo en grande.

Fue en una de esas fiestas en la que coincidieron con Susana que era prima de Ramón, una belleza rubia que estudiaba Farmacia y por la que se sintió atraído desde el primer momento, estuvieron toda la tarde juntos, bailaron, hablaron y quedaron para la semana siguiente en otra fiesta.

Durante la semana hablaron un par de veces por teléfono y cuando llegó el sábado en la fiesta, se besaron nada más verse; al salir, Susana lo llevó a su casa aprovechando que sus padres se habían marchado de fin de semana, pasaron la noche juntos haciendo el amor, al amanecer se durmieron agotados, saciados de

sexo y caricias.

A partir de aquél día fueron uno solo, se amaban sin condiciones, sin obstáculos y eligieron compartir su vida.

Apenas Carlos llegó a Madrid después de pasar unos días en casa de su amigo le llamaron del banco para proponerle que trabajase para ellos, aceptó y le destinaron a los servicios centrales al departamento de extranjero, de chupatintas, a rellenar expedientes y a tramitar documentaciones de pago.

Aún tuvieron que esperar tres años a que Susana terminara la carrera para casarse, mientras tanto vivieron juntos en un apartamento alquilado cerca de Atocha; eran jóvenes y estaban enamorados, Susana le hacía la vida fácil, casi nunca discutían y si en algún momento lo hacían el enfado duraba lo que cualquiera de ellos tardaba en acercarse y besar al otro, al final acababan en la cama, haciendo el amor y riéndose de lo estúpidos que habían sido por discutir.

Se casaron en mayo del año del fin del mundo, según auguraban todos aquellos inútiles profetas que anunciaban catástrofes físicas e informáticas con el cambio de milenio; lo hicieron en la iglesia de San Roque, en Carabanchel, accedieron a celebrar la ceremonia religiosa por no disgustar a los padres de ambos, no porque ellos fueran creyentes, tampoco les importaba demasiado pasar un día disfrazados en una ceremonia que para ellos no significaba nada, lo realmente importante era que se amaban y con eso les habría bastado.

Susana acabó la carrera ese mismo año y empezó a trabajar en unos laboratorios farmacéuticos, el ascenso de Carlos no se hizo esperar, le equipararon a la categoría de interventor y se pudieron plantear comprarse una casa, eligieron un chalet adosado en una urbanización entre Madrid y Getafe, a los pocos meses Susana se quedó embarazada.

El embarazo multiplicó la belleza de Susana, le dio madurez a sus facciones y a sus pensamientos le regaló una buena ración de futuro, sentía que llevaba en su vientre el amor de Carlos y eso le hacía sentirse con la obligación de ser la guardiana del amor de su hogar.

Carlos por su parte pasaba por un momento dulce, con un trabajo de más responsabilidad y en vías de ser uno más en la familia se encontraba pletórico, trataba a Susana como una figura de porcelana, la cuidaba y le hacía ver que la amaba cada vez que se le presentaba la ocasión.

Sergio nació en mitad de una noche de abril y cuando Carlos vio que lo ponían encima de Susana pensó que jamás iba a ver una imagen tan bella, con la mano de Susana entre las suyas lloró de alegría.

Eran muy felices, llegar a casa y que Susana le estuviera esperando para pasear a Sergio era el motivo que le empujaba a dejar el trabajo y salir corriendo hacia su casa todos los días, todo iba bien, todo marchaba bien, alguna vez pensó si sería bueno tanta felicidad; en aquella época no sabía aún que la vida golpea duro y pone a prueba a las personas, a veces de una forma brutal, tan brutal que hay quien no vuelve a recuperarse jamás.

Cuando terminó su jornada se volvió al hotel, pero al entrar en la habitación ésta se le vino encima, demasiada soledad, por lo que decidió salir.

Subió hasta la colina, sentado en la escalinata, al pié de la basílica del Sacre Coeur pensó que difícilmente podría olvidar la imagen de París que se mostraba ante él.

Lamentó que Susana no pudiese estar allí con él, admirándolo todo, disfrutando de la caída de la tarde desde aquel balcón inigualable; le molestaba que Susana no llevase bien la separación, entendía sus razones, pero pensaba que también ella tendría que entenderle a él, la oportunidad que se le presentaba era inmejorable.

El cielo se oscureció a la par de sus pensamientos; se dirigió a la Place du Tertre, la plaza de los pintores, con la idea de comer algo antes de bajar al hotel; atraído por una música que se oía salir de un local decidió entrar, cuando salió de aquél sitio eran las dos de la madrugada y bajar las empinadas escaleras de la colina le supuso un esfuerzo considerable.

Capítulo VI

Llegó tarde al trabajo y con un tremendo dolor de cabeza, Louise al verle llegar le miró y le lanzó una sonrisa de complicidad con movimientos de cabeza, que le hicieron ver que se le notaba que había tenido una noche movidita. Se acercó a su mesa y le ofreció una pastilla efervescente en un vaso de agua.

—Cuando conoces la noche de París a veces tienes despertares parecidos al tuyo, tómate esto y te sentirás mejor.

Carlos no quiso quitarle el misterio al asunto y aclararle a su guapa compañera por qué se encontraba en esas condiciones, que no había estado de juerga como ella se imaginaba, sino que se había bebido unos cuantos whiskies sentado solo en una mesa de un antro, no sabría decir cuantos y que lo remató en la habitación del hotel con los restos de la botella del día anterior. Todo ello mientras pensaba en su casa, en su relación con Susana, en su hijo y en Ruth, en lo que le contó la noche anterior y en las ganas que le daban de abalanzarse sobre ella cada vez que la veía.

Al poco tiempo de tomarse la pastilla se sintió más despejado por lo que estuvo trabajando sin descanso hasta la hora de comer.

De nuevo comieron juntos pero esta vez fue Carlos el que la invitó.

—Hoy te voy a invitar a comer yo, sentados en un restaurante como mandan los cánones y no admito una negativa por respuesta.

—Pero es caro Carlos —protestó Louise.

—He dicho que no admito negativas ni protestas, y en cuanto al dinero no te preocupes, cobro una dieta lo suficientemente holgada como para comer como me apetezca, así que señorita, por favor delante de mí.

Louise se dejó acompañar hasta la salida del Banco, estaba empezando a llover lo que hizo que se disiparan sus ganas de protestar.

Comieron en un restaurante turco, el local era pequeño, no más de ocho mesas de las que no estaban ocupadas ni la mitad; como es habitual las mesas eran muy pequeñas en comparación con lo que se acostumbra en España, para Carlos era

un suplicio, le parecía estar comiendo en una casa de muñecas, con los platos, vasos, cubiertos, la ensalada, el vino, todo encima de una minúscula mesa casi pegada a otras; tenía que hacer juegos malabares para poder comer, además Carlos no era un hombre pequeño, era alto, más de un metro ochenta y corpulento por lo que le resultaba incómodo estar medio encogido y sin sitio para poner las manos encima de la mesa.

A pesar de las incomodidades comieron bien, los sabores y aromas especiados de los apetitosos platos, acompañados de un buen vino de Burdeos y una discreta música oriental de fondo, hicieron que se le desatara la lengua e interrogara a su acompañante sobre aspectos de su vida privada que ella no tuvo ningún reparo en contarle.

—Vivo sola en un pequeño apartamento desde que nos separamos después de solo cuatro meses de matrimonio.

—Cuatro meses, ¿porqué tan poco tiempo si no es indiscreción? —Preguntó Carlos.

—Bueno, a veces solemos confundir amistad con amor, y nosotros éramos muy amigos, pero hasta que convives no te das cuenta de que no es lo mismo, para vivir juntos hay que estar enamorados y al parecer nosotros no lo estábamos, nos dimos cuenta a tiempo y pusimos fin a nuestra relación, aún así seguimos siendo amigos, en Philippe tengo al mejor camarada que pueda tener, y él también sabe que en mí tiene a su más fiel e incondicional amiga.

La conversación se estaba alargando más de la cuenta y tenían que volver a la oficina.

—Me gusta mucho hablar contigo Louise, te propongo una cosa, tengo muchas ganas de conocer “París la Nuit”, pero necesito un cicerón, ¿te apetecería ser tú mi cicerón particular? —Le propuso Carlos.

—Estaré encantada de enseñarte la noche de mi ciudad —Le respondió ella.

Carlos le comentó que mientras paseaba cerca de su hotel había visto un restaurante que tenía muy buen aspecto, le dijo que podían cenar allí y después se ponía en sus manos.

Volvieron al trabajo y durante toda la tarde no dejaron de cruzar miradas, Carlos adivinó en las miradas de ella un atisbo de picardía. La verdad es que Louise le gustaba, le gustaba mucho, estaba muy buena, las formas que se adivinaban debajo de la ropa hacían que su imaginación se disparase hacia terrenos lujuriosos y sin poderlo evitar tuvo una erección; esa venerada amiga que tienen los hombres y que a veces se convierte en enemigo cuando se presenta

en los momentos menos apropiados, tan difícil de controlar; un curioso mecanismo que hace sentir un vacío en el estómago a la vez que una presión en el miembro que aumenta de volumen generando una sensación de desazón e incomodidad que solo se alivia con el roce, instintivamente el cuerpo reacciona e intenta aliviar la desazón con pequeños movimientos que provocan ese roce deseado, lo que a su vez provoca más excitación, entrando en un círculo vicioso del que es difícil salir.

Si además se está sentado frente a una mujer atractiva como Louise, vistiendo una minifalda de tubo de color rojo que dejaba ver unas piernas largas que cuando cruzaba dejaba al descubierto unos muslos exquisitos, el resultado era desesperante.

Carlos concluyó que la separación de Susana y la tensión de los días anteriores a su salida de Madrid le estaban jugando una mala pasada, hacía más de dos semanas que no tenía sexo y eso era demasiado para un hombre en la treintena, intentó pensar en otra cosa que distrajera su libido y que hiciera volver su miembro a un estado de normalidad cuando le vino a la mente la imagen de Susana y de su hijo, entonces se dijo que era un degenerado, un salido y un impresentable que no tenía derecho a comportarse como un macho solitario cuando tenía una familia esperándole a muchos kilómetros de allí.

Pero poco se puede luchar cuando se cae dentro de la misma trampa que uno mismo ha elaborado. Louise se había lanzado en un vuelo picado sobre él, lo leyó en su mirada mientras se levantaba de la mesa para dirigirse a la suya con movimientos insinuantes, se situó frente a él y se apoyó con los codos en la mesa haciendo que el escote de su blusa descubriera el profundo canal entre sus senos.

—Creo que no debemos dejar para otro día lo que hemos empezado hoy, es viernes y es el mejor día para salir a conocer la noche de París ¿no te parece?

Carlos se sintió confundido y atrapado, ya no tenía salida, no podía negarse a algo que él había provocado con sus devaneos.

—De acuerdo, podemos cenar esta noche, ¿conoces el restaurante Le Durer?
—Le preguntó Carlos.

—Por supuesto, es muy conocido, nos vemos a las ocho en la puerta —Le respondió ella.

Cuando llegó al hotel llamó a Susana pero no le cogió el teléfono, lo intentó varias veces sin éxito por lo que decidió llamar a sus padres, atendió la llamada su madre, le dijo que el niño estaba allí con ellos, Susana se lo había llevado para que pasara allí la noche porque ella iba a salir con unas amigas para distraerse un

poco.

—La pobre está muy sola y muy aburrida —le dijo su suegra— Todo el día del trabajo a casa y sola con el niño, está bien que salga algo, así también aprovechamos nosotros y estamos con el diablillo este que nos tiene sorbido el seso. Espera que te lo paso.

Habló unos minutos con Sergio quien como un torbellino le contó lo que había hecho en el colegio, lo bien que se lo estaba pasando con los abuelos y que mamá se había ido con unas amigas.

Cuando cortó la comunicación pensó que algo no iba bien, no era el hecho de que Susana saliera con unas amigas, lo había hecho muchas de veces durante su matrimonio y a él no solo no le importaba sino que la animaba a hacerlo, siempre había pensado que no se debe romper el vínculo con los amigos, que es algo que hay que conservar; él mismo se juntaba a veces con José Luís y Cillero y se iban a tomar unas copas, charlaban, recordaban, brindaban por El Camello, volvía a casa achispado y Susana se reía de él.

No, algo no iba bien, no sabía lo que era pero algo se había descuadrado en el orden de su vida, existía un problema y no era la tensa situación provocada por su ausencia, ni las discusiones que había tenido con Susana desde que había aceptado ir a París, el problema venía de antes, a partir de que se hiciera cargo del departamento.

Seis meses atrás le habían nombrado jefe del negociado de exteriores de la sucursal a raíz de la pre-jubilación de Guillamón, su jefe, a quien con cincuenta años recién cumplidos le habían colgado el cartel de inservible y le habían echado a su casa para que pasara las mañanas paseando por el parque o haciéndole los recados a su mujer.

Eso fue lo que les dijo un día que fue a la oficina pasadas un par de semanas de su marcha, se presentó con una barba de tres días, vestido con unos pantalones vaqueros, una camisa de cuadros y unas zapatillas deportivas, un atuendo que sus compañeros de trabajo no podían ni imaginar que existiera en su guardarropa.

Estaba deprimido, tenía ojeras y no mostraba interés por nada, estuvo en el despacho de Carlos saludándole y hablando de la marcha del negociado. Lo vio tan deprimido que le invitó a comer, después del café Guillamón se tomó dos copas de coñac, Carlos se dio cuenta de que estaba mareado, las palabras salían con dificultad de su boca.

—Ya no soy nadie, te enseñé todo lo que sabía, pero si me dejas te daré un último consejo, los consejos son gratis ya lo sabes, son fáciles de dar; ahora estoy un poco borracho pero aún se pensar y tengo las ideas claras —Apuró de un trago la copa y levantó la mano para que le sirvieran otra— Mira Carlos, a esta gente dales lo justo, no seas tonto, no dejes de vivir ni un solo minuto de tu vida por ellos porque al final te la juegan, al final te envuelven en un papel de celofán y te devuelven al sitio del que viniste..., pero antes ya se han encargado de exprimerte bien el jugo, de joderte bien la vida. Soy un extraño en mi casa Carlos, ahora me he dado cuenta de que no conozco a mi mujer, ni sus costumbres ni sus hábitos, les entregué mi vida a cambio de nada, en mi casa no me encuentro, la calle se me hace demasiado grande; he vivido los últimos treinta años entre las cuatro paredes de la oficina y ahora me han echado de allí y no se donde ir. Algo no funciona en un país en el que se dice a los hombres de mi edad que ya no sirven para trabajar.

Se había convertido en un viejo de cincuenta años, Carlos le ayudó a levantarse y le llevó en coche hasta su casa, mientras le veía alejarse con la cabeza agachada camino del portal pensó en las palabras de Guillamón y en la amargura que había en su voz mientras las pronunciaba.

Un mes después le llegó una nota interna del departamento de recursos humanos en la que le comunicaban el fallecimiento de Guillamón junto a la fecha, hora y lugar del entierro, también le recomendaban que lo comunicase al resto del departamento por si alguien quería ir a la ceremonia, pero advirtiéndole que era una decisión particular de cada uno y que el tiempo de ausencia les sería descontado del salario

—Malditos hijos de puta —Había murmurado entre dientes al leer la nota.

Todo el departamento menos él asistió al entierro, se quedó para que el despacho no se quedara vacío, la responsabilidad del puesto acarreaba esas cosas, fue entonces cuando entendió lo que Guillamón le quiso decir el día que comieron juntos.

Llegó triste a casa y se lo contó a Susana, ella le dijo que no se preocupase, que ya no se podía hacer nada, que cada uno tenía sus circunstancias.

Al día siguiente se enteró por los compañeros que su antiguo jefe se había suicidado; al volver de la compra su mujer lo había encontrado colgado del gacho de la lámpara del salón al que había atado una cuerda con un nudo corredizo, ni se había quitado el pijama, había dejado en el suelo una banqueta tumbada y un charco de orines.

Carlos sintió no haber adivinado que aquél hombre hundido que un mes antes había dejado en la puerta de su casa podría tomar la decisión de quitarse la vida. Pero él no había ido al entierro.

La vida siguió y el trabajo comenzó a robarle cada día más tiempo, llegaba a casa más tarde, ya no paseaba con Susana y Sergio, algunas veces cuando llegaba a casa el niño estaba durmiendo y Susana le estaba esperando para cenar.

La responsabilidad y los objetivos que la dirección general del departamento le marcaban eran cada vez más duros, había entrado en una espiral en la que el trabajo le pedía utilizar cada vez más tiempo. Llegaba a casa cansado pero Susana siempre estaba allí, esperándole con una sonrisa y con la cena preparada, muchas veces después de cenar se sentaba en el salón mientras ella recogía la cocina y se quedaba dormido hasta que ella le despertaba para ir a la cama; otras veces se quedaba trabajando y cuando subía a la habitación Susana ya estaba dormida.

Comenzaron a espaciarse cada vez más sus encuentros amorosos; el tedio había entrado en aquella casa como la carcoma lo hace en la madera para ir royéndola poco a poco, haciendo túneles, convirtiendo la madera en serrín hasta que la debilita tanto que se rompe porque ya no puede soportar el peso que sustenta.

Un fin de semana que habían hecho planes de reunirse con unos amigos en una casa rural no pudieron ir porque Carlos tuvo que ir a la oficina a solucionar un problema con un expediente muy importante, cuando volvió a casa el sábado por la noche, después de pasarse todo el día en la oficina Susana lo estaba esperando en el salón.

—Esto no puede seguir así Carlos, esto ya no es como teníamos pensado, ya no somos lo más importante para ti, el niño no te ve apenas, yo me canso de esperarte todos los días y cuando llegas te duermes, tengo que ocuparme yo de todo, la casa, la educación de Sergio, la compra, todo. No estas nunca, ya ni hacemos el amor como antes.

—Sí que sois lo más importante para mi, ¿como puedes dudar eso? pero el trabajo lo tengo que atender, tienes que entenderlo Susana, estoy de acuerdo de que así no podemos seguir, me estoy matando a trabajar, pero esto se va a arreglar.

—¿Y como lo vas a arreglar, vas a dejar el trabajo?.

—No, pero me han ofrecido la jefatura regional de exteriores del banco, es un puesto muy alto, solo tendré por encima al director general de comercio exterior, es mucho más dinero y menos trabajo, solo es trabajo de supervisión de lo realizado en las sucursales a mi cargo. Podré llegar antes a casa, el trabajo duro lo

harán los jefes de negociado de las sucursales, los que ocupan el mismo puesto que yo ocupo ahora, he aceptado y en un mes comienzo la formación en París.

—¿O sea que ahora te vas a ir a París y me vas a dejar aquí sola con el niño, esa es la forma que tienes de arreglar las cosas? No entiendo porque haces esto, has aceptado sin que lo hablemos, al parecer Sergio y yo no contamos para nada, eres un egoísta que solo piensas en ti, los demás tenemos que bailar al son que tú nos tocas.

—Pero Susana, entiende que esto lo hago por vosotros, por la comodidad, por una vida más fácil.

—Yo no necesito esa comodidad a costa de la felicidad de mi matrimonio, yo te necesito a ti y Sergio te necesita mucho más que yo, esto lo haces por ti, no entiendo cuando te has vuelto tan ambicioso, ser ambicioso está bien pero esto lo estás sacando de contexto. Si tienes que marcharte a París, márchate, pero sabes que lo haces en contra de mi voluntad.

—Solo serán tres meses, en seguida estaré de vuelta, además puedo venir algún fin de semana —Le replicó Carlos.

—Me da igual Carlos haz lo que tengas que hacer.

Así terminó la discusión, la situación se fue suavizando en los días siguientes, Carlos procuraba no llevarse trabajo a casa y salir antes de la oficina, volvieron a estar más tiempo juntos, volvieron a amarse como antes; pero un día al levantarse y mientras se afeitaba echó en falta algo, era algo insignificante, era una de esas cosas pequeñas que pasan desapercibidas porque se han convertido en costumbre pero que en el instante en que faltan se las hecha de menos. Desde que habían tenido la discusión aquél sábado Susana no había entrado en el cuarto de baño y le había besado la espalda, como hacía todas las mañanas desde que vivían juntos, mientras él se afeitaba ella entraba en el baño, se ponía detrás de él, le miraba a través del espejo y le besaba en la espalda.

Carlos no se había dado cuenta hasta ese momento pero por el horizonte se estaban aproximando los nubarrones negros de un cielo de carbón que se habían instalado sobre sus cabezas y que amenazaba la estabilidad de su vida.

Ruth se levantó temprano, bajó a la cocina y se preparó un café cargado, no como lo toman los franceses, como se toma en España, de cafetera exprés, Kamal no había regresado del viaje por lo que sería un buen momento para quedar con Sandra y hablarle de su plan.

Subió a la habitación, entró en el baño y se desnudó delante del espejo, era

bella, se pasó las manos por los hombros bajando hacia los pechos que seguían siendo firmes y de un tamaño ideal, ni pequeños ni demasiado grandes, siguió bajando la mano hacia la curva de la cadera, volvió un poco al torso mientras bajaba la mano hasta el trasero, se volvió a poner de nuevo de frente y miró el pubis depilado. Se sentía a gusto con su cuerpo, era el cuerpo que despertaba el deseo de los hombres a la vez que a ella le proporcionaba placer, aunque también había sido, en ocasiones, vehículo de sus desdichas o motivo de su esclavitud.

Después de ducharse se acercó al vestidor, eligió entre decenas de vestidos, blusas, pantalones y faldas unos sencillos pantalones vaqueros y una camiseta, se calzó unas botas de media caña y completó el conjunto con una cazadora de piel negra.

Cuando subió al coche le dijo al chofer que la dejara en el Pont Neuf, mientras recorrían el trayecto, en el que se solía tardar cerca de una hora pensaba en Sandra, no debía implicarla demasiado, ya tuvo problemas hacía unos años por su culpa y no quería que le pudiera pasar nada, Sandra la había ayudado cuando lo necesitó y se lo agradecía mucho, le tenía mucho cariño, Sandra sin embargo la amaba, durante el poco tiempo que estuvieron juntas se enamoró perdidamente de Ruth, pero ella, como siempre, no pudo corresponderle, estaba condenada a no poder amar a nadie.

Al llegar a su destino se bajó del coche, le dijo al chofer que le llamaría por la tarde para que la llevara al trabajo y se aseguró que el coche había desaparecido antes de dirigirse a buscar un teléfono público para llamar a Sandra.

—Soy yo Sandra.

—Dime, ¿que quieres? —le respondió la voz de su amiga al otro lado de la línea.

—Hoy nos podemos ver sin problemas, no está Kamal, necesito hablar contigo.

—Esta bien, dime donde nos vemos, ahora estoy trabajando.

—Cerca de tu trabajo, ¿que te parece si comemos juntas en el Pompidou?

—De acuerdo a las doce y media en Le Georges, el restaurante de la parte alta.

Desde la azotea del Centro Georges Pompidou, el museo de las artes, se disfruta de una de las vistas más bellas e impresionantes de la capital francesa, el restaurante es acogedor y tranquilo, un sitio ideal para que se reúnan dos personas y puedan hablar; Sandra no podía haber elegido mejor sitio para encontrarse con Ruth.

Cuando Sandra llegó al restaurante vio a Ruth sentada en una mesa junto a los

ventanales desde los que se veía una gran parte de París con la torre Eiffel al fondo; al verla sintió que algo se le removía por dentro, habían pasado ya dos años desde que se vieron por última vez y aún notaba en su interior el calor de los rescoldos de ese amor ingrato que había sentido por aquella mujer. Estaba si cabe más bella que antes, más madura.

—Hola Ruth —saludó al llegar a la mesa.

Ruth se levanto, se acercó a ella y se besaron.

—Hola Sandra —Estoy feliz de verte de nuevo.

Sandra se sentó frente a ella, el camarero se acercó y pidieron la comida.

—Bueno, tu me dirás lo que quieres de mí —dijo Sandra.

—Necesito tu ayuda para hacer lo que debería haber hecho cuando estaba contigo. Me quiero marchar de París, voy a dejar a Kamal; por eso necesitaba que hablaras a M. Charlet de mí, no te lo aclaré el día que te llamé para pedírtelo porque no era el momento, ahora te lo cuento.

—¿Y que te ha pasado para que quieras dejar a tu hombre? —Preguntó Sandra con sarcasmo.

—Estoy cansada, mejor, asqueada de Kamal, de su gente, del club, de todo; necesito cambiar de aires —Le respondió.

—A mi no me vas a engañar Ruth, te conozco muy bien, hay algo más que el asco o el hastío, algo mucho peor, no soy tonta.

—Vamos a dejarlo solo en asco y hastío Sandra, no te voy a decir nada más, sabes muy bien que por el solo hecho de estar hablando aquí contigo ya corres un serio peligro, conoces de sobra a Kamal, si encima te contase más..., no me podría perdonar que te pasara algo. Pensándolo mejor vamos a terminar de comer y nos marchamos, olvida que hemos estado juntas, no quiero que...— Sandra levantó la mano cortando las palabras de Ruth.

—Sabes que te voy a ayudar en lo que necesites, no te puedo negar nada, no me importa que ese cabrón pueda hacerme algo si con ello consigo que puedas dejarle a él y a la vida que tienes en París.

Ruth asintió con la cabeza, deslizó la mano por el mantel y la puso encima de la de Sandra.

—Lo que necesito es que me guardes ropa, joyas y dinero que quiero llevarme conmigo cuando me marche, las joyas y el dinero son para empezar una nueva vida, la ropa es mi equipaje que voy a ir comprando poco a poco para no levantar sospechas.

—¿Y como quieres hacerlo? porque llevármelo a mi casa es muy peligroso, ese perro aún me tiene controlada.

—No lo sé, no se si tú tienes alguna idea, algún lugar.

—Lo primero que se me ocurre y puede ser una buena solución es en el estudio, es grande y hay un armario vacío que puedes utilizar para ti. Te voy a dar una llave para que entres a cualquier hora; detrás de unas figuras de ángeles de madera de tamaño natural hay un armario que tiene una llave puesta, metes allí tus cosas, cierras y te quedas con la llave, el día que te marches dejas la llave otra vez puesta.

—Me parece bien, muchas gracias Sandra, a partir de ahora será mejor que no nos veamos, si hay algo hablaremos por teléfono —Le dijo Ruth mientras observaba aquellos ojos verdes que aún la miraban con amor.

Terminaron de comer y Sandra sacó del bolso un pequeño llavero con dos llaves que entregó a Ruth, al despedirse se acercó a ella, la besó en los labios y se marchó mientras a Sandra, que se había quedado sentada admirando la maravillosa vista, se le iban llenando los ojos de lágrimas

Capítulo VII

Tras la llamada fallida a Susana, no le apetecía salir del hotel, se le habían quitado las ganas de acudir a la cita que tenía con Louise, gustosamente se habría ido a dar un paseo por la orilla del Sena y evitar así el peligro de encontrarse con aquella mujer que le atraía.

Le hubiese apetecido mucho más quedar con Ruth y hablar con ella, pensaba que quizás necesitase su apoyo después de verla como se derrumbaba mientras le contaba aquella historia escabrosa, pero no tenía forma de ponerse en contacto con ella, él le había dado su número de teléfono pero ella no le había dado el suyo, le había dicho que le llamaría pero aún no lo había hecho.

Decidió que no podía dejar plantada a Louise y se preparó para acudir a la cita.

Le Durer era un pequeño restaurante de fachada y puertas de madera con ventanales adornados con delicados visillos de encaje a media ventana, al estilo del siglo XIX, situado en la rue Yvonne Le Tac, cerca de la Place des Abbesses, era el sitio ideal para cenar con una bella mujer por su ambiente romántico y su delicada cocina francesa.

Apenas había llegado Carlos a la puerta del restaurante vio como se acercaba Louise desde el otro lado de la calle, al llegar a su altura, él bajó la cabeza para darle los habituales tres besos, pero ella le sujetó la cara con sus manos y le besó en la boca. Aquello pilló de sorpresa a Carlos quien no esperaba ese recibimiento; si en un momento le atrajo Louise hasta excitarse mirándola, ahora se negaba la posibilidad de un encuentro amoroso con ella, su cabeza no estaba para más problemas, sabía que tenía que recuperar su vida con Susana y liarse con Louise no era el mejor camino.

El restaurante estaba casi lleno, aún así les sentaron a una mesa situada en un rincón desde el que se dominaba casi toda la sala, el ambiente era animado, las mesas estaban ocupadas con parejas de todas las edades, la mayoría extranjeros, que miraban hacia todos lados admirando la decoración un poco recargada de objetos y cuadros en las paredes, presidiendo el salón, situado encima de una

chimenea, una reproducción del famoso autorretrato del pintor Alberto Durero que daba nombre al local.

Cenaron unas verduras salteadas de primer plato y de segundo una exquisita carne roja al foie mientras charlaban de cosas banales, a Louise le fluía la coquetería por los cuatro costados, Carlos por su parte evitaba cualquier conversación sobre amor, parejas o sexo, a las que Louise recurría constantemente, sorteaba la conversación con respuestas evasivas o haciéndole cualquier broma que desataba la risa de la chica.

Dieron cuenta de una botella de un excelente Beaujolais y finalizaron la cena con una sabrosa tarta de tres chocolates.

Cuando salieron a la calle Louise asió el brazo de Carlos diciéndole:

—Has estado un poco esquivo y distraído durante la cena, parecía como si no estuvieses a gusto.

—Perdona pero estaba pensando en mi hijo, en mi casa, problemas, siento haberte dado esa sensación pero todo lo contrario, me he encontrado muy a gusto contigo, eres una mujer extraordinaria.

Le sujetó del brazo, le empujó contra la pared y le besó; Carlos notó los labios calientes de Louise y los senos apretados contra su pecho, Louise sonrió cuando notó la erección de Carlos.

Decidieron dar un paseo y tomar una copa en algún local con música de Montmartre; bajaron abrazados por la rue des Martyrs hasta el Boulevard de Clichy, mientras caminaban pasaron delante de un par de cabarets que existen en el boulevard, entre la Place Pigalle y la Place Blanche con escaparates en las fachadas llenos de fotos de mujeres desnudas en posturas lascivas y que ofrecen en su interior espectáculos eróticos o pornográficos.

Pasaron del primer local donde unos hombres árabes les invitaban a pasar a ver el espectáculo, pero cuando llegaron a la altura del segundo y mientras un árabe les abordaba ofreciéndoles pasar, Carlos se detuvo y se quedó mirando una de las fotos del escaparate, era la instantánea de una mujer con una peluca plateada que estaba de rodillas sujetándose los pechos con las manos y con las piernas abiertas, unos puntos negros ocultaban los pezones y un corazón rojo hacía lo propio con el sexo.

Carlos estaba paralizado mirando esa cara donde había creído reconocer tras el exagerado maquillaje las facciones de Ruth.

Louise le tiró del brazo para que se marchasen de allí, pero Carlos se volvió hacia ella para decirle que le gustaría ver el espectáculo, ella lo miró extrañada.

—Pero Carlos estos espectáculos están fuera de lugar, son de otra época, cuando París era el símbolo de la libertad sexual, ahora están trasnochados.

—Lo se, pero me hace ilusión, nunca he visto un espectáculo de estos y bueno, no sé, estamos en París.

Louise accedió y entraron, el local se llamaba La Coquette Pusycat; traspasaron unas gruesas cortinas de terciopelo de color azul, descolorido por el paso de los años, hasta una pequeña sala donde había una mesa de madera con un árabe sentado tras de ella, el árabe cortó dos entradas de un taco que tenía sobre la mesa y se las dio a Carlos, este pagó y atravesaron otra gruesa cortina de terciopelo, esta vez de color rojo, pero tan ajada y descolorida como la primera, entraron por un estrecho pasillo que daba acceso a una sala de forma rectangular, Carlos iba delante llevando de la mano a Louise; la sala tenía seis filas de butacas alargadas para dos personas a ambos lados que dejaban un pasillo en el centro, al fondo un escenario, donde en aquel momento dos mujeres estaban representando un número lésbico, delante de cada butaca una pequeña mesa redonda de cristal para depositar las bebidas, el suelo era de madera y un olor entre tabaco y alcohol se extendía por toda la sala.

Carlos llevó a Louise hasta la tercera fila de butacas y tomaron asiento, al instante, un camarero les tomó nota de las consumiciones, pidieron dos whiskeys; en la butaca que había delante de ellos había un señor grueso recostado en el asiento que no quitaba ojo del escenario mientras se secaba el sudor de la cara con un pañuelo; la otra fila de asientos estaba ocupada por una pareja de unos cincuenta años y dos hombres de mediana edad.

—Estos locales tuvieron mucho éxito hace veinte años cuando de todas partes del mundo la gente venía a París a ver los monumentos y de paso a llevarse un poco de la libertad sexual de la que Francia hacía gala —Comentó Louise.

Carlos no quitaba ojo del escenario intentando identificar entre las mujeres que estaban acariciándose a la mujer de la foto. Louise se le acercó y le puso la mano en la pierna, a la altura del muslo, Carlos se dejó hacer.

—Con la apertura de pensamiento en la mayoría de los países de Europa estos locales perdieron todo su encanto convirtiéndose en antros regentados por árabes y donde acuden solamente algunos turistas despistados atraídos por su antigua fama —Le susurró al oído mientras su mano acariciaba el muslo de Carlos.

El número lésbico llegó a su fin con el orgasmo simulado de ambas mujeres que fue débilmente aplaudido por las personas que ocupaban la sala.

Al cabo de unos minutos y tras oírse unos ruidos que provenían del escenario, este se iluminó apareciendo en él un hombre joven sentado en un sillón leyendo el periódico; el hombre tenía rasgos árabes y mientras leía fumaba un cigarrillo, en un momento apareció en el escenario una mujer con un cortísimo uniforme de criada negro y una cofia, llevaba un plumero en la mano, se acercó hasta el sillón donde estaba el hombre y comenzó a pasar el plumero por todo el sillón, estaba de espaldas por lo que no se le veía la cara, cuando se dio la vuelta Carlos pudo reconocer a Ruth y se le cambió el semblante.

—¿Qué te pasa Carlos, te encuentras mal? —Preguntó Louise.

—No, estoy bien, es solo que aquí hace mucho calor.

Cuando la criada pasó delante del señor que estaba sentado la cogió del brazo y la sentó sobre sus rodillas, comenzó a desnudarla, en un momento estaba totalmente desnuda, solo llevaba una medias negras y unos zapatos de tacón de aguja muy altos.

La visión de la desnudez de Ruth excitó a Carlos, era ella, el cuerpo que él deseaba poseer de nuevo y ahora estaba allí recostada en el sofá mientras aquel hombre le lamía los pezones mientras que con la mano le acariciaba el sexo.

El tipo gordo que esta sentado delante de ellos jadeaba, mientras, Louise besaba a Carlos en el cuello y con la mano le acariciaba el pene por encima del pantalón, en ese mismo momento Ruth se arrodillaba delante del hombre, le dejaba caer los pantalones liberando un miembro grande y erecto, lo cogía entre las manos y se lo llevaba a la boca.

Carlos no pudo resistir más, se levantó del sillón con tanto ímpetu que tiró las bebidas, tomó a Louise de la mano y se dirigió a la salida, maldiciendo, por el camino se cruzó con un hombre que tuvo que apartarse para que no le atropellara. Una vez en la calle respiró con fuerza.

—¿Que pasa no te ha gustado el espectáculo? —le preguntó Louise.

—¿Espectáculo?, el espectáculo lo vamos a dar nosotros en el hotel —le respondió Carlos mientras la atraía hacia si y la besaba. Caminaron con urgencia por el boulevard hasta la Place Blanche y de allí al hotel.

Cuando entraron en la habitación la arrojó sobre la cama, la desnudó y le hizo el amor con furia, mientras estaba encima de ella no podía borrar la imagen de Ruth desnuda, con la boca abierta y gimiendo de placer.

Le despertó un rayo de sol que se colaba entre los visillos, a su lado Louise dormía con la cabeza apoyada en su pecho y una pierna encima de la de él; se levantó con cuidado de no despertarla y se fue al baño, cuando regresó, ella

estaba desperezándose encima de la cama totalmente desnuda, Carlos pudo apreciar la belleza de aquel cuerpo que había poseído durante buena parte de la noche, los pechos grandes pero firmes, las caderas bien formadas, el culo redondo y el sexo depilado. Ella sonrió y con el dedo le indicó que se acercara, a los cinco minutos estaban revolcándose de nuevo, pero al cerrar los ojos aún podía ver a Ruth.

Cuando Louise se marchó eran más de las cuatro de la tarde, entonces Carlos se sintió solo, nunca se había sentido tan solo como en aquel instante, tumbado en la cama de una habitación de hotel que olía a sudor, sexo y perfume de mujer.

Su pensamiento viajó hasta su casa y comenzó a echar de menos a Susana y a su hijo, se sintió mal, muy mal, había traicionado la confianza de su esposa y estaba poniendo en serio peligro su matrimonio; ¿Que le estaba pasando?, se preguntó, nunca había hecho una cosa así, desde que estaba con Susana no había habido ninguna mujer, ni antes de casarse siquiera, se consideraba un hombre fiel; había tonteado con algunas mujeres que se habían cruzado en su vida, pero jamás se había acostado con ninguna, nunca había engañado a Susana.

Carlos era un hombre que agradaba a las mujeres, se encontraban a gusto con él, charlaban con ellas, le contaban sus cosas porque Carlos sabía escuchar, algo que normalmente los hombres no saben hacer, pero nunca había tenido una aventura con ninguna de ellas, diríase que algo en él les decía que no estaba disponible, que tenía colgado el cartel de ocupado.

Las mujeres detectan en los hombres muchas más cosas de las que los hombres imaginan, son mucho más inteligentes para el juego de la seducción, quizás sea porque desde el principio de los tiempos siempre han tenido que vivir a la defensiva que han desarrollado un sexto sentido para las relaciones con los hombres, conocen sus movimientos, sus expresiones, sus cambios de humor, en definitiva, sus puntos débiles y actúan en consecuencia.

Algo había cambiado en Carlos para que Louise se hubiese lanzado a tumba abierta a su conquista, pensó que se habían debilitado sus defensas y se había colgado, sin ser consciente de ello, el cartel de libre.

Y allí se encontraba, tumbado en la cama, con el cerebro trabajando a toda velocidad, analizando lo que le había pasado desde su llegada a París, dividido entre el remordimiento y la preocupación por Susana, por el repentino deseo que le había hecho liarse con Louise y la circunstancia en la que había descubierto como se ganaba la vida Ruth.

Ruth salió del Centro Pompidou y tomó el metro hasta el Pont Neuf, la prudencia le decía que era más seguro que tomar un taxi, el número de taxistas árabes que hay en París es muy elevado y la probabilidad de que el conductor sea árabe es muy alta.

Al salir del metro miró al cielo, vio como unos nubarrones negros ocultaban el cielo de París, siempre que veía este cielo le disgustaba, desde que era muy joven le cambiaba de humor esos cielos que parecía pintados por la mano manchada de carbón de un artista depresivo que emborronara el exultante azul para contagiarle su tristeza; los llamaba los cielos de carbón y los asociaba a todo lo malo que le ocurría.

Sentada en un café del Quai de la Mégisserie llamó al chofer para decirle que la recogiera a las siete, le daría tiempo a comprar una maleta y llevarla al estudio de Sandra.

El estudio estaba muy cerca del metro de Brochant, en la rue Sauffroy, una calle perpendicular a la Avenue de Clichy, muy cerca de Montmartre; cuando entró en el estudio recordó los momentos que había pasado allí con Sandra, ella tumbada sobre un cajón, desnuda, mientras Sandra le hacía bocetos en carbón o modelaba figuras en barro de su cuerpo, estudios para una escultura en bronce. Mientras Sandra modelaba ella le miraba absorta las manos, le gustaban las manos de Sandra, eran ágiles, bellas y sabían modelar el placer en su cuerpo cuando la acariciaba.

El lugar estaba bastante abandonado, había suciedad y polvo depositado sobre esculturas en barro y piedra, se asombró cuando vio que casi todas las esculturas que había en aquella estancia eran de ella, tumbada desnuda, de pié estirada con los brazos detrás de la cabeza, bustos con su cara; figuras que ella no recordaba haber visto y que fueron realizadas después de su separación. Eran las pruebas del amor de Sandra que conocía de memoria su cuerpo. Sintió un oscuro arrepentimiento por haberle hecho daño.

Buscó el armario, que estaba, como le había dicho Sandra, detrás de unas figuras en madera de unos ángeles, giró la llave, abrió la puerta y colocó dentro la maleta que había comprado momentos antes, cerró el armario y colocó la llave en el llavero que le había entregado su amiga, salió del estudio y se encaminó de nuevo hacia el café desde donde le había dicho al chofer que la recogiera.

El chofer llegó puntual, se bajó del coche y le abrió la puerta de atrás, se llamaba Hichem y era uno de los gorilas que trabajaban para Kamal; una vez que se acomodó en el asiento el coche se dirigió al Boulevard Clichy, cuando llegaron

giró hacia la rue des Martyrs y se detuvo frente a un callejón, Ruth bajó del vehículo y se adentró en el, llegó hasta una pequeña puerta metálica, llamó a un timbre y la puerta se abrió.

Acababa de pasar por la puerta trasera de un local que en ese momento encendía las luces de neón que anunciaban su nombre en la fachada del boulevard, La Coquette Pussycat.

En el camerino se tumbó en un sofá intentando relajarse, el día había sido intenso, la tensión de tener que conducirse en secreto, evitando que Kamal se pudiera enterar de sus planes la agotaba, pero se animaba al pensar que todo estaba encarrilado, tenía el sitio donde esconder las cosas y a la semana siguiente podría ir a recoger los documentos, el dinero que había ido reuniendo poco a poco sisándole a Kamal de aquí y de allá lo tenía bien escondido en una caja en su camerino, dentro de un compartimento oculto en el fondo del armario donde tenía la ropa con la que actuaba.

Eran las diez de la noche y se había quedado dormida, unos golpes en la puerta le avisaron que en quince minutos salía a escena por lo que tenía que darse prisa en prepararse, se desnudó por completo, se puso unas medias negras de rejilla y un pequeño tanga también negro, encendió las luces de la mesa de maquillaje y frente al espejo fue transformando su rostro con la máscara de guerra, los labios exageradamente rojos, los párpados pintados con sombra morada, se dibujó unas líneas excesivamente grandes en los ojos que le hacían la mirada, si eso era posible, aún más profunda y misteriosa; una vez maquillada se colocó encima un ridículo uniforme de criada de color negro exageradamente corto, se sujetó con horquillas una cofia y quedó preparada para representar el número de los viernes, la criada cachonda.

Desde el camerino pudo oír como sonaban los últimos acordes de la música con la que dos de sus compañeras representaban el número lésbico.

Salió del camerino mientras dos tramoyistas preparaban el escenario para su número, su compañero de escena la saludó con un ligero movimiento de cabeza mientras se dirigía a su puesto con un periódico en la mano, se sentó en un sillón y abrió el periódico, uno de los tramoyistas le dio un plumero, la música comenzó a sonar, era La danza de los caballeros del ballet Romeo y Julieta de Prokofiev, los compases siniestros de esa música la excitaban.

Se encendieron los focos y alumbraron el escenario donde su compañero estaba sentado en el sillón simulando leer el periódico, era su hora, el momento de salir al escenario.

Mientras imitaba, con movimientos eróticos limpiar el sillón alrededor del caballero, se dio la vuelta y recorrió con la mirada el público que en poca cantidad había acudido aquella noche, cuando su mirada se dirigió hacia su izquierda lo vio, sentado en la tercera fila estaba Carlos al lado de una mujer rubia que le hacía arrumacos.

Continuó con su actuación intentando que nadie notara el nerviosismo que la atenazaba; su compañero la sentó sobre sus rodillas y comenzó a desnudarla, sintió un extraño pudor de que Carlos la estuviera viendo aunque aún conservaba la esperanza de que no la hubiera reconocido; el hombre se levantó del sillón y la empujó para que ella se sentara, se arrodilló delante de ella y le quitó el tanga; ahora sentada mirando al público lo veía claramente, Carlos no quitaba ojo del escenario, ella no quería que sus miradas se cruzasen temiendo que la reconociera, pero su duda se disipó al recordar que su foto estaba en la vitrina de la entrada del local.

Estaba claro que Carlos había entrado allí por ella, pero ¿quien era la rubia que ahora se lo comía con la mirada?, tenía la mano apoyada en la pierna de él y le acariciaba el muslo muy cerca de la entrepierna.

Sintió unos extraños celos de esa rubia y en ese preciso momento deseó ser ella quien estuviera sentada junto a Carlos; su compañero le estaba acariciando el clítoris con la lengua, eso le gustaba le hacía disfrutar, estaba muy caliente, agarrando al hombre del pelo le retiró la cabeza de su sexo, el compañero se puso de pié, ella se arrodilló delante de él, le desabrochó el cinturón dejando caer los pantalones al suelo y tomando con ambas manos el pene del hombre que había alcanzado unas dimensiones considerables, lentamente se lo metió en la boca.

Oyó ruidos de vasos rotos, y volvió la cabeza para ver como Carlos de pié tomaba a su acompañante de la mano y salía con urgencia del local.

Sintió que había vuelto a romper algo bueno de su vida, ¿acaso no sabía hacer otra cosa más que hacer daño?, se levantó y se marchó entre bambalinas dejando a su compañero plantado encima del escenario con el pene erecto y sin saber que hacer.

Se encerró en el camerino, se desmaquilló con desesperación, como si el maquillaje fuese el culpable de sus males, estaba convencida de que hasta que no acabara con aquello no podría sentirse libre.

La puerta del camerino se abrió y a través del espejo pudo ver la imagen de Kamal, éste entró, cerró la puerta y se sentó en el sofá.

—¿Ya has vuelto del viaje? —Preguntó.

—¿Que ha pasado ahí fuera Ruth? —le preguntó el hombre.

—Nada, que no me encuentro bien.

—¿Quien era ese hombre con el que me he cruzado en la puerta que salía maldiciendo?

—¿Un hombre? no sé —le respondió Ruth mientras terminaba de desmaquillarse.

—Me han dicho que estaba muy nervioso y que cuando se la chupaste a Ahmed se levantó y tiró los vasos para salir con la mujer corriendo, ¿Le conoces Ruth?

—Te he dicho que no le conozco será un loco o un salido de tantos que vienen por aquí.

—¿Te piensas que soy tonto Ruth, que soy un pelele, un ser insignificante a que se le puede engañar, quien es ese hombre Ruth?

Ruth se volvió hacia Kamal que se había levantado del sillón, se acercó a él mientras le decía:

—Estoy cansada de ti y de tus celos, tengo ganas de perderte de vista, a ti y toda la gentuza que te rodea, estoy harta. Dijo Ruth levantando la voz y con la cara roja de ira.

Kamal le propinó un puñetazo en el pómulo derecho que la hizo retroceder y caer en el suelo, se agachó delante de ella y le dijo:

—Tu no te vas a mover de mi lado, ¿donde vas a ir, vas a volver a tu país?, sabes que nunca voy a permitir que me dejes, eres mía y recuerda que tú no eres mejor que esa gentuza que me rodea, tienes mucho más que ocultar que ellos, no puedes dejarme porque no tienes sitio donde esconderte yo soy el único que te puede proteger, sin mí eres una diana que no tardaría ni veinticuatro horas en ser agujereada por los tuyos o por los míos.

Ruth estaba en el suelo, con la mano en la cara, sollozando, Kamal la levantó del suelo y la sentó en el sofá.

—Cuéntame quien es ese hombre Ruth.

Ruth entre sollozos le contó quien era Carlos, como se encontraron y las dos veces que se habían visto en Le Progrés.

Cuando Ruth terminó de hablar Kamal se levantó del sofá y salió del camerino. Ruth se quedó tumbada, Tenía la cara dolorida del puñetazo y le ardía el pómulo, se juró que algún día tenía que ver como a ese hijo de puta se le

escapaba la vida.

Capítulo VIII

Carlos se despertó tarde el domingo, bajó a la calle y tomó un café para despejarse, tenía la intención de pasear por París y ordenar un poco las ideas, tomó el metro en Abbesses y lo dejó en Orsay, paseó por la orilla del Sena admirando la el paisaje de la ciudad, los palacios y los puentes que atraviesan el río, absorbiendo toda la belleza que se le iba a quedar dentro para siempre, comió un kebab en un restaurante turco y por la tarde sentado en un banco llamó a Susana, la voz de su mujer le sonó fría y distante, respondía a sus preguntas con monosílabos.

—¿Qué te pasa Susana?.

—Tenemos que hablar muy en serio Carlos, me encuentro muy sola y no sé si voy a poder soportar esta situación.

Volvieron a discutir, al final de la discusión le pasó al niño, oír la voz de su hijo le reconfortó, le hizo reír con sus palabras pronunciadas a media lengua y con su risa franca y abierta.

Al cortar la comunicación se sintió de nuevo mal, cansado de todo aquello y decidió volver a su barrio, lo consideraba ya su barrio porque se encontraba más a gusto en Montmartre que en ningún otro barrio de París, el ambiente bohemio, el sabor de las calles, la gente; sentía que en aquella colina que dominaba la ciudad se vivía una vida más intensa, distinta que la que vivía en la ciudad que se extendía a sus pies.

Hacía siglos que Montmartre tenía una seña de identidad distinta, la que le daban sus habitantes, los pintores, escultores, escritores, músicos y artistas de todo tipo que se habían instalado en la colina buscando la inspiración; llegaban de toda partes atraídos por la fama de la colina, venían a empaparse del ambiente o simplemente para aprender; toda esa gente bohemia le había dado a Montmartre la fama y la forma.

Eran las diez de la noche cuando salió a la calle en la estación de Blanche, no le apetecía volver a encerrarse entre las cuatro paredes de la habitación y

envenenarse de nuevo con sus pensamientos, su cabeza era como una coctelera donde se mezclaban las imágenes de Susana, de Sergio, de Louise y presidiendo todo ese maremágnum de ideas inconexas la imagen clara de Ruth, en el centro de todo. Pero Ruth seguía sin llamarle.

No se había dado cuenta de que había empezado a llover, como tampoco se había dado cuenta de que sus pasos le habían llevado hasta la vitrina donde estaba la foto de Ruth, la miró y apartó con un gesto al árabe que le invitaba a pasar, se volvió por donde había venido pero antes de comenzar a subir la cuesta de la rue Lepic camino hotel decidió irse a tomar una copa a un bar donde anunciaban música de jazz en directo todas las noches.

El lunes fue al banco bastante descompuesto, unas ojeras oscuras le rodeaban los ojos; mientras se afeitaba frente al espejo se había dado cuenta de que había adelgazado, no acababa de acostumbrarse a los horarios de las comidas y no comía bien, estaba bebiendo demasiado y no descansaba lo suficiente.

Louise le recibió como siempre con una sonrisa a la que en esta ocasión acompañó de un guiño, Carlos se sentó en su mesa y comenzó a tramitar documentación, pero se le hacía muy difícil concentrarse frente a Louise, ésta se le acercó y le pasó la mano por la espalda.

—Te encuentro muy demacrado cher—le dijo mientras llevaba su mano hasta la base de su cuello.

—Estas muy tenso, necesitas un poco de amor —Pero Carlos no tenía ganas de nada que no fuese cumplir con el trabajo e irse a descansar.

—Estoy muy cansado, no me encuentro nada bien —Le respondió; Louise al ver que no era el momento se retiró a su mesa prudentemente.

Cuando llegó la hora de la comida se presentó en el despacho de Armand para decirle que se encontraba mal, este le recomendó que se marchara a descansar y se recuperase.

Al día siguiente fue de nuevo a trabajar y el resto de días que le sucedieron hasta el jueves pasaron rápidamente, evitó otro contacto con Louise alegando cualquier motivo, se dedicaba a ir desde el hotel al trabajo y cuando terminaba la jornada paseaba un poco y se iba al hotel temprano; no tenía ganas de liar más su vida, al día siguiente se iba a Madrid con el pleno convencimiento de que quería arreglar la situación con Susana por encima de todo, pensó que Ruth era un espejismo, un capricho tonto de una persona inestable y que la tenía que apartar de sus pensamientos, lo mejor era ir a Madrid, olvidarse de Ruth y de Louise y volver la semana siguiente con la vida arreglada.

Mientras preparaba una maleta con ropa para el viaje sonó el teléfono, el número que aparecía en pantalla le era desconocido, era un número con prefijo francés, lo dejó sonar imaginándose que sería Ruth, seguro de que era Ruth, pero se contuvo de coger la llamada, si tenía que cortar con todo aquello que le estaba destrozando tenía que ser así, el teléfono dejó de sonar.

El avión salió del aeropuerto Charles de Gaulle a las cinco de la tarde y dos horas más tarde estaba tomando un taxi en el aeropuerto de Barajas que le llevó a su casa. Susana no le esperaba, las veces que habían hablado durante la semana había sido tan frío que no le había dicho que el viernes viajaría a Madrid.

Cuando bajó del taxi se acercó a la puerta de su casa y llamó al timbre, no quiso utilizar la llave para darle a Susana y al niño una sorpresa, oyó tras de la puerta a Sergio gritándole a su madre que estaban llamando; cuando Susana abrió la puerta se quedó paralizada, su rostro pasó de la sorpresa a la extrañeza y después al confusión, se quedó parada delante de la puerta sin hacer un movimiento ni pronunciar palabra.

—Bueno, ¿no me vas a dejar pasar?, porque creo que vivo aquí —dijo él, en el momento en que Sergio salió de detrás de su madre corriendo para abrazarse a sus piernas; Carlos lo cogió en brazos.

—Hola mi chico, que ganas tenía de verte —le dijo, mientras miraba a Susana. Susana se apartó para que pasara.

—Estaba jugando con Julio, es muy simpático y me trae caramelos —exclamo el niño, excitado por la llegada de su padre.

—¿Qué Julio? —preguntó Carlos.

—Mi compañero, el jefe de laboratorios, ya lo conoces, ha venido a vernos —comentó Susana.

Carlos pasó al salón y allí estaba aquel hombre, sentado en el sofá, se levantó como un resorte y dijo un "buenas tardes" un poco azorado, la llegada de Carlos le había dejado tan sorprendido como a Susana. Fue cuando la miró y se dio cuenta de que Susana estaba arreglada para salir, estaba guapísima.

—Parece que he llegado en mal momento —dijo Carlos.

—Bueno, pensábamos salir a tomar algo, por dar un paseo —le respondió Susana.

El tal Julio no pronunciaba palabra, les miraba fijamente como si esperase que Carlos explotara de un momento a otro.

—Estábamos esperando a que llegase Rosa, la canguro de siempre, para que se

quede con Sergio —le explicó.

—Entonces no pensabas dar una vuelta, pensabas tardar bastante.

—La verdad es que Julio me ha invitado a cenar y yo he aceptado, por salir algo, llevo encerrada desde que te fuiste.

—Pues os podéis marchar cuando queráis que ya me quedo yo, llama a la canguro y le dices que no venga, que ya no hace falta.

La tensión se mascaba en el ambiente, Julio sentado en el sofá no se atrevía a hacer el más mínimo movimiento. Susana fría como un témpano se dirigió a la habitación mientras él se dirigió a la cocina con Sergio.

A los pocos minutos bajó las escaleras, entró en la cocina, le dio un beso al niño y salió por la puerta, tras ella un demudado Julio que la seguía como un perrito faldero.

Carlos hacía verdaderos esfuerzos por no derrumbarse delante de su hijo, se decía que eso es lo que había conseguido, echar a su mujer en los brazos de otro hombre; comenzó a hacerse preguntas, ¿hasta donde habrían llegado?, ¿se habrían acostado juntos?, ¿habrían follado en su propia cama?; y cuando se hizo todas esas preguntas, que no tenían respuesta, se preguntó sobre el derecho que tenía él de estar celoso, cuando había estado tirándose a su compañera francesa y deseaba por encima de todo follar con Ruth.

Sergio cayó rendido después de un buen rato jugando y Carlos lo subió a su cama, mirándolo mientras dormía se entristeció pensando en la pérdida que sería para él no estar día a día al lado de su hijo y para Sergio no estar todos los días junto a su padre.

Bajó al salón, se sentó en el sofá y encendió la televisión dispuesto a esperar el regreso de Susana, manteniendo a raya las ganas que tenía de tomarse una copa quería estar sereno cuando llegara Susana. En la televisión estaban poniendo un programa sobre los españoles que vivían fuera de España, en otras ciudades del mundo, estaban hablando de París.

Susana llegó a las tres de la madrugada, intentando no hacer ruido subió a la habitación; desde el sofá Carlos la vio atravesar el pasillo y subir las escaleras, pensó que bajaría cuando viera que no estaba en la cama, pero ella no bajó. Al final el cansancio pudo con su tristeza y se quedó dormido.

Cuando se levantó Susana, él estaba tomando café en la cocina, llevaba rato sentado mirando un muñeco al que le faltaba un brazo, que Sergio se había dejado olvidado sobre la mesa de la cocina la noche anterior, Susana se acercó hasta donde estaba y se detuvo al lado de la mesa.

—Tenemos que hablar —Le dijo mientras le miraba, Carlos sin levantar la vista de la taza de café le respondió:

—Todo lo que tenías que decirme lo dijiste anoche cuando te marchaste.

Se levantó de la mesa y se dirigió a la entrada, cogió la bolsa de el mismo sitio donde la había dejado la noche anterior y sin mirarla ni un momento a los ojos le dijo:

—Te llamaré, dile a Sergio que me he tenido que ir a trabajar.

Dio media vuelta y salió por la puerta mientras ella se quedaba de pie en la entrada viendo como se alejaba.

La oyó pronunciar su nombre sin ganas, como si el sonido se hubiese apagado antes de salir de su garganta, pero él no se volvió para mirar atrás, se sentía como el muñeco roto de Sergio, le faltaba un brazo, o mejor, los dos.

Una tormenta de nubes negras había dejado un cielo de carbón sobre sus cabezas emponzoñando todo lo bello que habían conseguido durante años de cariño.

Capítulo IX

Se dirigió de nuevo al aeropuerto dispuesto a volver a París, buscar a Ruth y echarse en sus brazos; estaba destrozado, la frialdad de Susana y la forma como había salido de su casa le hacían pensar que aquello estaba perdido, jamás iba a perdonar que Susana le hubiese puesto los cuernos.

Cuando bajó del avión, en la terminal decidió llamar a Ruth, deseaba verla, intentar convencerla de que dejase aquello en lo que estaba metida, ese mundo sórdido que solo podía hacerle daño. Buscó el teléfono móvil pero no lo encontró, se lo había dejado olvidado en Madrid, se desesperó al pensar que estaba incomunicado, precisamente ahora que más lo necesitaba y maldijo la dependencia en la que había caído todo el mundo de esos pequeños aparatos; ya nadie usaba agendas, poco a poco habían conseguido que todos tuvieran su vida dentro de un chip que en cualquier momento se puede extraviar, o destruir, dejándoles desnudos y sin memoria.

Tomó un taxi, de camino a la ciudad, cuando el taxi estaba llegando a la Place Blanche le dijo al taxista que le llevara al café Le Progrés, entró y se sentó en la misma mesa que se había sentado las veces anteriores con Ruth, quizás con la esperanza de verla aparecer por allí; le costaba trabajo pensar, le dolía terriblemente la cabeza desde que había salido de su casa en Madrid, le pidió al camarero un analgésico pero este le contestó que no tenían, apoyó el codo en la mesa y dejó caer la cabeza en la mano intentando aliviar el dolor. Cuando el camarero le tocó el hombro para decirle que iban a cerrar se dio cuenta de que había estado horas allí. El dolor le martilleaba las sienes, salió del café y deambuló por las calles como un espíritu sin rumbo, no quería ir al hotel para sentirse aún más solo.

Cuando se detuvo y levantó la vista del suelo se dio cuenta que estaba frente La Coquette Pussycat, el club donde actuaba Ruth; tenía las luces apagadas y un cierre metálico impedía el paso al interior, vio tras el cierre que el suelo estaba lleno de suciedad, de papeles, de botes de refrescos, como si llevase cerrado

mucho tiempo, se acercó frente a la vitrina y no había ninguna foto, ni de Ruth ni de las otras mujeres, el terciopelo rojo donde estaban clavadas las fotos estaba descolorido, roto y deshilachado, lleno de furia se agarró al cierre y lo zarandeó gritando el nombre de Ruth hasta que unos empleados de la limpieza de las calles le increparon, amenazándole con llamar a la policía si persistía en su actitud.

Triste, cansado, confuso y con un terrible dolor de cabeza que le impedía ver ni pensar con claridad se dirigió al hotel; al entrar en la recepción no reconoció a la persona que estaba allí, esta le dio la bienvenida y le preguntó que deseaba, el le pidió la llave de la habitación cincuenta y cinco, el recepcionista un hombre bajo y calvo le miró con extrañeza preguntándole su nombre, Carlos le dijo que llevaba dos semanas allí alojado y que todo el mundo le conocía; le dio el nombre pensando que debía ser nuevo en el puesto, el recepcionista tecleó su nombre en el ordenador para comprobar su inscripción, en unos segundos le dijo muy cortésmente que su nombre no figuraba entre los clientes del hotel.

Sintió una fuerte punzada en la cabeza que le hizo agacharse, el recepcionista le preguntó si se encontraba bien, Carlos le rogó que comprobara de nuevo el nombre y este volvió a repetirle lo mismo; entonces levanto la vista y recorrió con la mirada toda la recepción del hotel, estaba todo cambiado, en las paredes ya no estaba la colección de cuadros de paisajes frondosos, habían sido sustituidos por cuadros de autopistas vacías vistas desde la perspectiva del interior del coche. Aunque el hall del hotel mantenía misma línea de decoración de principios del siglo pasado, habían cambiado los colores, el suelo era distinto, los muebles eran también distintos; le preguntó al hombre que le atendía porqué estaba todo cambiado, era imposible que en dos días hubiesen hecho esas reformas, el recepcionista le respondió que el hotel había sido reformado en el año 2005.

Carlos retrocedió, se sentó en una silla que estaba junto a la pared y escondió su cara entre las manos, el hombre salió detrás del mostrador

—¿Se encuentra usted bien caballero, necesita ayuda? —le preguntó el recepcionista.

—¿En que año estamos? —Le interrogó Carlos balbuceando las palabras.

—En 2008, señor —Le respondió el hombre con extrañeza.

Carlos recordó el cielo de París el día que llegó, la figura blanca de la basílica del Sacre Coeur encima de la colina y la animación de la calle Lepic en primavera, también recordó que llegó a París un preciosa tarde del mes de abril de 2005.

Capítulo X

El lunes Carlos se incorporó al trabajo después de haber estado todo el domingo encerrado en la habitación del hotel, cuando llegó al despacho, Louise le recibió con una sonrisa que en seguida retiró cuando le vio la cara, debió notar por su expresión que no estaba para bromas. Pasó toda la mañana concentrado en el trabajo, deseando que pasaran las horas lo antes posible para ir en busca de Ruth, durante el almuerzo con Louise se mostró distante, la muchacha quería iniciar una conversación pero Carlos no daba pie a ello, le contestaba con monosílabos, hasta que harto ya de oírla decirle banalidades le dijo:

—No pienses que porque te haya echado un par de polvos voy a encoñarme contigo, has sido una más, así que déjame en paz.

Louise se levantó de un salto y se marchó caminando deprisa mientras Carlos se quedaba sentado al sol en un banco del parque.

Pasaron la tarde sin dirigirse la palabra, sentía haber sido tan brusco con ella y hubiera deseado pedirle perdón pero no quería tener ninguna obligación con Louise, tenía demasiadas preocupaciones en la cabeza.

Ruth no daba señales de vida, Susana apenas hablaba con él, se limitaba a coger el teléfono y pasárselo a Sergio cuando la llamaba, cuando tras unos minutos de charla con su hijo cortaba la llamada sentía una sensación de vacío tan grande que le daban ganas de dejarlo todo, volver a Madrid y arreglar aquello que hubiese arruinado; nunca había sentido esa soledad tan cruel desgarrándole el corazón y haciéndole sentir un ser despreciable.

Pasaba los días entre el trabajo en la oficina, las tardes en los cafés y las noches sentado en el rincón de cualquier antro, bebiendo hasta que el alcohol le empastaba los pensamientos y le llevaba en volandas hasta la puerta del club donde Ruth hacía su espectáculo de sexo en vivo, una vez allí se quedaba en la calle, sin atreverse a entrar, esperando a que Ruth saliera y a la vez temiendo encontrársela cara a cara. Pero Ruth nunca salía.

Louise no volvió a dirigirse a él salvo para asuntos de trabajo, aunque la sorprendió mirándole algunas veces con una expresión entre el odio y la compasión; sabía que se había portado muy mal con ella pero nunca se lo dijo.

Una tarde al salir del trabajo mientras se dirigía al metro su móvil vibró, él no se dio cuenta, estaba cansado, quería llegar al hotel y tumbarse en la cama. Dentro del vagón sacó el móvil del bolsillo con ganas de estampar el maldito aparato, que nunca sonaba cuando lo necesitaba, contra el suelo, cuando vio que tenía un mensaje; no aparecía remitente, era un número oculto, cuando abrió el mensaje el texto era muy escueto: “Necesito verte, tumba de Dalida 18:00”; supo inmediatamente que no podía ser de otra persona más que de Ruth, le extrañó que no le hubiese llamado, pero estaba bien, era la primera noticia que tenía de ella desde hacía muchos días y parecía que le necesitaba, su situación había cambiado, se sintió bien tras muchos días sintiéndose un insignificante y solitario borracho. Miró el reloj, eran las cinco de la tarde.

Cuando llegó al hotel preguntó a la chica de recepción donde se encontraba la tumba de Dalida, le dijo que estaba en el cementerio de Montmarte, muy cerca del hotel, a un par de manzanas a la izquierda de la esquina de Lepic con Abbesses, también le dijo que era un sitio muy artístico y bonito donde se encontraban las tumbas de muchos personaje famosos.

Subió a la habitación, aún le daba tiempo de arreglarse para presentarse ante Ruth con un aspecto más decente del que llevaba.

Carlos entró por la puerta del cementerio escoltado por el silencio que se respiraba en aquel lugar a pesar de la cantidad de turistas que caminaban entre las tumbas; no sabía donde se encontraba la tumba de Dalida por lo que preguntó a uno de los vigilantes del cementerio, éste le indicó el camino, cuando llegó a la tumba no vio a Ruth pero pudo admirar la obra que tenía delante, era un sepulcro de grandes dimensiones con una estatua de tamaño real de la mujer que descansaba bajo ella, una mujer que debió de ser espléndida, alta, muy guapa y con un cuerpo bellísimo que el artista se había encargado de representar en toda su magnitud, el pelo suelto le caía sobre los hombros, la nariz aunque un poco grande le confería personalidad al rostro, los pechos firmes que el escultor había cincelado con tanto esmero que hasta mostraban unos abultamientos en el lugar de los pezones ocultos bajo un fino vestido de noche.

Pensó que debió ser una mujer muy bella; según le había dicho la recepcionista del hotel era una cantante de origen egipcio que fue muy famosa en los años sesenta y que había fijado su residencia en París donde había fallecido.

—Era bellísima —dijo una voz a su espalda.

Cuando Carlos se volvió vio a Ruth apoyada sobre el tronco de un castaño, mientras se acercaba ella siguió hablando.

—Pero ni la belleza ni la fama dan la felicidad.

—Hola Ruth, ¿por qué has tardado tanto en ponerte en contacto conmigo? —preguntó Carlos mientras le ponía las manos en su cintura, acercó sus labios a los de ella y la besó, ella le devolvió el beso sin prisa, envolviéndole los labios con los suyos.

Ruth iba vestida de negro, con un sencillo vestido a la altura de la rodilla, una chaquetilla torera de terciopelo negro le daba un aspecto distinguido; llevaba unas grandes gafas oscuras que tapaban parte de su rostro.

—¿Por qué no me has llamado como me dijiste? —insistió Carlos.

—Porque no he podido, he tenido que deshacerme del teléfono, además... no quería que me llamas, no debes llamarme, no debemos vernos, no te conviene estar conmigo —le dijo mientras se apartaba de él.

—¿Pero qué estas diciendo?, déjame eso a mí, creo que ya soy mayorcito para saber lo que me conviene o no —le respondió él un poco irritado.

—No, no lo eres, aún eres aquél muchacho que un día me hizo el amor entre los arbustos del parque, por lo menos para mí.

—Eso ocurrió hace muchos años, entonces éramos muy jóvenes, yo te amaba y te perdí; ahora no estoy dispuesto a perderte de nuevo —Le dijo Carlos mientras le cogía la mano.

—Es imposible, no soy mujer para ti, ya lo viste la otra noche.

Carlos se sorprendió con aquella afirmación, le había visto, la noche del espectáculo que no pudo terminar de ver, la noche que descubrió en que trabajaba.

Se acercó a ella y la abrazó por la espalda.

—Ruth, eso no importa, yo... —No le dejó terminar la frase, le puso el dedo en los labios para que callara.

—Si importa, cuanto te vi sentado al lado de aquella rubia sentí celos de ella, de como te devoraba con la mirada mientras tú no quitabas ojo del escenario; esa noche actué para ti, esa noche imaginé que eras tú el hombre que tenía frente a mí, imaginé que la polla que me metí en la boca era la tuya.

La besó de nuevo para silenciar sus palabras, no quería oírla hablar así, no le gustaba el lenguaje sucio que estaba utilizando, le parecía soez, pensó que quizás era eso lo que busca, parecer soez y sucia para desengañarlo.

—Vámonos de aquí, vamos a mi hotel.

—No puedo irme contigo, déjame, aléjate de mí, te vas a hacer daño, ¿no lo entiendes?

Pero Carlos no entendía nada, estar allí con Ruth era lo único importante, quería sacarla de allí, que se fuera con él.

—Vámonos al hotel, nada me importa, solo tú, quédate conmigo, nos marcharemos juntos de aquí, empezaremos una nueva vida lejos.

Ruth le cogió de la mano y caminaron hacia el final del cementerio, bajo un enorme castaño le hizo sentarse en un banco de madera.

—No puedo irme contigo, no puedo estar contigo, no puedo acostarme contigo, Carlos yo tengo dueño.

—¿Dueño, que quieres decir con que tienes dueño?, nadie tiene dueño.

—Si, dueño, se llama Kamal y es argelino, es el dueño del club; soy suya, solo suya, le pertenezco.

Ruth se quitó las gafas y Carlos pudo ver el golpe que tenía en el pómulo.

—¿Quién te ha hecho eso, ha sido él? —preguntó irritado.

—Si, es un hombre muy peligroso Carlos, te he dicho que no te conviene estar conmigo —Le respondió ella.

Sentados bajo aquel castaño Ruth le contó que a los dieciocho años se había marchado de su casa, le contó como había entrado a trabajar en el burdel y como había ahorrado durante años, su salida de Barcelona y sus viajes, y cómo en Alemania se le acabó el dinero.

—Lo que viví en Berlín cambió mi vida para siempre, las consecuencias de aquello me llevaron a hacer cosas que no te podrías ni imaginar y que no te puedo contar porque te pondría en peligro.

Carlos intentó atraerla hacia él.

—Aquí termina todo, no nos volveremos a ver, te deseo todo lo mejor para ti y los tuyos, no me llames, no vayas por el club, si quieres ayudarme aléjate de mí.

Ruth salió por la puerta del cementerio había dejado a Carlos sentado en el banco con la incógnita de lo que había pasado en Alemania y de las consecuencias que tuvo sobre su vida.

Aún tenía tiempo antes de ir a La Coquette, necesitaba tranquilidad para pensar, entró en un café y se sentó en una mesa, cuantas cosas había vivido, cuantos golpes había recibido y aún seguía en pié, su historia era una historia de tropiezos y de golpes, los que había recibido y los que había dado y también de

malas decisiones tomadas con prisas y sin ninguna experiencia.

Berlín fue el punto de inflexión que le cambió su manera de pensar, su manera de ver la vida y de conocer realmente a su enemigo, a ese que le había hecho daño.

No pudo evitar que sus recuerdos viajaran hacia el pasado, hacia el día que salió de Barcelona a recorrer mundo.

En el burdel había ganado mucho dinero, aparte de los clientes que tenía allí dentro, doña Mercé les proporcionaba trabajos fuera, extras que solo les daba a las mejores, esa vieja tenía muy buenos contactos en todas partes que a veces le pedían chicas para fiestas privadas, eso les suponía unos ingresos altos la chica y para ella un pequeño porcentaje.

Acudió a muchas fiestas privada y lo que vio en ellas podría mover los cimientos de la España de crucifijo, golpe de pecho y hombres de supuesta moral intachable que gozan de la confianza de los españoles.

Es difícil de imaginar hasta donde puede llegar el vicio de los poderosos; Ruth había estado en fiestas organizadas para satisfacer el vicio de gente de la iglesia que contrataban a prostitutas para excitar a muchachos jóvenes mientras ellos les chupaban la polla y les daban por el culo.

Orgías donde corría el alcohol y las drogas entre banqueros y políticos muy importantes de Cataluña y de toda España, pagadas con el dinero de los españoles, mientras a la gente se les echaba de sus trabajos y de sus casas.

Había visto tanto vicio y tanta corrupción que el asco y el odio fue horadando sus sentimientos hasta tal punto que decidió marcharse de España.

Había logrado reunir mucho dinero, calculó que aunque la vida en Europa era más cara que en España, podría vivir cómodamente durante al menos cuatro años si no lo derrochaba, se planteó que lo mejor sería llevar una vida de estudiante, buscar pisos que compartir con gente joven y dedicarse a aprender idiomas, conocer sitios y enriquecer su vida.

Estuvo viviendo en París, compartiendo piso con unas chicas durante casi un año; después se fue a Roma y se lo pasó en grande jugando al amor con los italianos; luego vinieron Bruselas y Ámsterdam con su libertad, sus escaparates y sus coffee-shop.

El cambio de siglo lo celebró en Estocolmo donde vivió unos meses con un periodista del Svenska Dagbladet que había sido corresponsal de guerra por medio mundo y se encaprichó de ella ya en su madurez, lo dejó aburrida de la tranquilidad, la calma y la frialdad de los suecos.

Finalmente decidió marcharse a Berlín; en todas las ciudades que estuvo viviendo intentó conocer su interior, no solo lo que la ciudad le muestra al turista, ella quería llegar al fondo, sumergirse en el corazón de la ciudad, sentir el latir íntimo de la urbe; al final llegó a la conclusión de que todos los países y todas las ciudades eran iguales, todas tenían dos caras, la cara que muestran y la cara que esconden.

El París que se le mostró como la más coquetas de las ciudades del mundo, con sus plazas, sus edificios, sus monumentos, era el mismo París de sus barrios marginales donde los emigrantes, aún teniendo la nacionalidad francesa, no eran considerados como tales, donde las familias vivían hacinadas en pequeños apartamentos, donde el individuo tenía que recurrir a la delincuencia para sobrevivir en una jungla de cemento.

La gente que sobrevivía en esos barrios no tenían acceso al trabajo, oleadas de personas que caminaban por sus calles sin tener nada que hacer, no había esperanza para esa gente porque la sociedad occidental había matado la esperanza mientras a los políticos se les llenaba la boca de palabras grandilocuentes como Libertad, Justicia, Solidaridad, palabras a las que les habían robado el significado. Esos barrios eran polvorines a punto de saltar por lo aires; de vez en cuando saltaba una chispa y estallaba, era entonces cuando los mismos que habían provocado la desgracia enviaban a sus fuerzas del orden, a sus policías con sus tanquetas a machacar a la gente en nombre de la Democracia y de la Libertad. Europa estaba podrida, occidente estaba podrido.

Lo mismo había visto en Roma, en Bruselas y en Ámsterdam, cada ciudad con su señas de identidad distintas, su forma de vivir la vida distinta, pero lo oculto, lo sucio, era lo mismo.

Harta de Estocolmo se instaló en Berlín, como sus ahorros tocaban a su fin, se propuso instalarse en plan económico y en cuanto pudiese buscarse un trabajo, Berlín le gustaba para quedarse; se buscó una habitación en un piso compartido, disponía solamente de una habitación muy pequeña y acceso a zonas comunes, el problema fue encontrar trabajo sin hablar ni una palabra de alemán, llevaba un mes en Berlín y le quedaba dinero para otro mes más, podría haber recurrido a la prostitución, pero al ser extranjera sin conocer el idioma no podría hacerlo por su cuenta; la prostitución lleva aparejada una buena dosis de violencia y de peligro que solo se evita con la protección, su situación comportaba que si quería esa protección no tendría más remedio que buscarla en un proxeneta o en una organización mafiosa, generalmente de los países del Este, rusos o polacos; y no

quería eso, tener que depender de un vampiro que se llevara el dinero que iba a ganar con su cuerpo, eso no era lo que doña Mercé le había enseñado.

El sexo seguía siendo algo vital para ella, tuvo a muchos hombre durante esos años pero nunca comerció con su cuerpo, siempre fueron relaciones, unas esporádicas, otras más duraderas, pero todas por voluntad propia.

Fue cuando conoció a Klaus en un bar de lo que antes fue el Berlín Este, era un chico alto y desgarbado que llevaba una coleta que le llegaba hasta media espalda, era pintor y estaba metido en el grupo de artistas que tenían un edificio ocupado desde el año 1990, La Kunsthaus Tacheles; habían montado allí una especie de galería de arte de grandes dimensiones donde exponían sus obras los artistas como Klaus, inconformistas y luchadores por la justicia social, herederos del comunismo fallido en la RDA que a pesar de la unificación no habían conseguido hacerse un puesto entre la sociedad elitista alemana.

Klaus era un producto del capitalismo salvaje; enemigo de todo lo que oliera a burguesía y socialdemocracia, era un activista de cualquier causa que ayudara a cambiar el sistema, le tenía la guerra declarada a los bancos, colaboraba activamente en cualquier manifestación de protesta, por la integración de los emigrantes, contra las políticas del gobierno, la lucha contra el cambio climático; cualquier cosa que fuese contra de aquella sociedad hipócrita y capitalista.

La llevó a vivir a su casa, una vivienda ocupada por gente como él, allí la integró en su mundo, la contagió de su fuerza y la convenció de que la sociedad en la que vivían había que cambiarla como fuese y que cualquier método era válido para conseguir ese cambio.

Durante aquella época Ruth fue feliz, Klaus le hacía el amor con vehemencia, como si se fueran a acabar los días, amaba como vivía, con pasión; ella por su parte le acompañaba a todas partes, participaba en todas las actividades en las que él destacaba como un líder nato; se empeñó en enseñarle alemán pero de las frases básicas le era imposible pasar, ese idioma se le negaba.

Por primera vez desde que tenía dieciséis años no estaba sola, colaboraba en algo común, se sentía parte integrante de una familia cercana de gente joven como ella que tenían los mismos intereses, las mismas inquietudes; se sentía solidaria con los demás, los problemas de uno eran los problemas de todos y a la vez se sentía miembro de otra familia mucho más grande, los desposeídos de la tierra, los parias.

Klaus estaba fichado por la policía por lo que días antes de una manifestación o de una concentración de protesta antisistema, que la policía creyera que podía

terminar en altercados callejeros, le buscaban para detenerlo, eso hacía que se tuviesen que esconder, cambiar de casa; pero eso no era ningún problema, tenía cientos de sitios donde ir, cientos de hermanos que les acogían en sus casas hasta que se las cosas se calmaban y las aguas volvían a su cauce.

Fue entonces cuando llegó Génova, durante los días del veinte al veintidós de julio de 2001 se celebraba la cumbre del G8.

Llegaron a Génova no sin dificultades, el gobierno italiano consciente de que iban a producirse protestas de los grupos antisistema y antiglobalización; con la experiencia de lo que se preparó en Seattle en 1990 durante la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio y tras las recomendaciones de muchos expertos, que insistían que Génova era una de las ciudades más difíciles para organizar un buen dispositivo de seguridad, había convertido la ciudad en una zona de guerra.

Se había creado, para controlar a las setecientas organizaciones que se querían manifestar contra la reunión del G8, el Foro Social de Génova, el FSG, que reclamó al gobierno italiano que cancelara la cumbre.

Las autoridades genovesas declararon un área de excepción, a la que llamaron Zona Roja, que rodeaba el punto donde se iba a realizar la reunión y alrededor de esta zona se creó otra, la Zona Amarilla que era de acceso limitado solo a los residentes que pasaban rigurosos controles para entrar hasta sus casas.

A primeras horas de la mañana el grupo alemán de Klaus y un grupo italiano asaltaron una gasolinera para abastecerse de la gasolina suficiente para fabricar los cócteles molotov, una vez hecho esto y con los cócteles preparados, se repartieron por las distintas manifestaciones para lanzarlos junto con palos y piedras contra las dotaciones de la policía y el ejército italiano, después varios grupos se dirigieron al penal de Marassi de donde lograron expulsar a los furgones de la policía que lo custodiaba; arremetieron contra las puertas del penal pero no consiguieron derribarlas.

Cuando los carabinieri hicieron su aparición en la manifestación que se llevaba a cabo en la plaza Alimonda, se convirtió en uno de los puntos más calientes, allí fue cuando se produjo el disparo que tumbó a Carlo Giuliani mientras intentaba estallar el parabrisas de un todoterreno de la policía con un extintor, aún no había muerto cuando el vehículo logró arrancar y en su huida arrolló dos veces a Giuliani.

Las autoridades pidieron al FSG que desconvocara la contra-cumbre, pero lo que hizo el Foro Social fue convocar una manifestación pacífica; era

impresionante oír gritar al unísono "ASSASSINI" a más de trescientas mil gargantas.

Al caer la noche la policía asaltó la escuela Díaz, donde el FSG había montado el centro de operaciones, entraron a la fuerza destrozándolo todo, al ser Klaus uno de los responsables de los grupos alemanes en ese momento ellos se encontraban allí y les detuvieron.

A Ruth la soltaron a las veinticuatro horas, no tenía antecedentes, la recogieron unos compañeros del grupo y se volvieron a Berlín, a Klaus lo devolvieron a Alemania reclamado por la policía de su país.

No supieron donde lo tenían, no había información de ningún tipo, intentaron localizarlo por todos los medios, querían saber donde le tenían y como estaba, pero nadie sabía nada, nadie les decía nada; después de dos semanas sin noticias apareció por la Tacheles un compañero diciendo que Klaus había muerto.

El día que se lo dijeron a Ruth su estado de ánimo estaba por lo suelos, Cuando una compañera llamó a la puerta de la habitación que compartía con Klaus y le dijo que lo habían asesinado en la cárcel; a Ruth le fallaron las piernas y cayó al suelo de rodillas, no podía hablar, no podía llorar, solo sentía un odio infinito hacia los culpables de la muerte de Klaus, se convenció que aquello era una guerra en toda su dimensión, un enfrentamiento a muerte, el problema era que ellos luchaban con palos y piedras contra los escudos y contra las armas de los poderosos.

Devolvieron el cadáver de Klaus en un ataúd metálico soldado y precintado para que nadie lo pudiera ver, pero Ruth ya no estaba en Berlín se había vuelto a Barcelona.

Aún hoy si cerraba los ojos aún podía ver la sonrisa de aquel muchacho que luchaba a pecho descubierto por la ilusión de hacer que el mundo fuera un lugar mejor.

En parte todo lo que sucedió después, esa espiral de violencia en la que penetró de golpe no fue más que una consecuencia del odio hacia las normas establecidas por los asesinos que rigen los destinos de la sociedad occidental.

Capítulo XI

Cuando Carlos salió del cementerio caminó hasta el hotel, en la habitación sonó el teléfono móvil, miró la pantalla y vio que era Susana; no tenía ganas de discutir de nuevo con ella, no quería saber nada de lo que se había quedado en Madrid, le daba mucha pena su hijo, pero tenía el cerebro embotado con la imagen de Ruth, solo quería encontrar el camino que le llevara a Ruth, por encima de todo y de todos, había dejado de importarle todo lo que no tuviera relación con ella, solo le importaba pensar en una salida, en como podía liberarla de las garras de ese hijo de puta de Kamal.

Se preguntaba que tipo de persona puede erigirse en amo y señor de otra, que mente enferma puede considerarse tan superior como para hacer de otra persona un esclavo, estábamos en el siglo XXI, en este siglo no hay esclavitud, al menos en Europa.

Según avanzaba en sus pensamientos se iba irritando más, en su cabeza se mezclaban las ideas, las posibles soluciones, los inconvenientes; sin darse apenas cuenta había sacado del cajón de la mesita de noche una botella de whisky, necesitaba encontrarse en ese estado de semiinconsciencia nebulosa que le aislaba el pensamiento de lo general para fijarlo en lo único, en Ruth.

Se dio cuenta que estaba bebiendo demasiado, recordó unas palabras de su padre quien en una ocasión le dijo: “Cuando un hombre piensa que está bebiendo demasiado es hora que se plantee que tiene un grave problema”. Sonrió al recordar a su padre y sus consejos, siempre le había hecho caso y no le había ido tan mal; ¿que opinaría su padre de lo que le estaba pasando?, seguro que buscaba una solución, aquel hombre sin estudios, sin cultura, tenía soluciones para todo, y siempre tenía razón.

Por un instante mientras flotaba en la nube alcohólica su mente tuvo la osadía de asomarse a su vida anterior, antes de París, antes de Ruth; pero en seguida ahogó esa imágenes con un trago.

Sonó el teléfono varias veces pero ya no estaba en condiciones de contestar.

Estuvo dos días sin ir a trabajar, había llamado al banco y les había dicho que estaba indispueto con gastroenteritis, el fácil recurso de la gastroenteritis, la forma más sencilla de escaquearse un par de días del trabajo.

Ruth se había despedido de él en el cementerio diciéndole que no se iban a ver más, la única forma que tenía de localizarla era en el club, pero esa opción, según le había dicho ella, era muy peligrosa, tenía que pensar algo.

No salía de la habitación del hotel más que para comprar más whisky, despedía a las chicas del office que venían a arreglarle la habitación, tenían que esperar a

que saliera para entrar en la habitación y adecentársela. Solo bebía, no tenía apetito, lo fue perdiendo poco a poco, cambiando la comida por la bebida.

Carlos era consciente del deterioro moral y físico que estaba sufriendo pero era incapaz de ponerle fin a aquella situación; cada vez se retiraba más de su familia, se sentía lejos de Susana y de Sergio, de sus padres, de su hermana, de quienes no sabía nada desde hacía semanas.

Ruth no daba señales de vida.

Al tercer día se presentó en el trabajo, Louise al verlo entrar, puso cara de circunstancia mientras le miraba de arriba a abajo como si fuera un bicho raro; tampoco era de extrañar con las pintas que llevaba, la camisa arrugada al igual que el traje, con la barba de tres días, sin corbata, demacrado y con ojeras; lejos de la imagen que dio de hombre pulcro cuando entró al banco por primera vez.

Carlos sintió un poco de vergüenza al sentir la mirada de Louise y quiso de alguna manera disculparse por su aspecto, pero ella lo evitó agitando en el aire las dos manos en un gesto de negación.

A media mañana el director le llamó a su despacho, Carlos se esperaba una bronca pero fue todo lo contrario, amablemente le dijo que se había fijado en su comportamiento en los últimos días preguntándole que si tenía algún problema, Carlos lo negó achacando al cansancio y a la gastroenteritis que había sufrido, su actual estado anímico.

Armand le dijo que podría, si él así lo deseaba, hablar con la dirección y posponer el resto de la formación para más adelante cuando se encontrase mejor anímicamente.

Él le rogó que le dejara unos días para intentar recuperarse y si no se encontraba mejor le avisaría; lo dijo por decirle algo sin el convencimiento de que nada fuese a cambiar. Armand le dijo que tenía hasta la semana siguiente para reponerse y que a pesar de que tenía que pasar informes semanales del estado de la formación, los retrasaría.

Agradecido por la deferencia del director salió del banco sin siquiera despedirse de Louise, caminó por las calles hasta San Germain donde comió en un pequeño restaurante turco, la comida le sentó bien, le hizo reponer fuerzas y pareció aclararle las ideas, pensaba en Susana y en Sergio, se sintió apenado por el camino que habían tomado sus vidas que hacía apenas unos días estaban en perfecta sintonía, se preguntaba que podría haber pasado, al fin y al cabo Ruth fue un amor de juventud, su primer polvo, no era consciente de haberla amado como se ama de adulto, eran unos críos, lo pasó mal cuando desapareció pero eso

se había pasado.

Y sin embargo Susana y Sergio estaban en Madrid y él estaba allí, caminando por París, una ciudad de puro bella y encantadora que se había convertido en una jaula para él, una jaula de soledad y amargura.

Ruth se había levantado temprano, Kamal aún estaba en la cama cuando ella salió de la ducha, mientras preparaba el desayuno en la cocina bajó Kamal, se acercó a ella y la abrazó por detrás, ella no se volvió, siguió impassible cortando una manzana en trozos encima de la mesa.

—¿Aún estás enfadada conmigo por lo de la otra noche?

— Si, bastante enfadada y dolida en mi amor propio —Le respondió Ruth.

Sostenía el cuchillo en la mano, podría haber sido muy fácil volverse y clavárselo en las tripas, pero de nada le iba a servir con los cuatro matones que estaban en la casa, tenía que tener paciencia, tenía que actuar sin dejarse llevar por la rabia y la ira.

—Aunque ya se me está pasando, de todas formas Kamal, no me vuelvas a pegar.

—A veces me sacas de quicio, te he dicho mil veces que no me mientas, que la mentira no es el camino, la mentira denigra al que miente y ofende al engañado.

—Yo no te he mentado, el problema lo tienes tú con esos celos enfermizos, el otro día te conté quien era Carlos, nuestra amistad desde que éramos unos chiquillos y te dije que no había tenido nada que ver con él, que solo habíamos hablado dos veces, pero a ti te ciegan los celos Kamal y no te dejan ver la realidad.

—Tengo celos de ti porque te amo Ruth, sabes que te amo ciegamente y tú no me correspondes.

Ruth sabía que tenía que poner fin a aquello si no quería que la discusión volviera a tomar derroteros de los que se tendría que arrepentir. se levantó, le tomó de la mano y lo sentó en una silla, se sentó a horcajadas encima de él y le besó.

—Quien te dice a ti que no te quiero, eres mi hombre y estoy dispuesta a terminar esta discusión en un campo neutral, creo que la cama que hay arriba puede servir—Le provocó Ruth.

Kamal se rió. —Eres muy astuta, me lo pides cuando no puedo, me tengo que marchar a una reunión en La Défense —le dijo él.

—O sea que te vas a llevar el coche y a Hichem —le preguntó Ruth.

—Si, ¿por qué, lo necesitabas tú?

—Había pensado llevar ropa a la Cruz Roja, tengo muchísima que ya no uso y la quería dar para los necesitados, pero es igual me puedo llevar el coche pequeño.

—Sabes que no me gusta que conduzca por París.

—Sé conducir mejor que Hichem y mejor que tú, no me va a pasar nada.

—Está bien, coge el coche pequeño, pero ten cuidado.

—Claro que estoy pensando, que cuando acabe nos podemos ver en algún restaurante y comer juntos, si tú acabas pronto con tu reunión —le dijo ella.

—Lo siento pero tampoco puedo, cuando termine la reunión he quedado para comer con Alí Mohamed, a no ser que quieras venir a comer con nosotros —respondió Kamal en un tono sarcástico.

—Con ese hijo de satanás, machista y misógino, lo siento pero no, se me revolvería el estómago.

Kamal soltó una carcajada.

—Por eso te lo he dicho, sabía que no ibas a querer.

—Entonces aprovecharé y me iré al Gimnasio, hace siglo que no voy.

Entre bromas y con astucia había conseguido enterarse de que iba a tener el día entero para ella sola y no iba a llevar a Hichem pegado a su trasero, así que aprovecharía para seguir preparando su plan, hasta ahora todo iba saliendo como ella lo tenía planeado, salvo con Carlos, se estaba convirtiendo en un problema, se había dado cuenta cuando lo vio la última vez.

Se sentó a desayunar mientras Kamal se arreglaba para salir, al cabo de unos minutos bajó de la habitación vestido con un traje gris y un porta documentos en la mano dispuesto a marcharse. Se acercó a Ruth y la besó, mientras caminaba hacia la puerta se detuvo.

—Lo de la comida sigue en pié para otro día, comeremos en un sitio que me han dicho que es muy agradable, con buena comida y unas vistas espectaculares; Le Georges, en el Centre Pompidou.

A Ruth se le heló la sangre, ese había sido el restaurante donde había estado comiendo con Sandra cuando le dio las llaves, se acercó a la ventana de la cocina desde donde se veía el coche con el chofer esperando a Kamal, cuando subió al coche y se marchó a Ruth le temblaban las manos.

Estaba segura de haber tomado todas las precauciones, era imposible que la hubiesen seguido, los fantasmas del miedo volvieron a aparecer, Sandra corría peligro y si su intuición no fallaba, ya sabría todo lo referente a Carlos, no solo lo

que ella le había contado, sino donde se alojaba, donde trabajaba; Kamal era poderoso y controlaba siempre todas las situaciones pero Ruth estaba decidida a que en esta ocasión no pudiera controlarla a ella.

Tenía que hablar con Sandra y advertirla.

Subió a su habitación y se vistió, cogió dos bolsas de plástico grandes, entró en el vestidor y echo dentro de las bolsas, camisas, camisetas, pantalones, dos vestidos, un anorak y cuatro pares de zapatos.

Se dirigió al garaje desde el interior de la casa, metió las bolsas en el maletero de un Renault Megane de color granate que estaba aparcado junto a un Jaguar, después accionó el mando que guardaba en la guantera del coche y la puerta del garaje se abrió, haciendo guardia en el exterior había dos hombres, unos bultos en la chaqueta delataban que iban armados, la saludaron con la mano mientras se alejaba.

Conducía por la autopista A1 dirección a París, tenía que pensar rápido, si Kamal sabía que había estado con Sandra en el Centre Pompidou y no había sido la casualidad la que le había hecho nombrar ese sitio, tendría que moverse con mucha cautela, la habían seguido; se enfrentaba no solo a un hombre poderoso, se enfrentaba a toda una organización que tenía el pilar más eficaz en la información; no solo eran los cuatro matones que siempre estaban entre la casa y el club, eran los cientos de ojos de árabes que vivían en París y que sin pertenecer a la organización de Kamal colaboraban con él, gente que no preguntaba cuando un compatriota necesitaba algo, simplemente lo hacían y no era una cuestión de obediencia o de miedo, era una cuestión de solidaridad de raza, de pensamiento y sobre todo de religión; una colaboración ciega, no preguntaban, no pensaban, solamente actuaban, porque alguien como ellos lo necesitaba, alguien que en algún momento fue también arrinconado, humillado, pisoteado, aunque ahora fuese rico y disfrutase de una vida disipada gracias a negocios turbios; siempre sería un "shaqiq" o un "khoudja", un hermano.

Aparcó el coche en una calle perpendicular a la rue Didot, donde la Cruz Roja Francesa tenía una de sus sedes, sacó las bolsas del coche, eran las once de la mañana, tenía una hora y media hora para ir al estudio y dejar la ropa, tomó el metro.

Dejar el coche aparcado cerca de la Cruz Roja le ayudaba a reforzar su coartada, no lo sabía ciertamente pero era posible que los coches de la casa tuvieran un sistema de seguimiento GPS, no lo descartaba, a Kamal le gustaba controlarlo todo, por si acaso no quería arriesgarse.

Llegó al estudio, sacó la maleta del armario y colocó el contenido de las bolsas dentro de la maleta que volvió de nuevo a colocar dentro, cerrándolo con la llave. Antes de marcharse pensó que debía reiterarle a Carlos que no se debían ver más, temía que empujado por el deseo de ayudarla se presentara de nuevo en el club, eso podría ser peligroso para él a la vez que podía perjudicar sus planes de huida.

Se acercó hasta una mesa de despacho que Sandra tenía en un rincón del estudio y buscó entre los cajones, encontró lo que buscaba, papel y sobres, escribió una carta, la introdujo en uno de los sobres, lo cerró, lo dejó encima de la mesa junto a una nota con un número de teléfono y se marchó.

Salió del estudio y caminó hacia el metro iba sumida en sus pensamientos y no se había dado cuenta que un muchacho árabe la había estado siguiendo desde que salió del estudio de Sandra. En el metro, situado en el fondo del vagón y con la cabeza cubierta con la capucha de la sudadera el muchacho la observaba, salió detrás de ella a la calle y la siguió hasta donde había dejado el coche, cuando la vio marchar sacó del bolsillo un teléfono para informar de lo que había visto.

La intención de Ruth era ir a recoger la documentación al domicilio de M. Charlet pero no podía ir en coche así que se dirigió hacia la rue Berri donde estaba el club de fitness del que era socia; aparcó el coche todo lo cerca que pudo en el primer sitio libre que vio y tomó de nuevo el metro para ir a la rue Duphot.

Cuando M. Charlet le hizo pasar, la notó estresada.

—Te veo nerviosa ¿te pasa algo? —le preguntó Charlet.

—Nada, todo está bien, estoy solo un poco fatigada, tengo muchas cosas que hacer y poco tiempo, eso es todo —le respondió Ruth.

—Tengo tus papeles, ¿me has traído el resto del dinero? —preguntó el viejo.

Ruth sacó de su bolso el sobre, contó los restantes quinientos euros y se los puso en la mano al viejo. Este le entregó otro sobre que contenía la documentación, Ruth lo abrió y sacó las tres piezas para revisarlas.

Estaban todas a nombre de Catherine Blanchard, su nueva identidad.

—Los documentos son auténticos, los sellos también, llevas el nombre de una difunta de treinta y cinco años que falleció hace un mes, todo en regla —le dijo el viejo falsificador.

—Son muy buenos, muchas gracias.

—Ahora te toca a ti reinventarte tu vida, olvidarte de mí y de que alguna vez nos hemos visto.

Ruth se acercó al viejo, le besó y se marchó.

Lo primero que hizo fue buscar un teléfono público para llamar a Sandra:

—Sandra ¿eres tú? —preguntó en cuanto oyó que descolgaban.

—Si, soy yo, dime Ruth —le respondió Sandra.

—Te tengo que pedir un último favor Sandra, he dejado en el estudio, encima de la mesa un sobre con una carta dentro, es para un amigo, Carlos, del que no te he hablado, es una persona de total confianza, nos conocemos desde niños y me lo encontré hace días en el metro; al lado del sobre te he dejado un papel con su número de teléfono, necesito que lo llames, quedes con él en un sitio discreto y le des la carta, solo eso, le das la carta de mi parte y te vas.

—De acuerdo —Aceptó Sandra.

—Otra cosa Sandra, ten mucho cuidado, Kamal sabe que estuvimos comiendo en el Pompidou, me lo ha insinuado esta mañana, ya sabes como es y el odio que te tiene, no quisiera que tuvieses problemas otra vez por mi culpa.

—No te preocupes tendré cuidado, de todas formas algún día le llegará la hora a ese cabrón, lo que sigo sin entender es como lo has aguantado tanto tiempo, una mujer como tú...

—Déjalo estar Sandra, no creo que te vuelva a ver antes de marcharme, solo te deseo lo mejor, no te olvidaré jamás.

Colgó el teléfono sin darle a Sandra la ocasión de despedirse, sus últimas palabras las había pronunciado esforzándose para que ella no se diera cuenta que la voz le temblaba de emoción.

Volvió al metro para ir a recoger el coche donde lo había dejado aparcado, cerca del gimnasio, Condujo hasta Montmartre, aparcó el coche cerca del boulevard Clichy y se dirigió al club con la intención de descansar hasta que comenzara su espectáculo.

Capítulo XII

Carlos se había levantado tarde, cada hora sin noticias de Ruth le acercaba más a su casa y a Susana, pensaba que Ruth se había desecho de él, no podía saber si era cierto lo que le había dicho sobre Kamal en el cementerio, por otra parte pensaba que no tenía motivos para mentirle, si era cierto lo que le había contado podía estar en peligro y debía ayudarla; estaba echo un lío, especulaba sobre cómo podía ayudarla, él, que solo era un chupatintas que no conocía a nadie en París, él era un hombre sencillo, criado en una familia normal, habiendo recibido cariño, no estaba acostumbrado a las leyes que rigen la vida en los bajos fondos, él que solo se había peleado un par de veces en su vida y siempre con resultado desfavorable. La única forma que tenía de poderla ayudar era subirla con él a un avión y llevársela a España, pero después ¿que?

Salió del hotel para comer algo, echaba de menos su vida en Madrid, su casa, su mujer y su hijo, pero por otra parte no sabía si quería continuar con algo que estaba muerto, Susana lo había matado al irse aquella noche con su compañero de trabajo. A la vez pensaba que tampoco él había hecho nada por retener a Susana, era como si le hubiese venido bien a la locura que se había desatado en su interior. Llegó a la conclusión que debía darse otra oportunidad con su mujer, debía volver a Madrid y hablarlo con Susana

Apenas comió nada, no le entraba la comida se sentía triste y cansado, tenía decidido hablar con Armand y decirle que quería volver a Madrid a ver si podía arreglar aquello que hubiese roto.

Si quería saber algo de Ruth tenía que ser él quien la buscara e intentara hablar con ella, por lo que decidió ir al cabaret aquella misma noche y hacer que le hablase, si Ruth seguía sin querer verle se marcharía y la dejaría en paz, si Kamal era una invención de Ruth lo averiguaría y se marcharía igualmente.

Era demasiado temprano para ir al club, hasta cerca de las diez de la noche Ruth no hacía su espectáculo, eran las cinco de la tarde y no sabía que hacer.

Presentarse en el club podía ser peligroso, Ruth le había avisado, se le ocurrió que si quería hablar con Ruth sin exponerse a que Kamal estuviera presente lo mejor sería esperarla en algún sitio y abordarla cuando fuese a entrar, no podría ignorarle y se vería obligada a hablar con él, convencido de su plan caminó por el boulevard de Clichy hasta detenerse frente a La Coquette Pussycat, el local tenía un cierre metálico en la entrada, aún era muy temprano, se dedicó a buscar un sitio desde donde la viera acercarse y no encontró nada lo suficientemente protegido para poder ocultarse con garantías de no ser descubierto.

Mientras buscaba sin éxito un sitio desde donde ver la entrada se fijó en que el cierre metálico de la entrada estaba sujeto con dos candados grandes que estaban cara al interior del local por lo que dedujo que cuando cerraron lo tuvieron que hacer desde dentro; si eso era como él pensaba sin remedio tendría que haber una puerta trasera por la que salir después de cerrar la entrada principal y si esa puerta existía casi seguro que sería utilizada por los artistas para entrar y salir del local sin ser vistos.

Se dirigió hasta la esquina y subió por la calle perpendicular buscando algún pasaje interior que le diera esa posibilidad y lo encontró rápidamente, efectivamente había un callejón en el límite del edificio, se internó en él y fue a dar a un patio donde estaban las puertas traseras de los distintos locales que existían en el boulevard. la forma del patio era irregular, estaba lleno de cajas de bebidas apiladas y de recovecos ideales para que un hombre con ganas de pasar desapercibido se escondiese.

Oculto en un rincón, protegido por unas pilas de cajas de bebida esperó la llegada de Ruth, vio como entraban varios hombres, después algunas mujeres fueron entrando de una en una, más tarde lo hizo un hombre que en seguida reconoció, era el compañero de actuación de Ruth la primera vez que había estado en aquél garito, pero Ruth no aparecía. Lo que no sabía Carlos es que Ruth había entrado antes de que él llegase y se había tumbado en el sofá del camerino a descansar hasta que le llegase la hora de salir a escena.

Cansado de esperar y sin explicarse porqué Ruth no había llegado decidió entrar, salió de su escondite y atravesando el callejón entró por la entrada principal. En la puerta estaba apostado un árabe de gran tamaño, los brazos cruzados delante del cuerpo le daban un aire de matón de discoteca, pasó a su lado y el gorila le miró, se dirigió al árabe que estaba sentado vendiendo las entradas y le pidió una, éste se le quedó mirando fijamente, segundos después miró al gorila de la puerta quien con un movimiento afirmativo de cabeza le

indicó que podía franquearle el paso.

El interior del local estaba más animado que la primera vez que estuvo allí, un grupo de australianos sentados en las primeras filas le decían obscenidades a la chicas que movían sus cuerpos delante de ellos; Carlos se sentó al otro lado, cerca de la pista, al sentarse giró la cabeza a la izquierda y sus ojos se cruzaron con un hombre que estaba sentado al final de la sala, no podía verle la cara porque tenía el rostro oculto por la penumbra, pero presentía que ese hombre le estaba mirando a él, en ese instante supo que ese tipo era Kamal

Aquel hombre hizo un leve gesto con la mano y en seguida acudió un camarero al que le dijo algo al oído, el camarero se dirigió a la barra, minutos después estaba delante de Carlos sirviéndole un whisky que no había pedido mientras le decía:

—Está usted invitado, la casa tiene el honor de agasajar a un amigo de nuestra estrella más importante.

Carlos tomó el vaso en la mano y lo levantó en el aire en la dirección donde estaba sentado aquél hombre mientras con la cabeza le hacía una pequeña reverencia, en ese momento estaba encendiendo un cigarrillo por lo que pudo verle las facciones con más claridad. Sintió que se le revolvían las tripas ante aquél cerdo, le dieron ganas de levantarse y estamparle el vaso en la cara, pero se contuvo pensando que lo único que iba a conseguir era que le partieran la cara los gorilas que estaban en el local.

El espectáculo de las strippers finalizó y se retiraron del escenario, tras unos minutos se encendieron unas las luces anaranjadas, el escenario estaba vacío, en el centro una mujer cubierta con una túnica blanca de gasa estaba inmóvil en el suelo en posición fetal, comenzaron a sonar los primeros acordes del Carmina Burana y la mujer comenzó a moverse, como desperezándose, cuando se levantó del suelo pudo ver que era Ruth, giraba sobre si misma con los brazos abiertos, sus pies se movían con agilidad sobre el entarimado mientras los acordes de la música iban in crescendo, el cuerpo de Ruth dibujaba una coreografía excitante que causaba un efecto hipnótico sobre los espectadores que guardaban un silencio sepulcral, sin poder apartar la vista del escenario.

Aparecieron en el escenario tres hombres desnudos con cuerpos esculturales; rodearon a Ruth en un estrecho abrazo mientras ella se restregaba contra sus cuerpos, la música entraba en una vorágine de voces ascendentes y repetitivas que resonaba en los oídos de Carlos haciéndole sentir un golpeteo constante en las sienes que iba en aumento a la vez que el espectáculo en el escenario se hacía más

duro.

Miró hacia donde estaba el hombre, seguía sentado en el mismo sitio sin quitarle la mirada de encima.

En aquel momento los sentimientos de Carlos eran una mezcla entre el odio hacia Kamal, el asco por lo que veía y la excitación de ver a Ruth, una extraña sensación crecía dentro de él, como si una resaca interior absorbiera sus órganos creando un desagradable vacío.

El espectáculo que se desarrollaba en el escenario era realmente vil, Ruth estaba de rodillas con el pene de uno de los hombres en la boca mientras otro la penetraba desde atrás, el tercero se masturbaba mirando la escena esperando su turno para intervenir.

Carlos no podía soportar aquello, se levantó para marcharse pero antes de alcanzar el pasillo una arcada le hizo vomitar, al intentar salir del local un hombre le retuvo en la puerta y le invitó a acompañarle, le dijo que una persona quería hablar con él, Carlos le siguió por un pasillo hasta una puerta metálica, aquel hombre llamó con los nudillos y desde el interior una voz los invitó a pasar.

Cuando pasó al interior se dio cuenta de que estaba en un despacho, estaba oscuro, la única luz que había en la estancia era la procedente de un flexo situado en una de las esquinas de una mesa de madera que estaba frente a él, detrás de la mesa había un hombre sentado al que no podía distinguir el rostro, oculto en la oscuridad.

—Siéntese por favor.

Carlos se sentó en una silla frente a la mesa, el hombre adelantó su cuerpo y dejó a la vista un rostro duro que exhibía una irónica sonrisa, la nariz grande, la tez aceitunada, era el mismo rostro que Carlos había visto en el local momentos antes.

—Bienvenido a mi humilde casa, acomódese es usted mi invitado don Carlos —le dijo en español con el acento característico de los árabes.

—Gracias —le respondió mientras se acomodaba.

—Se preguntará porqué le he hecho venir, entre la gente de mi pueblo la hospitalidad es una virtud que cuidamos con esmero, somos amigos de nuestros amigos y usted es amigo de una gran amiga mía.

Carlos supo que esta jugando con él, la sonrisa dibujaba en el rostro de aquel hombre le delataba; no respondió.

—Ruth me ha hablado mucho de usted querido amigo, ustedes se conocen

desde la infancia y eso es muy importante, conservar los amigos de siempre ennoblece al hombre.

—Si, así es —respondió Carlos acompañando su afirmación con un asentamiento de cabeza, estaba despistado, no sabía por donde le iba a salir aquel tipo, por lo que se mantenía a la defensiva.

—Mi nombre es Kamal Houssein Sabagh y soy el dueño de todo lo que ve a su alrededor. Mi familia procede del desierto de Argelia, de Ouargala, vinimos a Francia cuando yo tenía catorce años y mi padre trabajó muy duro para sacar a su familia adelante. Hoy soy dueño de un pequeño local donde los extranjeros vienen a disfrutar de la belleza de las mujeres de París.

—La verdad, no se porqué me cuenta todo esto, yo solo he venido a ver el espectáculo... — Kamal levantó la mano para interrumpirle.

—Don Carlos le estoy diciendo estas cosas para que sepa que soy un hombre de honor, y entre mi gente el honor es lo único valioso que tenemos los hombres y usted lo quiere mancillar.

La palabras de Kamal amedrentaron y confundieron a Carlos, pero en situaciones críticas las reacciones de un hombre son imprevisibles y eso fue lo que tuvo Carlos, una reacción imprevisible. Se levantó de la silla y apoyando las manos sobre la mesa le dijo:

—Usted no es más que un asqueroso maltratador, un proxeneta que explota a las mujeres y que vive de ello.

No le dio tiempo a decir más, sintió que una mano le apretaba los músculos detrás del cuello y le obligaba a sentarse de nuevo.

—Por favor Don Carlos no me insulte en mi casa, yo no soy eso que usted dice, yo solo soy el instrumento para que esas mujeres vivan cómodamente; le voy a contar una historia.

Carlos se dio cuenta que no iba a tener más remedio que aguantar lo que quisiera contarle Kamal.

—Hace unos años me encontraba haciendo negocios en España, negocios importantes, complicados negocios en los que me jugaba mucho. Mientras comía en un restaurante con unos clientes vi a Ruth por primera vez, era apenas una cría, o al menos a mi me lo pareció, pero a la vez era la mujer más hermosa y sensual que hubiera visto antes, y créame si le digo que había visto y disfrutado de muchas mujeres. Sus ojos soltaban fuego cuando miraban y en ese momento no me habría importado quemarme en aquel fuego. Era la camarera que servía nuestra mesa, no pude apartar los ojos de ella durante la comida, sus

movimientos ágiles mientras se movía entre las mesas y el cuerpo que se adivinaba bajo el uniforme me tenían ensimismado. Cuando llegó el momento de pagar, en la bandeja, bajo el dinero le dejé una tarjeta mía esperando que me llamase.

Lo hizo dos días después, por suerte yo estaba aún en Barcelona a punto de viajar a Sevilla, le dije que viniese al hotel a verme; pensé que era una buscona al aceptar verse tan fácilmente en la habitación de un hotel con un desconocido o era una mujer muy valiente y segura de si misma, o estaba muy desesperada.

Cuando le abrí la puerta de la habitación creí que todo era un malentendido y que era otra mujer la que tenía parada en la puerta de mi habitación, más alta, más maquillada, bellísima; lucía un vestido exageradamente corto, unas piernas perfectas que se modelaban bajo la caricia de unas medias de seda y un escote por el que asomaban sus hermosos pechos. Me quedé sorprendido al reconocer por sus rasgos a la camarera del restaurante.

Cuando la invité a pasar pude notar su paso seguro y la firmeza de su espíritu.

Se desnudó delante de mí demostrándome que no era la primera vez que lo hacía, ella dominaba la situación y yo me sentía como un muñeco a merced de sus caprichos.

No escondía la mirada ni volvía la cabeza, se enfrentaba a mí desnuda; era como si la desnudez que al resto de los mortales nos debilita a ella la hiciera más fuerte, en ese momento supe que me había llevado a su terreno.

Hicimos el amor durante gran parte de la noche y el resto lo dedicamos a hablar, me contó cosas de su vida, de los viajes que había realizado, había intentado normalizar su vida trabajando pero sabía que no era su camino.

Me confesó lo que disfrutaba practicando el sexo y excitando a los hombres, que era su vida y su camino del que nunca se iba a separar. Pocas veces me había encontrado con una mujer tan segura como Ruth.

Viajamos a Sevilla y después a París se instaló en mi casa, yo ya me había enamorado de ella. Le daba todo lo que necesitaba, dinero, ropa, viajes, cenas en restaurantes caros, ella a cambio me lo daba todo excepto su corazón, siempre supe que nunca iba a poder llegar a su interior.

Ruth hace el amor como nadie, disfruta y hace disfrutar a cualquier hombre, pero no sabe amar y el hombre que esté a su lado acabará siendo un desgraciado.

—¿Por qué me cuenta esto a mi? —Le preguntó Carlos.

—Porque sé que usted cree estar enamorado de Ruth, amigo mío, pero está muy equivocado si piensa que ella le corresponde.

—Usted no me conoce, usted no sabe lo que siento yo, como tampoco sabe lo que siente ella.

—Le conozco mucho mejor que lo que usted piensa, mire, yo estoy enamorado de Ruth desde el primer día que la vi. Usted no parece entender que ella me pertenece, a pesar de que nunca será mía por completo, pero me pertenece.

Carlos se sentía cada vez más irritado.

—Ruth no pertenece a nadie, nadie tiene el derecho de ejercer de dueño de otro.

—Se equivoca amigo, es usted muy tozudo; aunque sé que nunca me amará como yo la amo, necesito tenerla a mi lado para poder verla, tocarla, cuidarla, hacerle el amor cuando lo necesite. No voy a consentir que nadie venga a arrebatarme lo que más amo, aunque puede parecer patético oír a un hombre decir esto, no me importa.

—¿Acaso me está amenazando? —preguntó Carlos.

—Si lo prefiere así, le estoy amenazando, estoy dispuesto a matar si es preciso, usted no sabe lo fácil que es matar cuando se tiene el poder para hacerlo. Déjese de complicaciones, vuelva a Madrid con su bella mujer y su hijo, cuide su trabajo, cuide su mediocre vida que le ofrece un mediocre futuro, pero un futuro al fin y déjenos a nosotros vivir al filo del precipicio, no intente asomarse porque se podría caer.

La conversación estaba tomando un cariz extraño, las amenazas de Kamal estaban haciendo mella en Carlos que no estaba acostumbrado a situaciones parecidas, se mantenía en silencio mientras Kamal seguía hablando.

—Ahora márchese y no vuelva a aparecer nunca más por mi local, si lo hace mis hombres tienen la orden de romperle las piernas. Si no quiere volver a Madrid, quédese en París, fóllese cuantas veces quiera a su hermosa compañera, o si lo prefiere enciérrese en su hotel y ahóguese en una botella pero no vuelva a aparecer por nuestras vidas porque le mataré.

Quedaba claro que no era una amenaza, era una certeza, aquél argelino de rostro duro iba en serio. Carlos se quedó con las ganas de haber saltado sobre su cuello y apretarle hasta que dejara de respirar pero sabía que eso no era posible y tampoco él era ningún héroe en busca de princesas a quienes salvar.

En silencio se levantó de la silla y se dirigió a la salida sintiendo la mirada de Kamal clavada en su nuca.

Kamal salió del club después de la conversación con Carlos, estaba irritado y decidido a terminar definitivamente con aquella situación.

Cuando Ruth terminó en el club uno de los hombres de Kamal la estaba esperando en la puerta del camerino, le dijo que tenía órdenes de llevarla a la casa, ella le respondió que había traído el coche y que tenía que volver con él, el hombre le dijo que eran órdenes directas de Kamal, que le diera las llaves que alguien se encargaría de llevar el coche a la casa.

Ruth le entregó las llaves y salió acompañada de aquel gorila, entraron en el coche que puso rumbo a la salida de París.

Durante el viaje pensaba en Carlos, le había visto entrar acompañado en el pasillo que llevaba hasta el despacho, por lo que dedujo que estuvo hablando con Kamal y se imaginó lo que este le diría; estaba muy preocupada por Carlos y también por Sandra, todo el edificio que se había montado se estaba viniendo abajo, no temía por ella porque sabía que Kamal no le iba a hacer daño, pero temía que descargara su ira sobre Carlos y Sandra, a su amiga se la tenía jurada desde que estuvieron juntas.

Cuando entró en la casa Kamal estaba esperándola en el salón, tenía la cara contraída en una mueca de rabia.

—He estado hablando con tu amigo —le dijo sin darle apenas tiempo a sentarse.

—Lo sé —le respondió ella.

—Es un tipo muy tozudo, se cree que está enamorado de ti, es siempre lo mismo, vuelves locos a los hombres con los que te juntas.

Ruth le escuchaba en silencio, lo conocía muy bien y sabía que cualquier palabra pronunciada en ese momento sería la chispa que encendería la ira de Kamal, tan sensible como la yesca al fuego.

—Esto se va a acabar, no estoy dispuesto a que sigas mintiéndome y jugando conmigo.

—Yo no estoy jugando contigo Kamal.

—Estás jugando conmigo, estás mintiéndome y quiero que me lo cuentes todo con detalle.

—No tengo nada que contarte, no pasa nada, son todo imaginaciones tuyas.

Kamal tiró contra la pared el vaso de whisky que tenía en la mano que se hizo mil pedazos.

—No me mientas —gritó y su rugido se oyó en toda la casa.

Se levantó y se acercó hacia ella, Ruth no se amilanó y le plantó cara.

—Eres un enfermo Kamal, eres un enfermo y un cobarde.

Kamal levantó la mano y le dio una bofetada en la cara.

—No me digas que no tienes nada que contarme, las conversaciones con tu amiguito en Le Progrés, tu comida con Sandra en el Pompidou, tus viajes al estudio de Sandra, ¿que estas haciendo, que escondes?

Ruth comenzó a tener verdadero miedo, ese cabrón lo sabía todo, la había estado espiando y conocía todos sus movimientos. Se le cerraban las puertas y la desesperación se estaba adueñando de ella. Tenía que avisar a Sandra, la debían de estar vigilando.

—Te odio, solo eres hombre para pegar a la mujeres, odio todo lo tuyo, odio esta casa, me quiero marchar de aquí.

Kamal fuera de sí la golpeó de nuevo, le quitó el bolso y hurgó en su interior, cogió el teléfono y lo estampó contra el suelo, luego la tomó del brazo, le hizo subir las escaleras, la metió en una habitación y cerró con llave. Desde el otro lado de la puerta le dijo:

—A partir de ahora no saldrás de aquí nada más que para ir a trabajar y siempre acompañada de alguien.

Capítulo XIII

Cuando Carlos salió de La Coquette le temblaban las manos, tenía los nervios a flor de piel, temía que aquel animal le hiciera daño a Ruth, había visto en los ojos de aquel hombre la mirada de un asesino, estaba asustado, muy asustado.

No sabía que hacer, pensó en llamar a la policía pero temió que si iniciaban alguna investigación pusieran en peligro la vida de Ruth.

Ese hombre le había amenazado con quitarle la vida, era un asesino que no podía estar suelto, pero él estaba completamente solo, no tenía a nadie a quien acudir, entonces pensó en Louise y decidió llamarla aunque estaría en su derecho de no hacerle el menor caso.

—Louise perdona que te llame a estas hora pero tengo que hablar contigo con urgencia.

—¿Te has acordado de mí, yo creía que no era más que un polvo? —le respondió Louise.

—Es una urgencia, si no fuese así no te molestaría, tengo un problema bastante grave y no se a quien acudir, no tengo a nadie Louise.

—Está bien puedes contarme lo que sea mañana si vienes al banco o si lo prefieres nos podemos ver en el sitio que tú me digas.

—Mañana quizá sea demasiado tarde, como te digo es muy urgente.

—Si quieres puedes venir a mi casa 28, rue de l'Est, en Clamart.

Carlos subió a un taxi en, mientras recorría las calles de París, llamó a Susana.

—Susana, me vuelvo a Madrid, no se si aún estoy a tiempo de recuperarte, pero te necesito en mi vida— le dijo Carlos.

—No tienes nada que recuperar porque nada has perdido, estoy esperando que vuelvas a casa, tu sitio está a nuestro lado —le respondió Susana.

—Entonces lo de tu compañero de trabajo.

—¿Pero que estas diciendo Carlos, como puedes pensar siquiera que ese hombre signifique algo para mi, solo es un compañero de trabajo que me invitó a cenar con la única intención de que saliera a distraerme; quizá el error fue mío al

marcharme aquella noche con él, pero me parecía feo dejarle plantado y tú estabas tan tenso que preferí esperar al día siguiente para hablar contigo.

—Y yo no quise oírte; perdóname por todo lo que te he hecho, ahora solo pienso en volver.

—Pues vente ya, no esperes más.

Carlos se sintió aliviado por las palabras de Susana, había sido un idiota, cegado por los celos no le había dado a Susana la oportunidad de hablar.

—Aún tengo que solucionar algunas cosas antes de marcharme, te llamaré, estate tranquila.

Cuando cortó la comunicación se dio cuenta de que lo realmente importante en su vida estaba en Madrid. Ahora tenía que intentar resolver el asunto de Ruth, no quería marcharse y volverle la cara a esa mujer a la que no sabía si amaba o solo deseaba, solo sabía que tenía un grave problema y que tenía que intentar por lo menos ayudarla.

Louise le miró de arriba a abajo cuando le abrió la puerta, le hizo pasar y Carlos se dejó caer agotado en el sofá.

—Perdona Louise pero te necesito.

—¿Que es lo que pasa Carlos?, espero que tengas una buena explicación para todo esto, en el banco no se explican lo que te sucede y Armand está a punto de llamar a Madrid para dar parte de ti y buscar una solución a la situación que tienes —le recriminó Louise

—Eso ahora es lo menos importante, si estoy aquí a esta hora de la noche es porque tengo un problema grave y no sé a quien acudir.

—Me das miedo Carlos, ¿tú te has visto?, estás fatal, más delgado, irritable. Hace días que no sabemos en el trabajo nada de ti y ni siquiera te has dignado a llamarme, ahora te presentas en mi casa a pedirme ayuda.

—Déjame que te explique y luego sacas las conclusiones que quieras.

Le contó todo, desde el momento que llegó a París, como se encontró con Ruth en el metro, las discusiones con Susana, le habló de Ruth y de la obsesión que se había apoderado de él. Le explicó el porqué de la reacción que tuvo la noche que entraron en el club a ver el espectáculo y por último le contó el encuentro con Ruth en el cementerio y la conversación que había tenido esa misma noche con Kamal en La Coquette Pussicat.

Louise le fue cambiando la expresión del rostro según avanzaba el relato de Carlos, cuando terminó se quedó en silencio unos minutos pensativa hasta que rompió el silencio.

—Está claro que necesitas ayuda Carlos, de momento creo que no debes aparecer por el hotel, esa gente parece peligrosa, tienes que contarle esto a la policía, ellos son los que verdaderamente te pueden ayudar —le dijo ella.

—No, a la policía no, temo que le hagan algo malo a Ruth si se sienten amenazados.

—Bueno, de momento te vas a quedar aquí, en mi casa; mañana llamaré a Philippe, mi ex para que vea lo que hacer.

—¿Y que tiene que ver tu ex en todo esto?

—Philippe es policía, no se si te lo había dicho.

—Te he dicho que policía no, por favor Louise.

—No te preocupes, hablaremos con él para que nos de su opinión. El sabrá como mantener este asunto al margen de su trabajo y ayudarnos a la vez.

—Gracias Louise —le dijo Carlos mientras se acercaba para besarla, ella le rechazó.

—No Carlos, lo he pasado mal estos días, a pesar de la imagen que puedo dar de mujer fuerte y desinhibida es solo una máscara, en el fondo soy una tonta romántica que se ha hecho ilusiones con un hombre que no puede enamorarse de nadie más porque ya tiene el corazón bastante repartido. Siento que he sido una más de tu lista, alguien con quien desahogar tus instintos —dijo Louise evitando su mirada.

—Perdóname si te he hecho daño, también yo he actuado siguiendo los impulsos de animal que llevaba dentro y que nunca supe que estaba ahí; he actuado pensando solo en mí y no en el daño que podía hacerte a ti. De veras lo siento Louise —se disculpó.

—Es igual, ahora vamos a descansar que te hace mucha falta. Mañana veremos las cosas desde otro punto de vista.

Capítulo XIV

Carlos se despertó como si hubiese dormido dos días. Louise no estaba en el piso, se dirigió a la cocina, en la encimera había unas llaves y una nota.

“Te dejo unas llaves por si tienes que salir, me he ido a trabajar, volveré por la tarde”.

Se tomó un café mientras pensaba que si iba a estar allí necesitaría ropa para cambiarse, sonó el teléfono, el número le era desconocido, descolgó y oyó al otro lado de la línea una voz de mujer que le decía:

—¿Carlos?, soy Sandra, soy amiga de Ruth, me ha encargado que te entregue una carta.

Carlos percibió nerviosismo en la voz por lo que le preguntó:

—¿Le ha pasado algo a Ruth?

—No lo sé, solo sé que tengo que entregarte el sobre, te espero a la una en el Panteón de los Hombres Ilustres, en la tumba de Victor Hugo.

Colgó la llamada sin darle la opción de decir nada, Carlos se levantó de un salto del sofá y tras dejarle una nota a Louise encima de la mesa del salón salió a la calle dispuesto a acudir a la cita.

El Panteón le recibió con toda su suntuosidad, la gran bóveda adornada con impresionantes frescos y desde cuyo eje cuelga una reproducción del péndulo, con el que Foucault demostró al mundo el movimiento de rotación de la tierra, estaba lleno de turistas que caminaban en silencio admirando las paredes y los techos, le llamó la atención presidiendo el impresionante grupo escultórico en homenaje a la Convención Nacional.

A un lado de la inmensa nave descendían unas escaleras que llevaban a las catacumbas donde están enterrados los grandes de Francia.

Recorrió los pasillos de aquél sótano en busca de la tumba de Victor Hugo, impaciente por encontrarse con la mujer que le había llamado y que le traía noticias de Ruth. Encontró la tumba rápidamente, había tres personas dentro, una pareja de alemanes que disparaban su cámara de fotos al sarcófago del

escritor y una mujer de unos treinta y cinco años, morena y con el pelo largo que parecía esperar algo o a alguien.

Se acercó a ella y le preguntó si era Sandra, ella con un ligero movimiento de cabeza le indicó que la siguiera, le llevó al fondo de una de las galerías donde no había nadie, de su bolso sacó un sobre cerrado que entregó a Carlos diciéndole que no lo leyera en ese momento y se dispuso a marcharse cuando él la retuvo por el brazo.

—Espera no te vayas aún.

—Me tengo que marchar, Ruth me dijo que te entregara el sobre y que me marchara, es peligroso que nos vean juntos.

—Por favor no te marches, necesito hablar contigo.

Sandra debió verle tan desesperado que accedió diciéndole que la siguiera.

Salieron del edificio, Sandra caminaba delante, a unos pasos detrás caminaba Carlos, se adentraron en el barrio latino y tras callejear un poco la chica entró en un café, Carlos la siguió, se sentaron lejos de la ventana, él pidió un café y ella un agua de Perrier, cuando el camarero se alejó después de servirles Carlos se dirigió a ella en tono suplicante.

—Dime, ¿dónde está Ruth?

—No lo sé —respondió ella.

—Necesito verla —le rogó.

—Me llamó ayer, me dijo donde encontrar esta carta y un papel con tu número de teléfono, me pidió que buscara un sitio discreto para entregártela y que después me marchara, que me alejara de ti inmediatamente. No se porqué no le he hecho caso.

Carlos la interrogó sobre su amistad con Ruth y Sandra decidió contárselo:

—La conocí hace tres años, a raíz de una discusión que tuvo con Kamal, su novio, se marchó de su casa, me la encontré en un parque, perdida, no tenía sitio donde ir. Yo había renunciado a mi vida en España para venirme a París a estudiar Bellas Artes, tenía un estudio que era de mi familia y que todavía conservo, mi madre es parisina, y el estudio fue parte de la herencia de sus padres por lo que lo ocupé yo, así me evitaba pagar un alquiler, allí vivía y trabajaba, hacía mis esculturas, ya sabes. La recogí en mi casa y enseguida me enamoré de ella, de su cara, de su cuerpo y de sus ojos tan oscuros como la noche.

Oyendo a Sandra, Carlos sabía perfectamente de lo que hablaba, Ruth ejercía la misma atracción hacia ella tanto en los hombres como en las mujeres, tenía un poder de seducción tan grande que eran muy pocos lo que podían resistirse a él.

—Al principio ella me correspondió y me sentí feliz pasé a su lado los días más felices de mi vida. Poseí su cuerpo mil veces, pero nunca pude poseer su alma, me hice la ilusión de que me amaba, pero Ruth no ama a nadie, solo se ama a si misma.

Un día Kamal la encontró y la obligó a irse con él, me quedé sola y con el corazón destrozado, estuve tres días sin salir del estudio, era tal la dependencia que tenía de ella, de su cuerpo que creí volverme loca cuando descubrí que la había perdido y que no volvería a tenerla nunca más. Tan loca que comencé a acosarla, fui al club de Kamal, donde había comenzado a actuar y le supliqué que saliera de allí y se viniera de nuevo conmigo, se montó un escándalo en el escenario que tuvieron que sacarme de allí a la fuerza los hombres de Kamal, fue entonces cuando comencé a esperarla escondida en el callejón donde está la entrada trasera de la sala, cuando la veía llegar me acercaba a ella suplicando, hasta que un día los hombre de Kamal me cogieron, me metieron en un coche, me dieron una paliza y me dejaron en una de las orillas del Sena, después de aquello decidí que no merecía la pena e intenté olvidarla, hasta que hace un par de semanas me llamó de nuevo.

Sintió lástima de aquella mujer a la que en el rostro se le dibujaba la angustia; pasó de verla como una rival, como alguien que había estado disfrutando de un cuerpo que el deseaba, a verla como un espejo en el que él mismo se reflejaba, con sus penas, sus esperanzas, sus realidades y su crudeza.

—Esa gente que está con Ruth es muy peligrosa, no debes acercarte a ellos, debes alejarte lo antes posible. Supongo que ella te lo dirá en la carta.

Sin despedirse se levantó de la mesa y se dirigió a la salida, la vio alejarse por la acera mezclándose con la gente.

Carlos abrió el sobre y leyó la carta de Ruth.

Querido Carlos:

Verte después de tantos años ha sido una de las mejores cosas que me han pasado desde hace mucho tiempo. Cuando te vi en el metro te reconocí en seguida; el pasado irrumpió de pronto en mi cabeza y la imágenes volaron a mi mente desde el recuerdo; vi nuestro parque, recorrí nuestro barrio, el colegio, la iglesia; sitios donde había sido feliz antes de que la tristeza, el odio y la podredumbre tomaran mi vida y secuestraran mi inocencia y mi felicidad.

Nuestras conversaciones en el café me han servido para añorar aquellos momentos y ver que dentro de la oscuridad que envuelve mi vida aún hay un rayo de esperanza.

Para conseguir la libertad necesito luchar por ella, es una lucha personal en la que nadie me

puede ayudar, es un camino que tengo que recorrer yo sola y no sé si voy a poder alcanzar el final o me voy a quedar en el intento. Lo que nunca me podría perdonar es que junto a mí te quedases tú también.

Tienes una vida en Madrid, una mujer que te ama y un niño que te necesita, ellos te están esperando puedes volver a ellos en el momento que quieras porque te van a recibir con los brazos abiertos.

No lo desperdicies, no intentes buscar paraísos donde solo hay desiertos.

Yo elegí mi vida, y al hacerlo elegí mi destino, sé que me equivoqué y que he hecho cosas muy malas, cosas que te aterrarían si pudieras oírlas; por eso y a pesar de que pueda rehacer mi vida en otro lugar, mi castigo será que no pueda redimir jamás mis pecados, porque no existe redención para lo irracional.

Aunque he sido víctima de una sociedad hipócrita al final elegí el camino más peligroso para compensarme, el de la venganza, camino al que renuncié hace tiempo, ahora esa renuncia me hace prisionera porque el camino de la venganza es una camino que termina en un precipicio.

Por eso si de verdad quieres ayudarme abandona París, apártate de mi camino, de esa forma aliviarás mi carga.

No intentes ponerte en contacto conmigo y mucho menos con Sandra, es una mujer buena y no sabe nada de lo que pasa, solo así estará a salvo.

Ruth.

Después de leer la carta Carlos la dobló cuidadosamente y volvió a introducirla en el sobre, no sabía que hacer, su cabeza era un lío, estaba claro que Ruth no quería que se inmiscuyera en sus asuntos pero la carta estaba escrita por una persona que tenía un problema muy serio y eso le inquietaba.

Salió de la cafetería y caminó hacia el metro para dirigirse de nuevo al piso de Louise, cuando abrió la puerta ella estaba allí, se le acercó y le preguntó donde había estado, él le dijo que había acudido a una cita con una amiga de Ruth.

En el salón había un hombre sentado en el sofá, se levantó cuando Louise le presentó como Philippe.

Era un hombre alto y delgado pero fibroso, se le notaba que hacía ejercicio para conservarse en forma, si era policía su trabajo se lo exigiría, pensó Carlos.

Philippe le invitó a que se sentase para contarle lo que le sucedía, Carlos le relató todo procurando no olvidar nada que pudiera ser importante, le habló de la llamada de Sandra y de la carta que sacó del bolsillo y se la entregó.

Philippe observó la carta y se la devolvió de nuevo Carlos para que se la leyera,

no sabía castellano, Carlos se la leyó mientras Philippe le oía atentamente.

A Carlos ese hombre le inspiró confianza, le dejaba hablar y solo le interrumpía cuando quería aclarar algún punto de su historia que no hubiese quedado claro, transmitía mucha seguridad en si mismo y daba la sensación de ser un experto en su trabajo.

Una vez terminado el relato de lo que había sucedido hasta ese momento, Philippe comenzó a hacerle preguntas sobre su vida, su trabajo, su matrimonio, su familia, Carlos pensó que eran preguntas encaminadas a valorar el estado emocional en el que se encontraba.

Luego siguió con Louise, le pregunto sobre su trabajo en común con Carlos y sobre su relación fuera de la oficina que él había omitido, con objeto de salvaguardar a su compañera.

Louise le contó todo, con pelos y señales, sus troteo en la oficina y su aventura en el hotel; mientras hablaba Louise se sintió incómodo, la situación le parecía a un poco morbosa al oír como Louise le contaba a su marido como habían follado dos veces en la habitación del hotel y la profesionalidad con que Philippe se lo tomaba, intentó ponerse en su lugar pensando que a él no le hubiese sido nada fácil mantener el tipo ante una situación así.

Una vez finalizado el interrogatorio revisó las notas que había tomado y se dirigió a Carlos con voz firme.

—Lo primero es conservar la calma —dijo el policía— Estoy dispuesto a ayudarte, pero necesito que te mantengas al margen, márchate a Madrid mientras yo investigo.

—No me voy a marchar sin saber si Ruth se encuentra bien —respondió Carlos.

—Se puede quedar en mi casa el tiempo que sea necesario— dijo Louise.

Philippe aceptó advirtiéndole que si se interponía en la investigación se vería obligado a interrumpirla.

Cuando se marchaba, Louise le acompañó hasta la puerta Carlos los oyó hablar, Philippe le decía a Louise que tuviese mucho cuidado, que cerrase bien la puerta del apartamento y cambiara los hábitos diarios, si veía algo fuera de lugar o a alguien extraño que la siguiera o merodease por los alrededores le avisase inmediatamente; también le dijo que debería tomarse unas vacaciones y abandonar París, ella le contestó que en cuanto Carlos se marchara a España ella se marcharía fuera un tiempo.

Cuando volvió al salón se sentó al lado de Carlos y le tomó la mano.

—Philippe es un buen hombre, puedes confiar en él.

—Lo sé — le respondió Carlos.

—Estarás cansado vamos a la cama — Louise se levantó le tomó de la mano y lo llevó hasta la habitación, Carlos no sabía como interpretar aquel gesto por lo que intentó decir algo, pero Louise le selló los labios con un beso.

—No creas que quiero seducirte Carlos, solo quiero que descanses, entre nosotros ya pasó lo que tenía que pasar.

A los pocos minutos Carlos dormía profundamente.

Ruth se despertó en la habitación donde Kamal la había encerrado, se acercó a la puerta y llamó con los nudillos, le abrió Hichem.

—¿Donde está tu jefe? —preguntó al gigante.

—Ha salido temprano de la casa, me ha encargado a mí que te vigile —le respondió.

—Necesito asearme.

—Puedes salir pero me han ordenado que te vigile, tengo que estar donde tú estés, lo siento Ruth pero son órdenes que tengo que cumplir.

—Lo entiendo Hichem.

Salió de la habitación y se dirigió al baño, el hombre la acompañó, cuando intentó cerrar la puerta, él la sujetó con la mano.

—Me han dicho que no me separe de ti, lo siento —repitió Hichem.

Ruth dejó la puerta del baño abierta, se sentó en la taza y sin demostrar ningún pudor hizo sus necesidades delante de aquél hombre que miraba azorado hacia otro lado, después se desnudó y se metió en la ducha.

Bajó a la cocina y desayunó mientras la vigilaban, el que estuviera vigilada no le iba a impedir pensar en una salida, buscó su bolso encontrándolo encima de uno de los sillones del salón, cuando miró en su interior vio que le faltaban las llaves del estudio de Sandra, se alarmó y se maldijo por no haber sido previsor, ahora Kamal tenía las llaves del sitio donde guardaba la ropa, estaba todo descubierto, estaba todo perdido; recordó que las llaves estaban en un llavero de plástico que tenía una etiqueta donde ponía “Estudio”.

Aún no estaba todo perdido, aún conservaba intacto el dinero y la documentación que muy prudentemente había guardado en el mismo escondite que el dinero, lo recogería cuando fuera al club quizás era algo imprudente por su parte pero no podía hacer otra cosa que arriesgarse a que Kamal volviera a quitarle el bolso, entonces se quedaría sin el dinero y sin los documentos y eso si

que sería el fin de sus planes de libertad.

Pasó todo el día en el salón maquinando como lo haría; fingía que leía pero lo único que hacía era hacer trabajar su cabeza.

Cuando llegó la hora de marcharse se vistió para salir, siempre en presencia de la mirada torpe y avergonzada de Hichem.

Al llegar al club no estaba Kamal, mucho mejor, pensó que tendría más libertad para hacer lo que había venido a hacer.

Cuando terminó su espectáculo volvió al camerino, le pidió a Hichem un poco de intimidad, explicándole que del camerino no podría escaparse ya que no tenía salida, el hombre lo entendió y se quedó en la puerta esperándola; se desmaquilló y se cambió rápidamente, abrió el armario de la ropa y retiró la tapa de madera del compartimento secreto, sacó del interior dos sobres con el dinero y el sobre con los documentos que introdujo en el bolso, cuando iba a cerrar de nuevo la trampa, recordó algo, metió la mano hasta el fondo hasta que sus dedos tropezaron con una bolsa de pequeñas dimensiones, la sacó, la abrió y de su interior extrajo una pistola Glock 19, con el cuerpo fabricado en plástico y su funda rígida de cinturón, sacó la pistola de la funda, liberó el cargador y verificó que estaba completo, siete balas 9 mm. parabellum, lo volvió a montar y la guardó en el bolso, también sacó una caja de munición que también echó al bolso.

Salió del camerino, Hichem la acompañó hasta el coche y partieron de regreso hacia la casa.

El vehículo conducido por aquél gigante circulaba por la A1, eran las dos de la madrugada y la autopista estaba desierta, Ruth sacó con cuidado la pistola del bolso, montó el arma y se la puso en la nuca al chofer.

—No hagas ningún movimiento en falso o te vuelo los sesos —le dijo con voz serena.

Hichem aceptó con un movimiento de cabeza.

—Para en el arcén —le ordenó.

Cuando el vehículo detuvo su marcha le asestó un fuerte golpe en la cabeza que dejó al hombre sin sentido, se bajó del coche, abrió la puerta del conductor, le quitó el cinturón de seguridad y tiró de él con fuerza, aquél cuerpo grande cayó en el asfalto, ella se sentó al volante y se incorporó de nuevo a la autopista, nadie la había visto. Tomó la primera salida y condujo de nuevo hacia París por carreteras secundarias.

Al llegar a la ciudad dejó el coche aparcado en una calle, tomó un taxi y le dijo

que la llevara a la place de l'Etoile, allí se bajó del taxi y buscó una habitación en un pequeño hotel, la mujer que firmó en el registro era Catherine Blanchard.

Kamal no se había pasado por el club aquella noche, después de haber comido con Ali Mohamend y haber estado toda la tarde oyendo sus reproches estaba cansado; se encontraba en un callejón al que no le veía salida, la organización querían hacer desaparecer a Ruth; la consideraban inestable, desde que la apartaron del asunto de España no se comportaba como antes y temían que pudiera poner en peligro a toda la organización en Europa.

Aquello había marcado un punto de inflexión en sus relaciones, desde entonces la había notado más fría, eso le desesperaba dado el nivel de dependencia que tenía de ella.

Por otra parte y según las informaciones que había recibido de su gente, Ruth estaba preparando su huida; al principio el españolito al que había visto en Le Progrés no le preocupaba, al fin y al cabo era un amigo de la infancia al que se había encontrado después de muchos años, un hombre casado con un hijo, con una vida en España que no se iba a complicar por una amiga a la que no había vuelto a ver desde que era un chaval; a pesar de que se le había enfrentado en la Coquette cuando estuvieron hablando, creía que le había dejado bastante claro que lo mejor para él sería volverse de nuevo a España y dejarles en paz.

La que le preocupaba seriamente era Sandra, esa perra lesbiana que se la había intentado arrebatar una vez y que la estaba ayudando a preparar su huida, su entrevista en el Pompidou, las llaves del estudio que tenía en el bolso, la información que había recibido del muchacho que la vio salir del estudio y la maleta con ropa de Ruth que habían encontrado sus hombres escondida en el armario y que ahora tenía delante se lo confirmaban.

Lo que le rompía un poco los esquemas es que se hubiera visto con el español en el Panteón y luego se hubieran ido a tomar un café, posiblemente el hombrecillo se sintiera un gigante y hubiesen formado un triunvirato para lograr la huida de Ruth.

Estaba convencido que tenía que romper ese frente lo antes posible, no podía permitir que Ruth se marchara, aparte de la dependencia que tenía de ella también era una cuestión de seguridad para Ruth, apartada de él sería un blanco fácil para la organización.

La esperaba sentado en el sofá del salón, estaba inquieto porque eran más de las tres de la madrugada y aún no habían aparecido, tenía confianza ciega en que

Hichem no la habría dejado ni a sol ni a sombra, era fiel como un perro. Tenía delante la maleta con las cosas de Ruth y esperaba ver su cara cuando la viese, sonó su teléfono móvil, era Hichem que le decía que Ruth había huido con el coche después de amenazarle y golpearle en la cabeza con una pistola.

Una cólera cegadora se hizo dueña de Kamal, que arremetió contra todo lo que había a su alcance maldiciendo; llamó a sus hombres, a uno de ellos le dijo que fuese a recoger a Hichem a la autopista, a los otros les dijo que por la mañana, cuando Sandra saliera de su casa para dirigirse al trabajo, la cogieran y se la llevaran al estudio donde él estaría esperándoles.

Capítulo XV

Al principio todo el espacio lo ocupaba el dolor y la oscuridad, estaba consciente, sentía un fuerte dolor que le nacía en la sien derecha y penetraba en la cabeza como una aguja para ir a terminar debajo de la mandíbula o eso se imaginó trazando un mapa imaginario de su cabeza, a la vez sentía una fuerte presión en las sienes a cada latido de su corazón.

Intentó entreabrir los párpados y un leve rayo de luz se coló entre ellos incrementando el dolor, poco a poco fue abriendo los ojos, al principio lo veía todo borroso de un blanco que le dañaba la vista, sentía la garganta seca y le dolieron los labios cuando intentó abrirlos; una forma borrosa apareció delante de sus ojos, identificó por las formas que era una mujer pero sin poder precisar nada más, intentó levantar los brazos pero no pudo moverlos más que unos milímetros, los tenía atados, sentía unas ligaduras en las muñecas, los pies tampoco los podía mover, lo intentó con la cabeza hacia un lado y un repentino vértigo le sacudió el estómago, tuvo varias arcadas secas que no hicieron más que aumentarle el dolor de cabeza que sentía. Cerró de nuevo los párpados y la luz desapareció, se volvió todo negro, como al principio, solo quedó el dolor en la cabeza, después nada.

Sin saber el tiempo que había pasado volvió a despertar, abrió los ojos despacio y la luz ya no fue su enemiga, aún veía borroso, intentó comprobar las ligaduras de las muñecas y los tobillos y habían desaparecido, pudo levantar el

brazo derecho solo unos centímetros pero no pudo soportar su peso y lo dejó caer de nuevo.

La sequedad de la garganta era tan grande que le hacía sentir dolor al intentar tragar la saliva, los labios seguían sellados y secos, vio como una mano se le acercaba con una gasa empapada y se la pasó por los labios, sintió alivio e intentó sorber alguna gota de agua, sintió el roce de una pajita de plástico en sus labios, la introdujo en la boca y sorbió, el agua fue inundando la boca y descendiendo a la garganta produciéndole una sensación de placer y descanso.

Una mano conocida le acarició la cara mientras decía:

—Ya pasó todo cariño, ya pasó todo.

—¿Ruth? —Preguntó.

—Soy yo cariño, Susana, ahora descansa.

Capítulo XVI

Ruth dejó el hotel a las nueve de la mañana, tenía que moverse rápido si no quería que dieran con ella, Kamal debía estar desesperado buscándola, habría desplegado todo su poder para localizarla, eso incluía a los informadores distribuidos por toda la capital, gente normal que trabaja, estudia, tienen sus negocios pero también tienen deudas de honor con Kamal, era una red mafiosa al más puro estilo siciliano, pero con árabes.

Kamal les prestaba dinero para iniciar una nueva vida cuando llegaban a Francia y se lo devolvían como podían, pero el favor se lo debían de por vida, si Kamal acudía a ellos no preguntaban solo actuaban, vigilaban y cuando tenían información llamaban, a él personalmente o a su gente. Un pueblo que utiliza el boca a boca para comunicarse, que pasa horas en los cafetines hablando de todo, que las tradiciones pasan de padres a hijos intactas y que saben integrarse en cualquier parte sin levantar sospechas, utilizando cuantas tretas y mentiras sean necesarias para alcanzar sus objetivos, era el poder que tenía Kamal y lo sabía utilizar.

Por eso Ruth tenía que poner en cada paso que daba los cinco sentidos, cualquiera podría ser un informador de Kamal, el recepcionista de un hotel, el camarero de una cafetería, el taxista, incluso entre la policía había gente que podría estar vinculada con el argelino.

Cuando salió del hotel se dirigió a una tienda de teléfonos móviles, compró un modelo básico y una tarjeta de prepago, cuando le pidieron identificarse lo hizo con su nueva identidad; una vez que el teléfono estuvo operativo llamó a Sandra al teléfono móvil, no lo cogió, la llamó al trabajo y le dijeron que hoy no se había presentado a trabajar, por fin llamó al teléfono de su casa también sin éxito; no necesitaba agenda, estaba entrenada para memorizar números de teléfono, direcciones y lugares; en eso si se habían esmerado cuando la prepararon; no llamó a Carlos porque no quería inmiscuirlo más en el asunto, si Sandra le había entregado la carta, seguramente había decidido dejarla en paz y volverse a

España, eso contando con que hubiese sabido leer el mensaje que le enviaba con ella, creía que era suficiente para que su amigo se diese por vencido.

No quería acercarse ni al estudio ni a casa de Sandra por precaución, seguramente era uno de los primeros sitios que estarían vigilados.

Decidió cambiar de barrio y alojarse en otro hotel, tomó el metro y se desplazó hasta el barrio latino, tomó una habitación en un hotel discreto, salió a la calle para comer algo, compró un bocadillo y un refresco y comió sentada en un banco de un pequeño parque, mientras, pensaba en como se le habían complicado las cosas, las nubes negras se cerraban sobre el cielo de Paris y comenzaba a llover por lo que decidió marcharse de nuevo al hotel, tenía que pensar en una salida, pero no sabía cual.

Cuando llegó a la habitación encendió la televisión y se tumbó en la cama, estaban dando las noticias, hablaban sobre la firma del tratado Schengen suscrito por siete países de la Unión Europea para el tratamiento común de los datos policiales. En la siguiente noticia hablaban de el hallazgo por parte de la policía del cadáver de una mujer.

Carlos se había levantado temprano, Louise estaba preparando el desayuno en la cocina cuando sonó el teléfono de la chica. Cuando colgó la llamada le dijo a Carlos:

—Era Philippe, dice que en una hora está aquí para contarnos los avances, nos ha dicho que no salgamos y que si vemos algo raro le llamemos enseguida.

A Carlos le extrañó que en tan poco tiempo Philippe ya tuviera lo suficientemente avanzada una investigación como para decirles algo, no obstante pensó que la policía tiene unos archivos que pueden consultar y si venía de camino para hablar con ellos sería porque habría encontrado información.

Antes de que se cumpliera la hora sonó el timbre de la puerta de la vivienda, Louise se acercó y antes de abrir miró por la mirilla, abrió la puerta para que Philippe pasara, este se dirigió al salón y les invitó a sentarse.

—Anoche, como estaba de servicio estuve consultando en los archivos de la policía la ficha de Kamal y solo encontré, aparte de una anotación cuando tenía veinte años por una pelea callejera, un par de anotaciones más recientes relacionadas con escándalos y alguna pelea sin mayor importancia relacionadas con el local que regenta. Una denuncia de un turista americano al que tuvieron que sacar del local entre cuatro matones porque se había subido al escenario y había manoseado a una de las bailarinas y otra por escándalo en la entrada del

local, al parecer por una discusión entre unos italianos, seguidores del equipo de la Juventus de Torino que habían venido a París para asistir a un partido de fútbol, y los gorilas de Kamal que no querían dejarles entrar al espectáculo porque estaban muy borrachos.

—Así que Kamal es un ciudadano ejemplar —comentó Carlos.

—Yo no he dicho eso, investigando en la ficha vi que existe una lista de gente que está considerada como colaboradores habituales de Kamal e investigando las fichas de cada uno me encontré con que la de uno de aquellos personajes estaba oculta con una nota que decía que estaba transferida a un departamento especial de la policía francesa, del que no os puedo decir el nombre por razones obvias, que depende directamente del Ministro del Interior. Ahí se diluía la pista, me había quedado sin recursos, pero recordé que tuve un compañero de promoción y de habitación en la academia que estaba destinado a ese departamento.

Así que esta mañana le he llamado, me he ido a verle y tomando un café juntos le he expuesto tu caso.

Louise y Carlos no parpadeaban mientras Philippe hablaba, Carlos miró el rostro de Louise y pensó la suerte que había tenido al conocerla y que hubiese accedido a ayudarle. Se sintió un cabrón por haberle hecho daño. Philippe siguió con su relato.

—Al principio mi amigo se mostraba reticente a decirme nada de ese hombre pero al final la amistad y el nivel de camaradería que se adquiere cuando convives con compañeros en un ambiente castrense, fue más fuerte que la orden que tenía de guardar silencio.

Lo que os voy a contar nunca debe darse a conocer bajo ningún concepto, está en juego muchas cosas entre ellas la carrera de mi amigo, por lo tanto, lo que aquí se diga no lo habéis oído nunca.

Ambos aceptaron al unísono con un movimiento de cabeza.

—El sujeto en cuestión se llama Alí Mohamed Dharsa, es originario de Túnez, cumplió dos años de condena por atraco a mano armada en el año mil novecientos noventa y seis en Alemania. Al parecer en la cárcel tomo contacto con un grupo de presos integristas islámicos que acabaron por reclutarlo para Al-Qaeda. Cuando salió de la cárcel se le perdió la pista, se cree que estuvo formándose en Libia, en los campos de entrenamiento de Gadafi para dar el salto a la acción en Afganistán de donde salió en enero de 2003.

Se cree que fue uno de los integrantes de los comandos de apoyo logístico a

los integristas que atentaron en Madrid, aunque este hecho no está probado.

Su localización en París fue por pura casualidad, al parecer tuvo un accidente de tráfico en la Place Concorde y cuando la policía acudió al lugar del siniestro los testigos dijeron que se había alejado corriendo del lugar del accidente. Se le identificó gracias a la grabación de una de las cámaras de seguridad que hay en la plaza, al saber de quien se trataba pasaron la ficha al departamento de mi amigo. Le localizaron pero no quisieron detenerle, actualmente está sometido a vigilancia en espera de que pueda conducirles a algo más grande.

Carlos no paraba de preguntarse donde se había metido Ruth, las palabras pronunciadas por Philippe le ponían los pelos de punta, estaba hablando de algo muy peligroso, palabras que sonaban a muerte, a terrorismo internacional, al 11M. Revivió el terror de aquellos momentos y por su mente desfilaron las escenas de terror en las estaciones de tren de Madrid, el horror, el caos, las lágrimas.

—Pero Alí Mohamed es solo el enlace entre Al-Qaeda y el brazo ejecutor — prosiguió Philippe.

—Cree la Sécurité que el novio de tu amiga, Kamal es uno de los lugartenientes de Al-Qaeda en Europa, un pez gordo. Y hasta aquí os puedo contar, el resto lo dejo a vuestra imaginación, creo que está de más decir que estamos frente a uno de los hombres más peligrosos del mundo, un hombre educado para matar sin escrúpulos, sin compasión.

Cuando Philippe acabó de hablar Carlos estaba inmóvil intentando procesar sus palabras, la expresión de Louise era de verdadero pánico, durante un momento se llevó las manos a la boca sin poder pronunciar palabra.

—Carlos tienes que abandonar París y regresar a Madrid urgentemente —Le dijo, a continuación se dirigió a Louise.

—Y tú adelanta las vacaciones y vete a un sitio alejado y tranquilo, no sabemos lo que esta gente sabe de ti, no sabemos si te han seguido en algún momento, incluso si estás vigilada en el banco. Los tentáculos del pulpo son muy largos.

—Tú por tu parte no vuelvas a intentar comunicarte con esa mujer —Le dijo a Carlos —. No salgas de esta casa, de momento parece segura, he puesto a un agente camuflado para vigilaros, no le vais a ver, no sabréis quién es, pero saber que está ahí me da tranquilidad.

De repente Louise rompió a llorar, Carlos se quedó mirándola impotente sin saber que hacer cuando sonó el teléfono móvil de Philippe, lo cogió y se marchó a la cocina para hablar, al rato salió de la cocina con cara de circunstancia.

—Acabo de recibir una llamada de mi unidad, han encontrado el cadáver de una mujer estrangulada de nacionalidad española en un estudio de escultura en la rue Sauffroy. Carlos ¿crees que puede ser Ruth?

A Carlos se le hizo un nudo en la garganta, un calor extraño le subió desde el pecho hasta la cabeza y una sensación de vértigo le hizo sentir que perdía la fuerza en sus piernas, tuvo que agarrarse a una silla y sentarse para no caerse, estuvo unos minutos con la cara enterrada entre las manos hasta que recuperó la serenidad.

—No lo sé Philippe, no lo sé.

—El juez ya ha levantado el cadáver que se encuentra en la morgue, quisiera que me acompañara para una identificación, tú quédate aquí hasta que volvamos —Le dijo a Louise.

—Yo no me quedo aquí sola, me voy con vosotros.

Cuando salieron a la calle estaba lloviendo, Carlos levantó la vista hacia el cielo de carbón que se había instalado sobre París, le deprimía ese cielo que asociaba a malos augurios desde que Ruth le dijera que se alejara de ellos, el día que se despidió de él a la puerta de su casa en Madrid.

Si puede haber algo tétrico en la vida de una persona es verse obligado a reconocer un cadáver, lo hemos visto cientos de veces en las películas por lo que nos puede parecer algo normal, pero cuando nos toca hacerlo esa normalidad se convierte en algo extraordinariamente desagradable.

Philippe caminaba por los pasillos de la morgue con el paso firme de alguien que había visitado muchas veces ese lugar, detrás de él Carlos caminaba junto a Louise quien andaba con los hombros encogidos como si en aquél lugar le produjese un frío del que no fuera capaz de desprenderse.

Cuando llegaron frente la puerta de la sala Louise dijo que prefería quedarse fuera, entraron ellos empujando unas puertas batientes que daban paso a una sala amplia repleta de cámaras frigoríficas, en el centro de la sala había una mesa de autopsias de acero inoxidable. Todo estaba muy limpio, pero allí dentro Carlos sentía mucho frío.

El policía saludó a un funcionario vestido con una bata blanca que se dirigió a una de las portezuelas, la abrió y tiró de una camilla corrediza, sobre la camilla una bolsa de plástico blanca y opaca mostraba las formas de lo que era un cuerpo humano en decúbito supino.

El funcionario tiró de la cremallera que cerraba la bolsa en el momento en que

Carlos cerraba los ojos y volvía la cabeza, Philippe apoyó la mano en el hombro de Carlos para que mirara el cadáver.

—¿La conoces? —preguntó.

—Si —respondió Carlos.

—¿Es tu amiga? —preguntó de nuevo Philippe.

—No, es la mujer que me entregó la carta de Ruth, es Sandra.

El encuentro con la muerte nunca es agradable y cuando el cuerpo que se tiene enfrente es de alguien conocido, aunque sea de poco tiempo, es más desagradable aún.

Un cuerpo sin vida parece un muñeco, es solo una estructura ósea con una cubierta de piel que ha perdido toda la expresión que da la vida. Esa impresión le causó a Carlos el cuerpo de Sandra al que alguien había dejado sin aliento, sin color en la piel, sin brillo en los ojos, como las figuras de cera que vio en el museo en Madrid el día que sus padres lo llevaron cuando era pequeño.

Salió de la sala con el cuerpo descompuesto y el frío metido en los huesos, Louise estaba al fondo del pasillo sentada en una silla esperando, antes de llegar a su altura, retuvo a Philippe del brazo:

—¿Como ha muerto Sandra? —Le preguntó.

—La encontraron atada a una columna, en el estudio, la habían golpeado y violado varias veces, después la habían estrangulado con un foulard de seda que tenía alrededor del cuello cuando la encontró la policía.

Carlos se tapó la cara con las manos sollozando, no quería pensar que Ruth corriera la misma suerte que aquella pobre chica.

Philippe le dijo que no se tenía que preocupar por Ruth, le puso la mano sobre la espalda para que siguiera caminando, le dijo que tenía que decirle más cosas pero que aquél no era lugar para hacerlo.

Salieron de la morgue junto a Louise que no dejaba de bombardearles de preguntas, cuando Carlos le dijo que la mujer muerta era Sandra, se descompuso y comenzó a llorar diciendo que iban a morir todos.

Fue cuando Philippe dijo que había llegado la hora de que Louise desapareciera; se dirigieron a casa de Louise, Carlos se quedó en el coche mientras Philippe acompañaba a la chica a coger un poco de ropa. Cuando bajaron Louise llevaba una pequeña maleta, subieron al coche y se dirigieron al aeropuerto de Orly donde se despidieron de la chica quién tomó un avión camino de Marsella para alojarse en casa de una hermana de Philippe.

Una vez solos se dirigieron a una de las cafeterías del aeropuerto, sentados

delante de una taza de café Philippe comenzó a hablar.

—Carlos ya has visto lo peligroso que es este asunto, ya es hora de que tú desaparezcas también.

—Yo no me voy a ir a ninguna parte sin saber si Ruth está en peligro, no voy a dejarla sola —le respondió Carlos.

—Ruth no está en peligro mientras esté con Kamal, ese hombre la protege, la cuida; mientras esté con él Ruth está a salvo. Mira, el departamento está seguro de que se trata de una de las células más importantes del terrorismo islámico en Europa. Andan detrás de un peligroso terrorista al que llaman Alkubra, la Cobra, porque sus ataques son rápidos y mortales. Creen que Alkubra es Kamal aunque aún está todo por demostrar, lo que está claro es que es muy listo y muy sanguinario, en estos momento cualquier error o intromisión en la investigación podría dar al traste con años de investigación. La seguridad de Europa se juega mucho en esta partida, detrás de esto no solo está la policía francesa, también está la Interpol y la C.I.A.

—Pero Ruth está en peligro con esa gente, la tienen secuestrada —Insistió Carlos.

—Siento decírtelo pero tienes que marcharte de París o por el contrario la policía te va a detener para retirarte de la circulación. Mira Carlos todo lo que te he contado es alto secreto, lo he hecho por Louise y porque te vi desde el primer momento muy afectado por esta situación, pero ahora te tengo que exigir que te retires a un lado y dejes esto en manos de los profesionales.

Carlos asintió con la cabeza y le rogó al policía que le llevase a su hotel, cuando Philippe detuvo el coche en la Pace Blanche estrechó la mano de Carlos quien se bajó y miró como se alejaba mientras miró el reloj de la plaza, eran las siete de la tarde.

Antes de ir hacia el hotel compró una botella en el colmado del árabe, la noche iba a ser larga, necesitaba pensar y que mejor compañero que el que había tenido en las últimas semanas.

Cuando subió a la habitación llamó a Susana.

—Carlos, ¿que pasa? —Le preguntó su mujer.

—Susana —Dijo él con voz temblorosa, se sentía incapaz de pronunciar otra palabra.

—Carlos, esto tiene que acabar, te están buscando por todas parte, han llamado del banco, dime que pasa.

—Yo..., quiero volver contigo.

—Pues vuelve a casa, esta es tu casa y tu familia, te estamos esperando, tus padres están muy preocupados.

—Si, voy a volver, pero antes tengo que resolver un asunto importante aquí.

—¿Qué asunto puede ser más importante que tu hijo o yo? —le interrogó entre sollozos.

—Confía en mí, voy a volver, confía en mí.

Cortó la comunicación con un nudo en el estómago y unas ganas locas de abrazar a su mujer, apartó la botella de su lado y se dispuso a hacer la maleta, estaba decidido, se volvería a Madrid, cuando tuvo todo preparado se metió bajo la ducha, dejó correr el agua por su cuerpo deseando que ese agua se llevara a las alcantarillas todo lo malo que había vivido durante las últimas semanas, hasta el recuerdo de esa mujer que le había vuelto loco con solo su presencia.

Pero el destino es caprichoso y nosotros no somos dueños de él y ese destino que nos zarandea por la vida se manifestó en una llamada de teléfono, salió del baño, miró la pantalla, era un número desconocido y el corazón le dio un vuelco, tocó la tecla de llamada y se llevó el auricular al oído.

—Carlos te necesito, te espero en el mismo sitio que la última vez —. Y colgó.

Era Ruth la que le había llamado, se vistió, dejó la maleta en la habitación y salió del hotel como una exhalación.

Cuando llegó a la tumba de Dalida, Ruth le estaba esperando sentada en un banco, las mismas gafas oscuras que la vez anterior cubrían gran parte de su cara ocultando su belleza, él se sentó a su lado y la abrazó.

—Llévame contigo, necesito escapar, irme muy lejos de aquí y sola no voy a poder, no tengo a nadie más.

Carlos la ayudó a levantarse del banco, salieron del cementerio abrazados como una pareja de enamorados, sabía que no podía llevarla al hotel porque podía estar vigilado aunque nunca había visto nada sospechoso debía evitar cualquier cosa que delatara que Ruth estaba con él, decidió tomar un taxi y se dirigieron a La Défense, el corazón financiero de París, allí cogieron una habitación en un hotel.

Cuando entraron en la habitación Ruth apagó las luces y se acercó al balcón, recorrió las cortinas y se quedó de pie mirando hacia la calle.

—Cuéntame lo que está pasando Ruth, en qué estás metida; ¿supongo que sabes que Sandra ha muerto?

—Si, lo sé, ha muerto por mi culpa, por ayudarme, Kamal la ha asesinado —

respondió, se quitó las gafas y Carlos pudo ver sus ojos enrojecidos por el llanto.

Ella tomó de la mano e hizo que se sentara en la cama, se sentó a su lado y se acercó para besarla, Ruth le puso en la mano en el pecho evitando el contacto de sus labios.

—Necesito que me ayudes a salir de París y llegar a Madrid, desde allí iré a Lisboa después desapareceré en algún país de América Latina.

—Se quien es Kamal, se que es un terrorista, tienes que marcharte cuanto antes.

—Tú te quedarás en Madrid con tu familia, vivirás tu vida y te olvidarás de mí.

—Jamás te olvidaré, no puedo, yo...

—No digas que me amas —le interrumpió ella— porque no es cierto, tú amas a tu mujer yo solo soy un objeto de deseo, un veneno que ha entrado en tu vida a través de los recuerdos de tu pubertad. Yo no soy la que te imaginas que soy, aquella chica del parque murió hace muchos años.

Se levantó de la cama y se acercó al balcón por donde entraba el resplandor de las luces de la calle que solo dejaba ver su silueta dibujada a contraluz.

Ruth comenzó a hablar; le contó su viaje por Europa y como acabó en Berlín, le hablo de Klaus, de su vida con él, de Génova, el asesinato de Klaus, su regreso a Barcelona.

Ya no pudo evitar el resto de la historia, sabía que se arriesgaba al rechazo frontal de Carlos cuando supiera quien era ella, pero no podía negarle el derecho a saber toda la verdad a una persona que estaba poniendo su vida en peligro en ese momento, en esa misma habitación de hotel, no podía seguir ocultándoselo por más tiempo, le tenía que dar el derecho de elegir si la ayudaba o no.

Y se lo contó todo.

Capítulo XVII

Cuando salí de Berlín y llegué a Barcelona estaba destrozada, recurrí a una antigua compañera del burdel de doña Mercé para que me dejara quedarme en su casa unos días hasta que encontrara un trabajo para mantenerme, los tres primeros días, estuve tirada en la cama, deprimida, no tenía ganas de nada, no me importaba nada, todo lo que yo conocía no tenía sentido, era malo, sucio, oscuro; nada era como yo lo había pensado, los valores que me inculcaron durante mi infancia eran mentira, eran falsos, para mí la frontera entre el bien y el mal se había diluido.

Los que se suponía que debían procurar nuestro bienestar eran unos hipócritas y unos asesinos, capaces de quitar la vida a cualquiera que se interpusiera entre ellos y sus intereses. La lucha que mantenía Klaus era lícita porque empleaba los mismos medios que los que utiliza la clase dominante, la violencia; una violencia que se ejercía de muchas maneras, violencia era golpear a la gente que protesta por unos ideales, encarcelar a la gente por pensar distinto que los gobernantes, pero violencia también era que la gente se muriera de hambre, que no tuviera posibilidades de conseguir un trabajo para mantenerse, violencia era que la gente de los países subdesarrollados perdieran la vida intentando llegar a este mundo que no los quiere, al que no les importa su vida.

El cuarto día me levanté con un pensamiento, tenía que tomar una decisión y tenía tres caminos para elegir, o me quedaba enterrada en un rincón lamentándome, o seguía lo que había iniciado con Klaus, buscaba grupos de oposición y actuaba, o por el contrario, me buscaba un trabajo que me permitiera vivir y me sumergía en las calmadas aguas del ciudadano medio que no sabe nada o no quiere saber y se dedica a sobrevivir. Ese era el camino más fácil y fue el que escogí, quizás porque a pesar de mi juventud había vivido y sufrido tanto que me merecía un descanso.

Encontré un trabajo en un restaurante en del puerto deportivo, sirviendo las mesas; después de dos meses de trabajo, mejor dicho, de esclavitud, porque

trabajaba dieciséis horas diarias por un salario que apenas daba para cubrir mis gastos y sin tiempo libre apenas para mí, decidí que aquello tenía que cambiar.

La naturaleza me había dado un cuerpo que los hombres deseaban, seguía sintiendo sus miradas clavadas en mi cuerpo cuando me acercaba a las mesas, intentaban ligar conmigo, se lo veía en sus ojos, en como movían la cabeza siguiéndome con la mirada, en sus sonrisas cuando pagaban la cuenta. ¿Porqué no iba a aprovecharme de algo que se me había regalado?, nunca había tenido escrúpulos a la hora de mostrarme tal como soy, ¿porqué los iba a tener ahora?, el sexo había sido para mí un vehículo con el que circular por la autopista del placer y el bienestar, entonces ¿porqué negármelo?

Fue cuando conocí a Kamal, estaba sentado en una mesa con otros dos hombres y estaba siendo atendido por un compañero, nuestras miradas se cruzaron y me gustó, era un hombre guapo, la tez morena, los ojos grandes, las facciones duras pero atractivas y una sonrisa luminosa me hicieron convencer a mi compañero para me dejara atender esa mesa, sabía que ahí estaba mi oportunidad de cambiar el delantal por un trapito de Versace.

Me acerqué a su mesa con las bebidas que habían pedido a mi compañero, y oí que estaban hablando en francés, les saludé en el mismo idioma con una de mis mejores sonrisas, se alegraron de poder hablar con fluidez y estuvieron preguntándome sobre los platos de la carta, yo les expliqué con detalle, centrando mi atención en Kamal; ya lo tenía en el bolsillo, durante la comida no me quitaba ojo, me seguía a todas partes con la mirada y me sonreía desde la mesa cuando veía que me acercaba.

Cuando le devolví la tarjeta de crédito junto con la factura en una bandejita de plata, él depositó en la misma un propina de cincuenta euros, debajo del billete había una tarjeta de visita donde había escrito el nombre del hotel donde se alojaba en Barcelona.

Dejé pasar un día antes de llamar al hotel y preguntar por él, me arriesgaba a que se hubiese marchado de Barcelona y ahí se hubiesen esfumado mi plan de vuelo, pero tenía que darle un poco de misterio, despertar aún más el deseo que sentía por mí; cuando en la recepción del hotel me dijeron que me pasaban la llamada sentí alivio.

Me citó a su habitación con la intención de invitarme a cenar donde yo eligiese, acepté e inmediatamente llamé al restaurante para decirles que dejaba el trabajo; era un riesgo porque no sabía nada de aquel hombre, no sabía si estaba casado o tenía pareja, y lo que buscaba era solo una noche de sexo, pero las cartas

están para jugarlas y yo tenía una carta ganadora.

Volvía a pisar fuerte, me sentía de nuevo segura de mí misma, tan segura como que sabía que había comenzado para mí una nueva vida.

Me había esmerado en arreglarme, había cargado con munición pesada todas mis armas, me había maquillado cuidadosamente y me había puesto un vestido, tan corto y tan ajustado, que era como una segunda piel, los tacones altos hacían que mis piernas fueran dos columnas torneadas que flanqueaban el camino hacia el placer.

Kamal me besó la mano y me invitó a que pasara, tomó asiento en un sillón rogándome que me sentara a su lado, no le hice caso y recorrí lentamente la habitación, me acerqué a la puerta de la terraza desde donde se admiraba una espectacular vista de Barcelona con la Sagrada Familia dibujada contra la luz del ocaso.

Sentado en el sillón me admiraba en silencio, me puse delante de él y me desnudé lentamente mientras él sonreía. No salimos de la habitación, dos horas después nos subieron la cena, estuvimos hablando hasta quedarnos dormidos al alba.

Me propuso que le acompañara en su viaje y accedí, fuimos a Sevilla donde tenía que ultimar unos negocios y después a París, a su casa.

No tenía que preocuparme de nada, tenía todo lo quería, no me negaba nada, ropa, coche, cenas en los mejores restaurantes de París, fines de semana en la Costa Azul, era una vida de placer. Kamal me trataba como una a reina y a mí me gustaba, intenté enamorarme de él, pero no pude, yo no puedo enamorarme de nadie, parecía como si la naturaleza al regalarme el don de la belleza me hubiese quitado la capacidad de amar.

Él sin embargo se enamoró de mí y me pedía cada día más, quería que me entregase a él como cualquier mujer se entrega al hombre que ama, yo lo intentaba pero no podía y él se dio cuenta.

Mi vida era envidiable, cualquier mujer habría disfrutado plenamente de una vida disipada como la mía, pero a mí me faltaba algo, me faltaba lo que me había acompañado toda mi vida, me faltaba la otra dimensión del sexo, lo morboso, lo sucio, lo inconfesable.

Una noche descubrí de que forma podía aquello y fue la primera vez que puse el pie en La Coquette Pusycat.

Era uno de los negocios que tenía Kamal, un club de los pocos que quedaban en París de aquellos que atraían a los visitantes de la ciudad en las década de los

sesenta y los setenta, fue su primer negocio que le compró a un judío que lo explotaba en la época dorada del París del sexo y que se deshizo de él cuando la libertad sexual se extendió por toda Europa.

El local seguía teniendo ese sabor antiguo y morboso de aquellos años, ya no era rentable pero Kamal lo seguía manteniendo porque para él era un símbolo de lo que había conseguido levantar y también porque le servía como tapadera para llevar a cabo otros negocios mucho más lucrativos y a la vez mucho más peligrosos como me pude percatar más tarde.

Una noche que habíamos estado cenando fuera le dije que me llevara al club, estuvimos tomando una copa mientras veíamos el espectáculo, eso me excitó mucho. Cuando volvimos a casa me abalancé sobre él en las escaleras, estaba tan excitada que no le di tiempo a llegar a la habitación, follamos como posesos; me confesó que jamás había estado con una mujer que le hubiese hecho disfrutar como yo lo hacía; fue cuando aproveché para decirle que quería trabajar en el club, y fue cuando tuvimos nuestra primera discusión.

Kamal estaba loco de ira, me dijo que estaba loca y que no iba a consentir que su mujer se comportara como una puta, que follara delante de otros hombres, le horrorizaba pensar que cualquiera se pudiese excitar mientras me miraba.

Había tocado su punto más sensible; aunque Kamal no era un musulmán practicante, consumía alcohol, no observaba la obligatoriedad del rezo ni frecuentaba la mezquita; su mentalidad posesiva para con las mujeres era la misma que tenía su abuelo, mejorada en cuanto al tema del taparse; le gustaba exhibirme cuando iba con él, pero en lo referente a compartirme con otro hombre le sacaba de sus casillas. Yo alegaba a mi libertad para hacer lo que quisiera con mi cuerpo y él invocaba al honor de su familia y de sus antepasados. Al final tuve que callarme porque se estaba poniendo violento y eso no me convenía, pero me juré a mi misma que se iba a arrepentir.

A la mañana siguiente aprovechando que se había marchado pronto de casa, metí cuatro cosas en un bolso y me marché, fue cuando conocí a Sandra, fue cuando le jodí la vida a Sandra.

Sin dinero, sin un sitio donde ir me dediqué a vagar por la ciudad, estaba atardeciendo y hacía frío, me senté en un parque y una chica se me acercó, comenzamos a hablar y cuando se dio cuenta de que era española le dio mucha alegría, ella también era española, de Zaragoza; me contó que estaba estudiando Bellas Artes, le conté que me había marchado de la casa donde vivía con mi pareja y me propuso que me fuera con ella, tenía un estudio que era de sus

padres allí vivía y trabajaba en sus esculturas; accedí y me marché con ella.

Lo pasábamos bien juntas, nos reíamos por cualquier cosa, paseábamos, iba a esperarla a la escuela y dábamos largos paseos, nos sentábamos en los parques mientras ella hacía bocetos de las estatuas. Un día me preguntó si quería posar para ella, le dije inmediatamente que sí.

Me dijo que me desnudara y me tumbara encima de un cajón grande, recostada sobre el codo y mirando al frente, colocó una pieza de barro encima de un torno y comenzó a trabajar sobre ella, me gustaba ver sus manos ágiles mientras modelaba mi figura, de alguna forma me sentía excitada pensando que el barro era mi cuerpo y que ella lo acariciaba con aquellas manos sensibles. Se acercó a mí para recolocarme y en ese momento la besé. Nunca me habían atraído las mujeres, había tenido relaciones lésbicas con algunas compañeras para satisfacer a algún cliente caprichoso, pero solo era eso, trabajo, aunque sentía placer; al fin y al cabo las terminaciones nerviosas del cuerpo no entienden de sexo, se dedican a enviar impulsos al cerebro que éste transforma en sensaciones placenteras.

Pero besar a Sandra me gustó mucho, aquella tarde nos amamos y a partir de aquél día, cada día; inevitablemente Sandra se enamoró de mí y yo no pude enamorarme de ella.

Una noche cuando volvíamos al estudio después de una fiesta en casa de unos amigos de Sandra, en la puerta nos rodearon cuatro tipos, por el idioma que hablaban entre ellos noté que eran árabes, sujetaron por los brazos a Sandra, a mí me pusieron una navaja en el cuello y nos hicieron que les abriéramos la puerta del estudio. Nos hicieron entrar y nos obligaron a sentarnos en el sofá, uno de ellos hizo una llamada, nosotras les decíamos que se llevaran lo que quisieran pero que no nos hicieran daño, estábamos muy asustadas pero ellos no hicieron nada, solo se sentaron donde pudieron y esperaron; al cabo de media hora de incertidumbre sonaron unos golpes en la puerta, uno de ellos fue a abrir y entró Kamal; se acercó a mí y me acarició la cara, me preguntó si estaba bien, me tomó de la mano y me llevó hacia la puerta, se detuvo antes de salir y dirigiéndose a Sandra le dijo:

– No te acerques nunca a ella ¿me has oído?, jamás, Ruth es mía y tiene que estar conmigo.

– No es tuya, tú no eres quien para llevártela por la fuerza, ella es libre de estar con quien quiera, déjala –Le gritó Sandra.

Kamal se volvió hacia mí y me preguntó:

– ¿Quieres estar con ella, o prefieres venirte conmigo y ser mía?, a cambio yo acepto tus condiciones.

Sandra no sabía a qué se refería Kamal cuando pronunció aquellas palabras, le había hablado del club pero no de mi intención de trabajar allí.

Por mi parte no me apetecía irme con el argelino, estaba bien con Sandra pero cuando esos cuatro matones nos metieron en el estudio e hicieron la llamada lo entendí todo, comprendí que había desafiado a alguien muy poderoso y que si seguía desafiándolo, eligiendo quedarme con Sandra, a la primera que le iba a hacer daño era a ella. Así que asentí con la cabeza a la pregunta de Kamal y salimos por la puerta dejando a Sandra llorando en el sofá.

Cuando empecé a trabajar en el club Kamal estuvo una semana sin aparecer por allí, los celos le corroían, hasta que un día le vi la cara mientras encendía un cigarrillo sentado en su mesa habitual, yo sabía que en su interior se estaba librando una batalla por eso ese día me esforcé para él.

Una noche se presentó Sandra en el club, estaba desesperada, más delgada y demacrada, mientras yo actuaba se acercó al escenario intentando agarrarme de la mano gritando que me fuera con ella e insultando a los allí presentes, la tuvieron que sacar entre dos de los matones que estaban siempre en la sala.

En dos ocasiones me vino a buscar, esta vez escondida en el callejón donde está la entrada trasera y me abordándome cuando iba a entrar, también tuvieron que contenerla los hombres que me acompañaban.

La última vez que se me acercó en el callejón la metieron en el coche y se la llevaron para darle un escarmiento, yo les pedía que no le hicieran daño; ese día estaba tan nerviosa y asustada que no pude salir al escenario; luego me enteré que le habían dado unos cuantos golpes y la habían dejado en una de las orillas del Sena.

A partir de aquél día volvió la normalidad y fue pasando el tiempo; de vez en cuando Kamal desaparecía, nunca me decía donde iba ni lo que hacía, generalmente solían ser escapadas de una o dos semanas, aunque alguna vez se alargaban.

La casa de Kamal está a una hora de carretera de París, hacia el Norte, es una finca grande con una casa antigua pero muy bien conservada, la casa tiene dos pabellones, nosotros ocupamos el pabellón Norte, el pabellón Sur lo habitan los hombres que trabajaban para Kamal; cuatro armarios que acompañaban al jefe donde quiera que fuese, pero también había otros que iban y venían, eran gente

que estaba de paso, pasaban en la casa dos o tres noches y desaparecían para no volver jamás.

Ese hecho y algunas conversaciones que había oído distraídamente me hicieron pensar que algo no muy claro envolvía la figura de Kamal. En realidad yo no sabía a que se dedicaba el hombre con el que compartía mi vida yo solo me dedicaba a vivir a cuerpo de reina, llena de lujos y atenciones.

Hasta que un día oí como dos de los hombres de Kamal charlaban distraídamente cerca de la piscina sobre un viaje que habían hecho semanas atrás a Libia; ellos no se dieron cuenta que yo estaba tomando el sol desnuda en un rincón del jardín, les oí hablar de explosivos, del desierto, del campamento; no hice caso en ese momento pero luego en la tranquilidad de mi habitación me vinieron a la mente las palabras de aquellos hombres.

Cuando la cabeza de una mujer empieza a trabajar hila más fino que cualquier telar, comenzaron a volver a mi mente el recuerdo de frases sueltas, de conversaciones en voz baja oídas con anterioridad, movimiento de cajas que entraban en el cobertizo y salían a los pocos días, yo no conocía ningún otro negocio de Kamal que no fuera el club, sabía que tenía otros negocios pero no sabía ni de que, ni donde; lo que si estaba claro era que los ingresos del club no podían ser suficientes para pagar a todo el personal que trabajaba allí y mucho menos para financiar el tren de vida de llevábamos nosotros.

Empecé a pedirle a Kamal que me llevara a uno de sus viajes, él por supuesto se negaba en redondo, su actitud era de negación total a la posibilidad de que yo le acompañara, pero ya se sabe que cuando una mujer se propone hacer cambiar de idea a un hombre solo tiene que proponérselo. El camino se me mostraba sin escollos.

Kamal estaba loco por mi y yo sabía como explotar ese deseo, las armas para echar abajo el muro de la negativa las llevaba puestas, solo tenía que usarlas y al final lo conseguí. Le hice prometer que en el próximo viaje le acompañaría, accedió pero con condiciones. Me dijo que podía acompañarle en el viaje pero no a las reuniones que mantenía durante el mismo, me hizo prometer que sería discreta y que no haría preguntas, que me limitaría a estar en el hotel, salir a dar una vuelta y volver de nuevo al hotel para cuando él volviese.

Estuvimos en Irlanda, Siria, Arabia Saudita, y Marruecos, cuando volvimos le pregunté abiertamente a que se dedicaba y le dije que no me mintiese, que ya no era una niña y estaba preparada para todo. Él me contestó que tenía negocios de importación-exportación con muchos países, yo pensaba entonces que el negocio

tenía que ver con las drogas, pero cuando se lo dije se echó a reír.

Entonces fue cuando comenzó su trabajo conmigo. Pasábamos largas noches hablando de la situación mundial, de los valores de la sociedad occidental, del mundo árabe, de la explotación de occidente sobre oriente, de la liberación y de la destrucción de la cultura occidental.

Sus palabras sonaban en mis oídos como música celestial, sus razonamientos eran claros y comencé a sentirme atraída por todo lo que decía

Yo odiaba los falsos valores de occidente que hacían que la mentira estuviese siempre por encima de la verdad, la hipocresía sobre la nitidez, la falsa moral sobre la libertad y llegué yo sola a la determinación de que el único camino para salvar todo eso era la destrucción de esa cultura y de los aparatos que legitimaban la opresión de los poderosos sobre los débiles; de los hipócritas como mis padres, como los obispos viciosos, los políticos corruptos y los asesinos a sueldo de los poderosos que habían matado a palos a Klaus en la cárcel.

Era lo mismo por lo que luchábamos en Alemania, lo mismo por lo que Giuliani entregó su vida en Génova y lo mismo por lo que apaleado a Klaus hasta matarlo.

El motivos eran los mismos, método también pero esta vez era una lucha de igual a igual, con armas, no con piedras y palos.

Una noche cuando volvíamos del club, me sentó en el salón y de un cajón oculto tras un mueble sacó una pistola automática, la puso sobre mi mano y con voz grave me dijo que ese era el único camino posible y yo le di la razón.

Dos meses después de aquél día sobrevolábamos en helicóptero las arenas del desierto de Libia, aterrizamos en un campo de entrenamiento que ocupaba una vaguada entre grandes dunas, el campamento estaba formado por cuatro barracones y un campo de tiro; bajo la gestión del gobierno de Gadafi y que eran utilizados por grupos terroristas internacionales para su formación.

Yo era la única mujer del grupo junto a cuatro hombres y Kamal, una hora después de nuestra llegada, conduciendo un vehículo todo terreno llegó un hombre más, cuando le vi me di cuenta de que no estaba de acuerdo con que yo estuviese allí; se reunió con Kamal y estuvieron discutiendo bastante tiempo en árabe, cuando terminaron de discutir Kamal me lo presentó.

Era Ali Mohamed, más tarde y a solas Kamal me dijo que era miembro activo de una importante organización islamista, también me dijo que no le tomara en cuenta si me hacía desplantes o desprecios, dentro de la organización había

elementos ortodoxos con mucho poder y aquel hombre pertenecía a ese grupo.

Los entrenamientos eran muy duros, nos levantaban a las cuatro de la madrugada, cuando la temperatura en el desierto apenas llegaba a los cero grados y terminaba a las once de la mañana cuando la temperatura ya sobrepasaba los cuarenta y cinco grados, a esas temperaturas se comienza a perder el control del cuerpo y se corre el riesgo de deshidratación, haciendo que la línea entre la vida y la muerte sea demasiado delgada.

Practicábamos con toda clase de armas automáticas, pistolas, fusiles y ametralladoras; por la tarde aprovechábamos para estudiar estrategia de guerrilla urbana adoctrinamiento y manejo de explosivos.

En un entrenamiento de ese tipo el sufrimiento es extremo y solo se puede soportar cuando la voluntad supera al sufrimiento y eso solo se consigue con el convencimiento de que lo que se está haciendo es lo correcto y el motivo es para alcanzar un fin superior.

Dentro de nuestro grupo solo Ali Mohamed tenía una motivación religiosa, el resto también eran musulmanes pero no eran practicantes, mientras él rezaba cinco veces al día, el resto nos dedicábamos a descansar, me enteré por Kamal que éran un comando de acción que realizaban misiones en nombre de un grupo terrorista, pero no pertenecían a la organización, les movían otros intereses de los que supe más tarde.

A mí el interés que me movía era el odio contra todo lo que oliera a occidente y la posibilidad de contribuir a su destrucción.

Plena de confianza soporté el período de entrenamiento contra el pronóstico de Ali Mohamed que auguró mi fracaso basándose en que las mujeres no tenían la voluntad de los hombres. Estaba claro que en este caso se equivocó.

Un mes más tarde llegó mi primera misión, Ali Mohamed era el encargado de transmitirnos las órdenes que le llegaban desde la dirección del grupo y proveernos de la infraestructura necesaria para realizarlas.

Se trataba de eliminar a un pez gordo del Fondo Monetario Internacional en Ginebra; viajamos a Ginebra vía Barcelona; Kamal y yo viajamos juntos, los otros dos integrantes del comando viajaron por otros medios; en Ginebra nos encontraríamos con Ali Mohamed que se había encargado de toda la logística con grupos de apoyo residentes en la ciudad Suiza.

Nos tenían preparado un piso franco, cuando llegamos allí estaban las armas y la información, por las fotos del objetivo, que había tomado el grupo de apoyo, se trataba de un hombre obeso, una persona de hábitos fijos.

Estuvimos siguiéndole una semana, el hombre acudía a su trabajo en su coche cada mañana, aparcaba en un parking subterráneo, salía al exterior, cruzaba un pequeño parque para salir por una de las entradas frente al su oficina; Kamal y yo íbamos a ser los encargados de realizar el trabajo, esperaríamos a la víctima sentados en un banco del parque, como una pareja de enamorados, cuando el hombre pasase a nuestra altura, nos acercáramos por detrás para dispararle a la cabeza, después huiríamos en la dirección por donde había venido é hasta la salida del parque donde nos esperarían nuestros compañeros con un coche dispuestos para la huida; era un trabajo fácil, el banquero se movía sin escolta confiado en la seguridad de un país como Suiza.

El día señalado era martes, le vimos aparecer a la hora habitual caminando hacia nosotros, antes de llegar a nuestra altura, por la puerta del parque apareció una pareja de policías, venían charlando amigablemente mientras patrullaban, Kamal me dijo que abortábamos la operación en el momento que aquel hombre llegaba a nuestra altura, con un movimiento rápido me deshice del abrazo de Kamal, me levanté con la mano metida en el bolsillo del abrigo, me acerqué al objetivo por detrás y le disparé un tiro en la nuca. Con el sonido de la detonación aquél hombre voluminoso se desplomó como un fardo y antes de que los policías pudiesen reaccionar corríamos en dirección contraria hacia donde se encontraban nuestros compañeros. Uno de los policías se arrodilló junto al cuerpo del banquero mientras el otro corría detrás de nosotros pistola en mano gritándonos que nos detuviéramos. Mientras entrábamos en el coche uno de mis compañeros abrió fuego contra el policía que nos perseguía impactándole en el pecho.

Ya en el piso nos enteramos por las noticias que el policía estaba ingresado muy grave en el hospital y que el banquero había muerto en el parque.

No sentía nada, los nervios que tuve mientras esperábamos en el parque, desaparecieron cuando noté el peso de la pistola en mi mano, era el peso del poder; no sentí pena, ni arrepentimiento, nada, solo sentía que era poderosa.

Tras una reprimenda por parte de Kamal y una bronca de Ali Mohamed, quien decía que había puesto en peligro a todo el grupo e insistía en que la presencia de una mujer ,solo iba a traer la desgracia sobre ellos, pasamos los dos días siguientes en Ginebra, disfrutando de la ciudad antes de volver a Paris.

Después de aquella vez vinieron otras, otros hombres, otras ciudades, otros países. Nunca sentí nada al hacer aquello, para mi la vida no significaba nada, estaba inmunizada; cuando apretaba el gatillo siempre pensaba en Klaus y nunca

dudé a la hora de disparar o pulsar el botón de llamada desde un teléfono móvil para hacer estallar una bomba colocada en una estación de metro, o en una cafetería, atestada de hombres, mujeres y niños. No pienses que sentía placer con ello, no soy una sádica, simplemente me daba igual siempre que con aquello desestabilizara el sistema, hiciera tambalear las bases de una sociedad hipócrita, sucia y asesina.

Todo era normal, después de realizar una misión volvíamos a París, a la cotidianeidad, al club, a mi espectáculo erótico, a la placentera vida en la casa y a los paseos por las calles de París. Éramos los brazos ejecutores de Al Qaeda en Europa sin una vinculación directa con la organización, en realidad éramos mercenarios, a través de Alí Mohamed se recibían las órdenes y era él también el que se encargaba del pago por nuestros servicios; dinero y drogas; ese era el gran beneficio de Kamal.

Heroína de Afganistán, cocaína de Colombia, opio de Indochina; Kamal dirigía otra organización para la distribución a gran escala de la droga en Europa. Esa droga era otro de los instrumentos para la destrucción de occidente, generaban unos impresionantes beneficios a la organización y era distribuida desde una de las ciudades más importantes de Europa sin problemas, todo bajo el estricto control y vigilancia de Kamal.

Una noche nos reunimos en la casa para discutir algunos planes que se iban a llevar a cabo en el futuro, en la reunión estaba Kamal, Ali Mohamed, dos de los hombres de Kamal y yo; después de discutir algunos asuntos de la llegada de suministros de droga Ali se levantó de la mesa y me invitó a salir del salón.

Salté como un resorte pidiéndole explicaciones del porqué tenía que abandonar la reunión si los asuntos que allí se trataban eran de mi incumbencia; Kamal me pidió que me callara y que abandonase la sala. Le respondí que no me daba la gana y que ya estaba harta de aguantar al machito de Ali, se levantó de la silla y me abofeteó delante de todos haciéndome sentir humillada.

Abandoné el salón con ganas de matar a todos esos cerdos que siguieron mis pasos con una sonrisa en la boca.

Días más tarde me enteré que estaban preparando el “Asunto Madrid”, como ellos le llamaban, Kamal viajó a España, estuvo fuera una semana; se preparaba un atentado en Madrid, pensé que sería la ejecución de algún político o banquero en la capital, una operación rutinaria de la que me habían querido sacar porque era española y aún no se fiaban de mi fidelidad. Ese hijo de puta de Ali Mohamed andaba diciéndome siempre que uno de los primeros objetivos de Al

Qaeda era recuperar Al Andalus, pensando que con aquello me hacía daño, no sabía que a mí no me afectaba en absoluto. Ese cabrón misógino no podía soportar que una mujer tuviese el protagonismo y la fama que yo me había ganado entre el grupo y en la organización, él lo achacaba a que me follaba a Kamal y no a que yo fuese uno de los brazos ejecutores más letales, por eso le molestaba tanto que comenzaran a llamarme "Alkubra".

Operación Madrid se llevó a cabo a mis espaldas, cuando aquella mañana del once de marzo del año pasado, mientras desayunaba, vi las imágenes por la televisión algo se rompió dentro de mí; no pude contener en el estómago el alimento que estaba tomando y vomité en la cocina. Aquella noche no fui al club, cuando Kamal llegó a casa yo estaba encerrada en la habitación, intentó entrar pero no se lo permití, tenía la puerta cerrada por dentro; sentí tanto dolor que fuera lo que fuese que se me rompió en mi interior cambió mi modo de ver las cosas.

Me lo ocultaron todo por temor a que si aún me quedara dentro una pizca de cariño hacia mi gente, pudiese hacer que se tambalease la lealtad que debía tenerle a la causa; tenían razón, si no me lo hubiesen ocultado, no hubiese podido soportar los preparativos de aquella masacre.

Durante días me movía por inercia, parecía un fantasma de mi misma, me sentía sucia y despreciable, Kamal me dejaba tranquila esperando que fuese yo misma la que asimilara la situación y poco a poco así fue, seguí con mi vida, aparentando que nada me importaba, pero en realidad si me importaba; tomé la decisión de terminar con todo aquello y me fui distanciando de las acciones del grupo, tampoco fue muy difícil ya que lo de Madrid había sido tan brutal y con tanta repercusión en todo el mundo que nos ordenaron por el momento parar la actividad.

Volví a mi trabajo en el club, lo que no pude retomar fue mi vida con Kamal, lo odiaba profundamente, me daba asco que me acariciase, que me besase y tomé la decisión de preparar mi huida.

Fue cuando apareciste tú e hiciste que mente viajara muchos años atrás, cuando era una niña.

He pensado mucho en estas semanas y dentro de mí no hay sitio más que para el arrepentimiento, me arrepiento de haber hecho con mi actitud que mis padres no fuesen capaces de rehacer su vida y ahora solo me gustaría verlos para pedirles perdón.

Pedir perdón... si pudiera, pediría perdón a cada una de las personas que dejé

tiradas en el suelo con una bala en la cabeza o destrozados por una bomba. Se que nunca podré descansar, que la conciencia no me va a dejar tranquila ni un momento, pero tendré que vivir con ello.

Capítulo XVIII

Carlos intentaba procesar toda la información que Ruth le iba relatando y que iba mucho más allá de lo que cualquier persona normal puede soportar sin que se le muevan los cimientos de la conciencia; intentaba asimilar lo que estaba oyendo sin sentir un rechazo frontal, buscaba una justificación que le hiciera entender que era lo que había llevado a Ruth a convertirse en una asesina pero no lo encontraba.

Ruth estaba hablando de terrorismo islámico, algo que con solo nombrarlo estremecía a cualquier persona de occidente que creyese en los principios de la razón, le estaba contando que pertenecía a un grupo de acción directa financiado por Al Qaeda, el grupo terrorista más temido de occidente y su líder la persona más buscada del mundo; el mismo grupo del que había hablado Philippe.

No pudo evitar recordar las terroríficas imágenes mil veces difundidas por la televisión, aquel avión incrustándose en una de las Torres Chrysler de Nueva York, de las torres cayendo a plomo sobre la gente que estaba en su interior, de los cuerpos cayendo al vacío, de la gente huyendo por las calles mientras eran perseguidos por una demoledora nube de humo, polvo y escombros.

Se preguntaba hasta que nivel de fragilidad mental podía llegar a una persona para dejarse llevar por la creencia de que solo eliminando a la mitad de la población mundial podría salvarse la otra mitad, era cosa de locos.

Se dio cuenta de que estaba en una encrucijada difícil de solucionar, la mujer con la que estaba en la habitación era una peligrosa terrorista buscada por la policía y los servicios de inteligencia más potentes del mundo; esa mujer le había pedido ayuda a él que era un ser diminuto, era como si un enano tuviese que salvar a un gigante, no se veía con fuerzas para prestarle a Ruth la ayuda que necesitaba.

Pensó en Sandra, esa pobre chica que lo único malo que hizo fue enamorarse de Ruth e intentar ayudarla cuando se lo pidió, una mujer asesinada por hacer lo mismo que le estaba pidiendo hacer a él.

Quizá una buena salida sería hablar con Philippe y pedirle ayuda; él podría regresar a Madrid y Ruth podría tener la protección de la policía si a cambio le proporcionaba información sobre Kamal y su organización; aunque la policía estaba sobre la pista de la célula terrorista, estaban equivocados Kamal era el líder, pero Alkubra, la peligrosa asesina era Ruth.

Se sintió engañado, como debería sentirse una oveja a la que utilizan como cebo para cazar a un león; Ruth le había metido dentro de una jaula y le había atado para después abrir la puerta y que entrasen los leones. A la vez se sentía víctima de sus propios devaneos y de sus inseguridades, de una pasión desmedida y estéril por aquella mujer; eso le había acorralado y le forzaba a tomar una decisión muy difícil, posiblemente la más difícil de su vida.

Se tumbó en la cama al lado de Ruth, que lloraba desconsolada, esperando a que el amanecer le diera la luz necesaria para aclarar sus ideas y le ayudara a tomar una decisión.

Capítulo XIX

Había dormido apenas una hora, cuando se despertó, las primeras luces del alba iluminaban débilmente la habitación.

Ruth estaba sentada al borde de la cama, tenía la cara escondida entre las rodillas, había estado llorando durante mucho tiempo, Carlos se sintió indefenso ante aquella mujer y supo que su arrepentimiento era sincero.

Había tomado una decisión que irrumpió en su conciencia arrasando todo a su paso; a pesar de que se convertía en cómplice de una asesina, de una terrorista, decidió ayudarla a escapar; los ojos de Ruth, esos mismos ojos donde le daba miedo asomarse, le habían dicho que estaba arrepentida y eso le había sido suficiente.

—Huyamos, vayámonos a España, allí te podré proteger mejor que aquí —Le dijo Carlos, y mientras pronunciaba aquellas palabras sentía que estaba haciendo el ridículo, le estaba ofreciendo protección a una mujer que sabía de sobra protegerse a si misma y si hiciera falta protegerle a él.

—Iremos a España, juntos podremos pasar desapercibidos como una pareja que regresa de un viaje a Paris —le respondió Ruth —allí nos separaremos, tu te iras a tu casa y arreglarás el desastre que he provocado; yo me marcharé a un sitio donde no puedan encontrarme y que solo yo conoceré.

Carlos dijo que llamaría al aeropuerto para reservar vuelo, pero Ruth le convenció que era mejor hacer el viaje en coche, Kamal tendría las estaciones y los aeropuertos vigilados; el brazo de la organización era muy largos y los árabes en Paris eran demasiados.; ni tan siquiera debería pasar por el hotel a recoger su ropa, Carlos estuvo de acuerdo, la habitación estaba reservada a su nombre y mientras no la dejase seguía aún ocupándola, una vez en Madrid podría ponerse en contacto con el hotel para que le enviaran sus pertenencias y le abonaría la cuenta mediante transferencia bancaria.

Pidieron un taxi en el hotel que les llevó hasta la Place San Sulpice donde estaban las oficinas de AVIS, Carlos alquiló un Peugeot 705 utilizando su tarjeta

de crédito.

Salieron de Paris por la A10 dirección Orleans, desde allí tomaron carreteras secundarias hasta Limoges, la vigilia de la noche anterior y la tensión les había agotado, decidieron pasar la noche en un hotel a la entrada de la ciudad, la idea era atravesar desde Limoges a Bordeaux, bajar hasta Pau y atravesar la frontera con España por Canfranc, fuera de los puestos fronterizos más concurridos.

Siguiendo la estrategia de simular una pareja de viaje por Francia tomaron una habitación doble, comieron algo en el restaurante del hotel y subieron a la habitación.

Cuando Carlos salió del baño, ella estaba tumbada encima de la cama, desnuda, le indicó con un gesto que se acercara, cuando estuvo a su altura tiró suavemente de la toalla que Carlos llevaba enrollada a la cintura y ésta cayó al suelo, le tomó de la mano y le hizo que se tumbara, Ruth se acurrucó a su lado, apoyó la cabeza en su hombro y comenzó a llorar.

Desnudos y abrazados el uno al otro se quedaron dormidos, no había sitio para otra cosa que no fuera la tristeza en aquella habitación.

Capítulo XX

Cuando salieron del hotel estaba amaneciendo, tomaron la N141 en dirección a Angouleme para después bajar a Bordeaux; cuando salieron del casco urbano Carlos se dio cuenta de que les seguía un BMW de color azul marino, redujo un poco la velocidad para ver si el vehículo les adelantaba, pero éste también redujo la velocidad, manteniendo la distancia que les separaba. Carlos no quiso decirle nada para no preocupar a Ruth, fue ella quien al cabo de unos minutos le advirtió —Nos está siguiendo un coche—. Miró el mapa y le dijo que abandonara la autopista por la siguiente salida, era una carretera secundaria que discurría paralela a la principal y que pasados cinco kilómetros se desviaba hacia el interior atravesando una zona boscosa.

Carlos obedeció y salió de la carretera en el punto donde Ruth le había indicado; el coche que les seguía hizo la misma maniobra, cuando la carretera se internó en una zona boscosa le dijo. —Quiero que tomes el primer camino que veas que se interna entre los árboles.

Él redujo un poco la velocidad y entró por un camino que ascendía levemente serpenteando entre los árboles, el polvo que levantaba al circular por el camino sin asfaltar le impedía ver con claridad al coche que les seguía.

Ruth metió la mano en su bolso y sacó la pistola, cuando Carlos vio el arma le preguntó —¿Que vas a hacer?

—En la próxima curva a la izquierda reduce un poco la velocidad, voy a saltar del coche, continúa cien metros, te detienes en medio del camino y apaga el motor, no salgas del coche veas lo que veas, no tengas miedo que a mí no me va a pasar nada y si conservas la calma a ti tampoco.

Así lo hizo, redujo la velocidad al tomar una curva, Ruth se tiró del coche en marcha y rodó hasta esconderse entre los arbustos; él continuó la marcha, cuando calculó mentalmente los cien metros frenó el vehículo y giró la llave de contacto para detener el motor, no sin antes bloquear las puertas.

Por el espejo retrovisor vio como a unos veinte metros se detuvo el coche que

les perseguía; sentía en sus sienes los latidos acelerados del corazón, también pudo ver como se abrían las puertas del vehículo y de él descendían dos hombres armados que se fueron acercando lentamente, el primero pasó de largo a su lado para situarse delante del coche apuntándole con una pistola, el otro se acercó a la ventanilla sujetando el arma con ambas manos.

Pensó que había llegado su hora, el hombre que estaba junto a su ventanilla agachó un poco la cabeza para mirar en el interior del coche, cuando vio que Ruth no estaba en el interior, miró a Carlos con extrañeza.

Todo sucedió con una velocidad de vértigo, sonó un disparo y pudo ver como en la frente de aquel hombre se habría un pequeño agujero y la parte trasera de su cráneo estallaba arrojando una mezcla de huesos, sangre y masa encefálica sobre la tierra del camino, antes de que se desplomara sonó otro disparo, el hombre situado frente al coche dejó caer la pistola al suelo para llevarse las dos manos a la garganta, caminó unos pasos cayendo de bruces sobre las piedras que había al borde del camino.

Cuando Ruth se acercó de nuevo al coche se encontró a Carlos aferrado fuertemente al volante con las dos manos, sollozando.

—Déjame conducir a mí, tú no estás en condiciones—le dijo la chica.

Ruth se sentó al volante y deshizo el camino hasta el cruce con la carretera.

—Cambiamos de planes —dijo Ruth— esos tipos habrán informado de su posición, vamos a hacerles creer que seguimos camino hacia Angouleme, pero nos dirigiremos hacia Toulouse, pasaremos a España a través de Andorra.

Carlos era incapaz de oír lo que le estaba diciendo Ruth, tenía aún grabada a fuego la escena de la muerte de aquellos dos hombres; cuando llegaron a Orleans estaba derrotado.

—No podemos retrasarnos más —dijo Ruth, habrán encontrado los cadáveres y nos estarán buscando, a pesar de que hemos cambiado de ruta aún estamos en Francia este su territorio.

—¿Pero como pueden haberse enterado de donde estábamos si hemos tenido mucho cuidado? —exclamó Carlos.

—La máquina de Kamal se ha puesto en marcha y cuando lo necesita en cada árabe tiene unos ojos que nos vigilan y le pasa la información, mientras no salgamos de Francia no estaremos a salvo —respondió ella.

Carlos estaba muy cansado, le pidió que parasen a descansar, lo hicieron en Toulouse, se inscribieron en un pequeño hotel de centro de la ciudad; mientras

Ruth se quedaba en el bar del hotel para comprar unos bocadillos, Carlos subió a la habitación, lo primero que hizo fue llamar a Susana, cuando la oyó al otro lado de la línea su voz le pareció un oasis en el desierto.

—¿Carlos eres tú?

—Sí, soy yo —Con los ojos cerrados trató de imaginarse a su mujer al otro lado de la línea con el teléfono pegado a su mejilla.

—Voy de regreso a casa pero tardaré porque viajo en coche.

—Necesito saber que estas bien, estamos todos muy preocupados, han vuelto a llamar del banco preguntando por ti; nadie sabe nada. Por favor vuelve pronto, supongo que tus motivos tendrás para hacer algo así, pero...

Ruth le arrancó el teléfono de la mano y lo tiró al suelo haciéndolo añicos.

—¿Estás loco, acaso no ves que pueden estar intentando localizar la señal de este teléfono? —le dijo irritada.

—Lo siento, todo esto es nuevo para mí; solo quería hablar con mi mujer para decirle que estoy bien y que voy de camino.

—Vaya, por fin te has convencido a volver a tu casa con tu mujer, es lo mejor que has podido decidir, a mi lado no tienes futuro.

—¿Y qué futuro tienes tú? —le preguntó Carlos.

—El que me quiera deparar el destino, no lo sé, lo único que quiero es marcharme de aquí, desaparecer cuanto antes —le respondió Ruth.

Carlos se dio cuenta de que la había perdido por completo si es que alguna vez fue suya; todo había sido una precipitación de acontecimientos en su vida que le habían hecho sentirse acorralado y que hubiese visto en Ruth el instrumento para romper esa situación. Se tenía que haber dado cuenta desde el primer momento que aquella niña de la que estuvo enamorado en su adolescencia se había convertido en la mujer más extraordinariamente libre que conocería jamás, y que precisamente por eso nunca iba a ser suya, pero no se dio cuenta y se obsesionó con la idea de poseerla y romper con todo lo anterior, eligió el camino más fácil, evitar enfrentarse con los problemas refugiándose en un sueño para huir de la realidad.

Descansaron unas horas y en plena noche retomaron el camino hacia España, mientras Ruth conducía Carlos la miraba y se preguntaba que habría sido de sus vidas si aquella chica no se le hubiera cruzado aquella tarde de verano en el parque; o no se la hubiese encontrado en el metro aquella mañana en París.

Ruth lo volvió loco al volver a mirarle con esos ojos que eran como las nubes de carbón que cubren el cielo de París, cuando descarga la lluvia, sobre los

tejados y las calles, doblando la belleza de la ciudad en un espejo infinito.

Ruth giró la cabeza y Carlos pudo ver que sus ojos eran un abismo de tristeza, se había perdido lo que ninguna persona debe perder, la juventud, Ruth se había saltado de golpe todo el camino que recorre el paso de la infancia a la madurez, ella lo añoraba por no haberlo conocido, mientras el resto lo añoramos por haberlo vivido y disfrutado.

Y se sintió un hombre afortunado porque había quemado todas las etapas de su vida, cada día, cada año, las noches de estudio con los compañeros para preparar los exámenes, las juergas, las fiestas, las borracheras inevitables con los amigos, el noviazgo con Susana, la boda y el día que sostuvo entre sus brazos a su pequeño por primera vez.

Capítulo XXI

El dolor no le daba descanso, no podía moverse, abrir los ojos era dolor, respirar era dolor, era como si cada célula de su cuerpo se hubiese rebelado contra él, estaba desorientado, no podía pensar, era como si le hubiesen separado la cabeza del cuerpo y hubiese perdido el control del resto.

Recordaba que se había despertado en el mismo sitio con anterioridad y que le habían dado agua, sintió de nuevo la garganta seca, se sentía muy cansado y volvió a dormirse.

Se despertó de nuevo, la habitación estaba oscura, una mano sujetaba la suya, alguien encendió una luz que le hizo daño, una silueta apareció en su campo de visión, reconoció a Susana.

—¿Qué ha pasado, donde estoy? —preguntó.

—Llevas mucho tiempo inconsciente —le respondió Susana.

—¿Dónde está Ruth?

Susana tenía los ojos hinchados de haber llorado, Carlos no entendía nada, no recordaba nada de lo sucedido ni como había llegado hasta allí.

—Tranquilo, estás en un hospital en París, ya ha pasado lo peor, ahora te tienes que recuperar.

Capítulo XXII

Haber tenido que cambiar sus planes les había retrasado demasiado, cuando cruzaron la frontera de Andorra eran más de las tres de la tarde, Ruth conducía con cuidado, atravesaron Andorra La Vieja y llegaron a España, lo habían conseguido, pararon en la Seo d'Urgel, sentados delante de una taza de café Ruth le dijo:

—Carlos he pensado que mejor vamos a Barcelona donde puedes coger un avión hasta Madrid, allí conozco a gente que me puede ayudar, además he estado pensando mucho y quiero ir a ver a mis padres.

—¿Pero entonces no vas a venir a Madrid conmigo? —le preguntó Carlos.

—No, es mejor así, ya has hecho demasiado por mí, nunca olvidaré estas semanas, tú has sido el que me ha dado las fuerzas para escapar, es hora de que nos separemos.

Carlos asintió con la cabeza.

Salieron de la Seo y tomaron la carretera dirección Barcelona que les llevaría hasta la autopista de Monserrat, apenas estaban a dos horas de camino de su destino.

Tras pasar una zona de curvas se incorporaron a la autopista, Carlos conducía mientras Ruth dormía, su cara tenía una expresión serena, mirándola Carlos pensó que nadie diría que aquella mujer fuese una terrorista buscada por toda la policía internacional.

Iba sumido en sus pensamientos cuando un vehículo grande y oscuro se puso a su lado, se abrió la ventanilla del acompañante y apareció el cañón de una pistola sostenida por la mano de un hombre, Carlos para evitar el disparo dio un giro brusco al volante del coche que se desplazó hacia el arcén, la rueda derecha se introdujo en el talud, pisó el freno y el mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor zarandeándole en todas direcciones.

En un estado de semiinconsciencia vio como alguien se acercaba al coche, abría la puerta del acompañante y sacaban a Ruth, él no se podía mover, le dolía

mucho la pierna, vio como la metían dentro del coche oscuro y se marchaban, y perdió el conocimiento.

Despertó en la camilla de un hospital, le dolía la cabeza y tenía una herida en el muslo derecho que le habían vendado, se incorporó en la camilla y por el nombre impreso en las sábanas pudo saber que se encontraba en el hospital Sant Joan de Deu de Manresa, recordó inmediatamente lo que había pasado, el coche oscuro, la pistola apuntándole y el accidente, vio también con claridad como se llevaban a Ruth, también fue consciente de que estaría bajo vigilancia de la Guardia Civil que le interrogaría en cuanto recobrase el conocimiento; se levantó con dificultad para asomarse a la cortina que cerraba el box de urgencias, en los pasillos no había más que dos enfermeras atareadas en el control, no había rastro de policías; sabía que no tenía mucho tiempo, a los pies de la cama había una bolsa con sus pertenencias, revisó que tenía la cartera con el dinero y las tarjetas de crédito, se vistió, los pantalones tenían un corte a la altura donde tenía la herida de la pierna y la camisa estaba manchada de sangre de la herida que tenía en el lado izquierdo de la frente y que ahora tenía tapada con un apósito.

Salió del box sin que nadie lo viera y se dirigió a la salida de urgencias, nadie le detuvo, se acercó a la parada de taxis y tomó uno, le indicó al taxista que lo llevara al centro comercial más cercano; éste le llevó a un centro comercial que estaba cerca del Hospital, le dijo al taxista que le esperase, que iba a hacer unas compras y que luego le tendría que llevar al aeropuerto de Barcelona; cuando salió llevaba consigo una bolsa voluminosa. El taxi retomó la marcha mientras en su interior Carlos se cambiaba de ropa.

Mientras el taxi recorría el camino hacia el aeropuerto pensó que ya no podía hacer nada por Ruth, solo se le ocurría ponerse en contacto con Philippe, contárselo todo y que la policía francesa tomase cartas en el asunto, decidió que tomaría el primer avión a Madrid, estaba muy cansado y ya no podía hacer más, tenía que asumir que Kamal habría acabado con Ruth y él tenía que arreglar su vida, sintió rabia y pena pero Ruth había elegido su camino y el arrepentimiento que sentía no había sido suficiente para redimirla.

Cuando entró en el aeropuerto se dirigió a la ventanilla de Iberia para sacar un billete a Madrid, había tres personas delante por lo que tuvo que esperar, la pierna le quemaba, se le debía estar pasando el efecto del calmante que le habrían dado en el hospital; la señora que estaban atendiendo dejó el mostrador que fue ocupado por un muchacho joven, mientras esperaba pensó en Ruth y en el fin que habría tenido; de pronto le asaltó una duda, Kamal estaba enamorado

de Ruth según le había dicho aquella noche en el club, era dependiente de ella, necesitaba saber que estaba allí con él, que la tenía cerca; no podía matarla, seguramente la tendría encerrada con el propósito de vencer su resistencia, hasta que volviera mansamente a sus brazos.

Cuando le tocó el turno en el mostrador le preguntó a la chica que le atendía cual era el primer vuelo a Paris, le dijo que hasta el día siguiente Iberia no tenía más vuelos pero que creía que Air France volaba en dos horas; salió corriendo sin hacer caso al dolor que tenía en la pierna en busca del mostrador de Air France y consiguió un billete para el vuelo a Paris.

Capítulo XXIII

Cuando llegó a París pensó en alquilar un coche en el mismo aeropuerto pero no podía dirigirse al despacho de la compañía donde alquiló el anterior y que no había devuelto, por suerte eran varias las compañías que ponían coches al servicio de los pasajeros en el aeropuerto, alquiló un coche utilitario, mejor para circular por París y pasar desapercibido.

Se dirigió al club, estuvo dando vueltas hasta que encontró un sitio para aparcar en la calle lateral cerca de la salida del callejón; desde esa posición tenía una buena vista de quien entraba y salía del mismo; pasada la media noche lo vio salir, era uno de los hombres de Kamal, el mismo que le acompañó al despacho, se dirigió a un vehículo aparcado unos metros más abajo, cuando el coche se encaminó hacia el Boulevard Clichy, Carlos le siguió a distancia, tenía miedo de perderle pero no se podía arriesgar a que descubriese que lo seguía, a esas horas las calles de París estaban casi desiertas y era difícil seguir a un coche sin levantar sospechas.

Tomaron la A1 dirección Norte, Carlos lo seguía de lejos, llevaban más de cuarenta minutos circulando cuando a la salida de una curva dejó de ver las luces del vehículo, sintió pánico al pensar que lo había perdido pero al salir de la curva lo volvió a ver, había puesto la intermitencia de la derecha y salía de la autopista, él hizo lo mismo; el riesgo era cada vez mayor, al circular por carreteras secundarias, tenía que acercarse más para evitar perderlo en cualquier cruce, por lo que aceleró para situarse más cerca; pasaron un pueblo y a unos tres kilómetros, el coche que le precedía puso el intermitente de la izquierda y se detenía frente de un portón que daba acceso a un finca rodeada por una tapia, mientras se acercaba vio que el hombre se bajaba del coche para abrir el portón, pasó de largo y fue a detenerse a unos trescientos metros pasada una curva.

Esperó unos diez minutos, dio la vuelta en la carretera y se dirigió despacio hacia la casa con las luces apagadas, detuvo el coche al borde de la carretera, donde finalizaba el muro que la rodeaba y comenzaba el de la casa siguiente, se

bajó del coche e inspeccionó el muro buscando un sitio que le permitiera subirse a él, lo encontró precisamente donde se unían las dos tapias, en la base había una roca lo suficientemente alta como para de un salto alcanzar el borde superior con las manos.

Se agarró al borde y ayudándose de los pies subió hasta lo alto, el muro era ancho por lo que se tumbó encima para observar.

A una distancia de unos veinte metros estaba la casa, era una construcción de tres plantas, la planta estaba iluminada y en la planta alta, a través de una de las ventanas unas cortinas dejaban colarse algo de claridad, pensó que ahí podía estar Ruth; al lado de la construcción principal, a unos diez metros había un cobertizo, algo parecido a un garaje con ventanas pequeñas en la parte superior, cerca del alero del tejado, con luz en su interior

Decidió que lo mejor era acercarse por el lado contrario al cobertizo y buscar una puerta trasera, posiblemente de la cocina; bajó con cuidado del muro hacia el interior, por ese lado la altura era menor por lo que se tuvo que dejar caer apenas un palmo, aún así, sintió un fuerte dolor en la pierna herida cuando la apoyó en el suelo. caminó pegado al muro todo lo que pudo bordeando la propiedad, detrás de la casa estaba la piscina y desde donde ese lugar se veía el salón que estaba iluminado, pudo ver a un hombre sentado en un sofá que estaba dormitando frente a una televisión encendida, siguió caminando hasta que llegó al final del edificio principal, en la fachada lateral frente al cobertizo estaba la puerta de la cocina, tres escalones daban acceso a un pequeño porche; desde el cobertizo le llegaban ruidos, se acercó despacio hacia la puerta de la cocina, giró la manilla y la puerta se abrió; ya estaba dentro, ahora tendría que buscar las escaleras que le llevaran al piso superior, salió de la cocina por otra puerta que daba a un pasillo ancho, al final del pasillo se encontraba el salón, se acercó con sigilo, a dos metros tenía la escalera que subía al piso superior, al lado de la puerta del salón; se acercó y miró en su interior, el hombre seguía sentado delante de la televisión, estaba dormido.

Subió por las escaleras hasta el primer piso donde había un distribuidor y un pasillo, al final del pasillo bajo una puerta se veía luz, se acercó, giró despacio la manilla de la puerta y esta se abrió, la habitación estaba débilmente iluminada por una lámpara situada encima de una mesita de noche, había una cama, encima el bulto de una persona encogida debajo de una colcha, se acercó y al destapar el bulto vio el cuerpo de Ruth.

Estaba desnuda con las manos y los pies atados con cinta americana, tenía una

herida en la comisura de los labios con la sangre seca, golpes en la espalda y en los hombros, un moratón en la cara y un ojo casi cerrado por la hinchazón, tenía la boca tapada también con cinta.

Se acercó a ella y la tocó en el hombro, su cuerpo dio un respingo y una mirada aterrada se clavó en él, se puso a mover la cabeza de un lado a otro en señal de desaprobación pero Carlos la tranquilizó.

Le quitó las ligaduras y despegó la cinta de su boca, ella intentó hablar pero Carlos le puso la mano en la boca para evitarlo, encima de una silla estaba su ropa, la ayudó a vestirse y cogida de la mano la llevó hacia la salida, pegó el oído a la puerta para asegurarse de que nadie estaba cerca, la abrió salieron al pasillo, lo atravesaron y comenzaron a bajar las escaleras muy despacio, Ruth estaba muy dolorida, cada paso que daba era un suplicio para ella pero apoyada en Carlos logró bajar, Carlos volvió a mirar dentro del salón, el hombre seguía en la misma posición que momentos antes, atravesaron el pasillo camino de la cocina y cuando se dirigían hacia la puerta de salida vieron como se abría la puerta del cobertizo y salía el hombre que Carlos había seguido, se quedaron paralizados, el hombre caminaba decidido hacia la cocina, Carlos pensó que ahí había terminado su aventura, pero cuando estaba a punto de entrar, se paró, dio media vuelta y volvió al cobertizo; ese fue el momento que aprovecharon para salir de la cocina y recorrer el camino hacia la tapia, cuando llegaron el hombre volvía a salir del cobertizo para dirigirse a la cocina.

Deshicieron el camino que Carlos había hecho con anterioridad, la ayudó a subir el muro diciéndole que se tumbara arriba después subió él, bajó al otro lado, la ayudó a bajar y se metieron en el coche.

Carlos condujo de vuelta a París, Ruth le decía que estaba loco, que porqué había vuelto, el no le dijo nada, solo conducía. Había tomado el control de la situación y se sentía orgulloso por ello.

—Vamos a ir a mi hotel, contigo en casa de Kamal y sabiendo que yo me había quedado dentro del coche en España, seguro que no está vigilado, descansaremos y mañana nos marcharemos.

Cuando llegaron al hotel eran las cuatro de la madrugada, hasta por la mañana no se darían cuenta de que Ruth había desaparecido, lo que les daría tiempo para escapar. Mientras Ruth descansaba Carlos pensaba en como salir de esa situación, por una parte les perseguían unos asesinos sin escrúpulos que esta vez acabarían con toda seguridad con sus vidas, aún no se explicaba como no le dispararon en la autopista cuando se llevaron a Ruth.

No podía acudir a la policía porque Ruth hubiese ido a la cárcel, se estremeció al pensar que era una terrorista, una asesina y él la estaba ayudando, algo que iba en contra de todo en lo que creía, pero ella no estaba dispuesta a entregarse, seguro que lucharía para evitarlo, tampoco la podía abandonar a su suerte porque esta vez Kamal si la mataría.

Pensó de nuevo en llamar a Philippe y negociar la libertad de Ruth a cambio de información sobre la célula de París, pero no sabía como iba a hacerlo, ¿en base a qué podría plantear la negociación?, además que no era solo la Gendarmerie la que buscaba a Ruth, la cosa no sería tan sencilla al estar tras la pista otras organizaciones policiales; y al fin y al cabo ¿quien era él?, sino un insignificante empleado de banca metido a héroe que estaba poniendo en peligro su vida y la de su familia por una obsesión de adolescente. Dándole vueltas a la cabeza se quedó dormido.

Se despertó sobresaltado, Ruth estaba vestida y dispuesta a marcharse.

—¿Donde vas? —le preguntó.

—Me voy a marchar sola, voy a salir por esa puerta y no quiero que me sigas, abajo en la calle hay dos hombre de Kamal vigilando el hotel.

Carlos saltó de la cama, apartó un poco la cortina y miró a través de los cristales, efectivamente delante del hotel había dos hombres apostados junto al escaparate de una tienda de vinos.

—Voy a salir por la puerta trasera del hotel, si voy sola me será más fácil escabullirme, cambiaré de rumbo, me apañaré para llegar al corazón de Europa, pasaré un tiempo escondida y después veré hacia donde me dirijo —le dijo Ruth.

—Déjame que te acompañe, necesitarás ayuda, necesitas dinero...

Ruth le puso de nuevo el dedo en los labios para que se callara y le besó.

—No voy a consentir que sigas exponiéndote, quizás mi destino era morir en aquella casa, te estoy muy agradecida porque me has salvado la vida, pero esto tiene que acabar; nos separamos aquí.

—Espérame, bajaré contigo, mientras liquido la cuenta del hotel tú podrás escabullirte por la parte trasera; después llamaré a Philippe para pedirle protección y le contaré todo lo que me has contado, así podrán acabar con Kamal y los suyos — Ruth asintió.

Carlos se vistió, tomó la maleta que tenía preparada desde el día que pensó marcharse y salieron de la habitación, cuando salieron del ascensor y mientras cruzaban el vestíbulo en dirección al mostrador vieron que de la sala de lectura que había junto a la entrada del hotel salía Kamal.

Parado en medio del pasillo con la mirada clavada en ellos gritó:

—¿No pensarías escapar de mi, verdad?, tengo a dos hombres apostados frente a la puerta, ya sabes que están dispuestos a todo.

Carlos se quedó petrificado pero Ruth se acercó a él despacio.

—¿Acaso me vas a matar Kamal, ya no significo nada para ti? — le decía mientras avanzaba hacia él.

—No, a ti no, pero a ese insignificante gusano le voy a sacar las tripas, me ha ofendido —dijo el argelino mirando a Carlos con desprecio.

—No Kamal, tú no vas a matar a nadie y yo no me voy a ir contigo —replicó Ruth con autoridad— Vas a dejar que Carlos se marche y tus hombres le van a dejar en paz —Ruth se había crecido, el tono de su voz se había tornado amenazante— Yo me marcharé también lejos de ti y si se atreves a hacerle algo a Carlos o si me llevas de nuevo contigo, no conseguirás dormir tranquilo jamás, porque cuando menos te lo esperes me habré ido, después de rebanarte el cuello, sabes que lo puedo hacer y que lo haré.

Con un movimiento rápido Kamal alargó la mano y la sujetó por la muñeca mientras que con la otra mano sacaba un objeto del bolsillo de la chaqueta, mostrándolo con el brazo en alto.

El rostro de Ruth se contrajo en una mueca de terror, era una granada de mano lo que Kamal sostenía en alto, algunos clientes del hotel, junto al recepcionista y dos botones que estaban en la recepción presenciando el escándalo, comenzaron a chillar.

—No te dejaré marchar Ruth, si te marcharas tendría que matarte para que no pudieras delatarnos, la única forma de salvar tu vida es quedarte conmigo, pero si lo que quieres es irte, a mi ya no me interesa seguir viviendo; sabes que te amo, que te adoro, cuando desapareciste con tu amigo me quedé roto. Nunca consentiré que te vayas. O serás mía o no serás de nadie.

Se acercó la granada a la boca y le arrancó la anilla de seguridad, en ese mismo momento Carlos que se había adelantado, la cogió del brazo que tenía libre y tiró con fuerza, Ruth se soltó de la mano de Kamal y cayó al suelo detrás de él, quedando ambos hombres frente a frente y Carlos pudo ver el odio en los ojos de Kamal.

En ese mismo instante dos hombres se apostaban a la puerta del hotel, uno llevaba un fusil ametrallador, el otro era Philippe que mientras apuntaba a Kamal con su pistola gritaba. —Quietos Kamal no hagas una locura.

El argelino se volvió y al ver a la policía inició el gesto de lanzar la granada,

sonaron disparos, Carlos se volvió hacia Ruth que mientras corría hacia el fondo del vestíbulo le miraba; después una gran explosión y un fogonazo que lo iluminó todo, sintió que una fuerza le levantaba del suelo, luego llegó la oscuridad envolviéndolo todo.

Capítulo XXIV

Cuando Carlos despertó se encontraba mucho mejor, el dolor casi había remitido, la luz ya no le dañaba como antes, al lado de la cama, recostada en un sillón, dormía Susana, cuando intentó moverse se su mujer se despertó, se levantó del sillón, se inclinó sobre Carlos y le besó en los labios.

—¿Que ha pasado Susana?

Entró un médico en la habitación seguido de una enfermera, venían hablando en Francés por lo que Carlos dedujo que estaban en Paris. Le auscultó, le observó la dilatación de las pupilas y le revisó el fondo de ojo; le dijo a Susana que todo iba muy bien y que en unos días podrían viajar a Madrid.

—Ahora todo está en sus manos, es usted la que le tiene que contar todo de nuevo, la que le tiene que ayudar a que los recuerdos vuelvan a rellenar su memoria, están ahí pero están escondidos.

Tocaron en la puerta y Susana se levantó a abrir, entró un hombre que en principio Carlos no reconoció, según se acercaba a la cama vió Philippe, el policía, el ex-marido de Louise que venía a interesarse por su salud.

Una vez se hubo marchado Philippe Susana se sentó a su lado y comenzó a contarle lo que había sucedido.

Según hablaba Susana los huecos de la memoria de Carlos se fueron abriendo poco a poco, las imagines y las palabras fueron a ocupar los sitios que le correspondían por derecho, esta vez sin las ligaduras con que su subconsciente las había retenido durante tres años y Carlos lo vió todo claro.

Capítulo XXV

Localizaron a Susana en el trabajo, la llamaron desde el Ministerio de Asuntos exteriores diciéndole que había habido un atentado terrorista en París y que Carlos estaba entre los heridos, le dijeron que estaba en estado muy grave en el hospital y que disponían de una plaza en un vuelo inmediato hacia París.

Susana llamó a los padres de Carlos, ellos querían ir con ella pero del Ministerio le habían dicho que hasta que se aclarasen los hechos solo admitían que viajase ella como esposa.

Cuando Susana llegó al hospital Carlos estaba en la UCI, tenía quemaduras de segundo grado en las piernas y en el costado, varias costillas rotas, los dos brazos rotos y lo peor un trozo de metal de la granada alojado en la zona occipital del cerebro; los escáneres que le habían hecho no mostraban daños irreversibles pero la operación para la extracción del trozo de metal era muy delicada y podía poner en peligro su vida.

Susana tuvo que enfrentarse sola a la decisión de dar el consentimiento para que operaran a Carlos y posteriormente al interrogatorio de la policía francesa, de pronto se encontraba viviendo una película que no era suya. Gracias a Philippe que en todo momento estuvo a su lado, aquellos difíciles momentos se le hicieron más llevaderos.

Se enteró de todo lo que había pasado, lo de Ruth, lo de Louise y ella lo asumió con entereza.

Carlos salió del quirófano en estado de coma inducido, así estuvo dos semanas pasadas las cuales comenzó una lenta recuperación, el daño producido en el cerebro le había mermado la capacidad de hablar y el movimiento; la recuperación fue muy dura y hasta pasados seis meses no pudo volver a Madrid.

Durante el tiempo que estuvo en el hospital y después en Madrid nunca preguntó por Ruth, parecía como si no hubiese existido, parecía que su cerebro le hubiese puesto barrotes al recuerdo de aquella mujer, quizá fuese un mecanismo de protección para evitar el sufrimiento de saber que Ruth había muerto aquel

día en la recepción del hotel, el resto de recuerdos eran tan vagos que no era capaz de reconocer caras ni hechos concretos, solo ráfagas de gente anónima que giraban a su alrededor durante el sueño.

Susana le había perdonado todo y hacía verdaderos esfuerzos para que todo fuese como antes, Carlos se sentía avergonzado por haberla hecho sufrir, porque lo veía en su cara, aunque no recordaba los detalles, pero ella con su actitud hacía que se olvidara del sentimiento de culpa que de vez en cuando le asaltaba.

Pasaron los meses y un año después volvió al trabajo en el banco, esta vez en un puesto menor en el escalafón, Susana le había convencido de que lo verdaderamente importante era su familia, el hecho de que había sido víctima de un atentado terrorista había borrado de un plumazo las manchas producidas por su comportamiento durante su estancia en París. Todo había vuelto a la normalidad excepto los episodios de angústia que le asaltaban por las noches y los fuertes dolores de cabeza que sufría de vez en cuando.

Una noche se despertó empapado en sudor gritando el nombre de Ruth, a su lado Susana le preguntaba que le pasaba, pero Carlos no la oía solo tenía un pensamiento volver a los brazos de Ruth, volver a ver sus ojos, volver a tenerla a su lado.

A la mañana siguiente se escapó de casa y voló a París para encontrarse con Ruth, fué cuando encontró el local cerrado y abandonado y el hotel Lepic cambiado, habían pasado tres años que para él no existieron.

Se había desmayado en el vestíbulo del hotel, le llevaron al hospital y cuando la policía consultó su documentación avisaron a Philippe que a su vez avisó a Susana.

Había sufrido un derrame en la zona donde le extirparon el trozo de metal, la presión del coágulo de sangre sobre la zona afectada le había hecho actuar de la manera que lo hizo, le había hecho retroceder tres años en el tiempo hasta el momento que se sintió engañado por Susana y se había vuelto a París a buscar consuelo con Ruth.

Le operaron de nuevo, esta vez la recuperación fué mucho más rápida y el resultado fué el retorno de los recuerdos íntegros y Ruth volvía a formar parte de ellos.

Antes de volver a Madrid fueron a ver a Philippe, tomaron juntos un café y le agradeció todo lo que había hecho por él y por Susana también le preguntó por lo sucedido en el hotel. Philippe le contó que en la brigada habían decidido ir a por Kamal y su grupo; el hotel tenía orden de avisar si veían aparecer a Carlos, la

noche de su llegada con Ruth, desde la recepción habían llamado para informar, por otra parte la casa de Kamal estaba siendo vigilada, en cuanto se pusieron en movimiento les siguieron, cuando llegaron al hotel la policía les estaba esperando pero les dejaron actuar, al entrar Kamal en el hotel y ocultarse en la sala de lectura, anularon a los dos hombres que tenía apostados frente a la puerta que fueron sustituidos por policías de paisano, lo demás ya lo recordaba Carlos.

Se había salvado porque al dispararle a Kamal este cayó encima de la Granada evitando así que él se llevara la peor parte en la explosión.

Antes de que Carlos se lo preguntara Philippe le dijo que no habían encontrado rastros de Ruth entre los escombros, había desaparecido. La habían puesto en busca y captura internacional, pero hasta la fecha nadie tenía noticias de cual era su paradero.

Era un misterio la desaparición de Ruth, nunca sabría que le había pasado, ¿habría logrado escapar, la habría localizado Al-Qaeda y habrían acabado con su vida?; preguntas a las que jamás podría darles una respuesta.

Salieron de París dejando atrás un tiempo oscuro, aquella ciudad permanecería viva en la memoria de Carlos durante toda su vida, recordaría sus calles y sus plazas, sus jardines y sus edificios y ligado a esos recuerdos siempre estarían Ruth y sus ojos; dejaba atrás la ciudad de Louise y de Philippe; la tumba de Sandra y quien sabe si la de Ruth.

Epílogo

Hacía un año que Carlos había dejado su trabajo en el banco, aunque el país estaba entrando en una crisis que se auguraba como una de las peores que se iban a sufrir, él se había replanteado la vida; animado por Susana había conseguido una plaza de profesor en la Cátedra de Economía Europea en la Universidad Complutense de Madrid, donde él se había graduado; ese trabajo le permitía prestarle a su familia la atención que necesitaba y le dejaba tiempo para preparar la tesis y sacarse el doctorado.

Su vida había vuelto a la normalidad, Susana le había demostrado que por encima de todas las cosas lo importante es el amor y la familia, le había perdonado sin condiciones.

Estaba sentado en una butaca en el jardín revisando la correspondencia; el otoño se había colado sin permiso y las primeras hojas comenzaban a caer sobre el tapiz verde del césped; Sergio jugaba con un balón.

Le llamó la atención un sobre sin remitente ni matasellos, con su dirección escrita con letra elegante; abrió el sobre, dentro había una fotografía de una playa de arenas blancas con palmeras que se inclinaban hacia la orilla del mar, le dió la vuelta a la foto, detrás alguien había estampado la huella en carmin rojo de unos labios gruesos y jugosos.

Carlos sonrió mientras Susana se acercaba sujetándose con ambas manos la espalda, a la altura de los riñones, lucía una hermosa barriga de embarazada de siete meses.

—¿Por que te ries? —le preguntó Susana.

—Porque me sienta bien vivir.

Levantó la mirada y vió que sobre ellos el cielo lucía su azul más espléndido.

FIN